

Yearly Subscription:  
\$2.50 Oro Amer.  
Subscripción anual  
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES  
S. A. Smart, Alcalá 48, Madrid  
Neptuno 90, Habana  
Rua General Camara 78, Río de Janeiro  
Sarandí 544, Montevideo

# PICTORIAL REVIEW

NOVEMBER, 1917  
SPANISH EDITION PUBLISHED MONTHLY BY  
THE PICTORIAL REVIEW COMPANY  
THE PICTORIAL REVIEW BUILDING, 214-226 West 39th Street, NEW YORK

Single Copies:  
25 cents Oro Amer.  
Número suelto  
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES  
Leipziger Strasse, 112, Berlín  
Zieglergasse 84, Viena  
22 Boulevard Poissonniere, París  
217 Piccadilly, Londres

Lo que el hombre necesita saber

## LAS OFICINAS NORTE-AMERICANAS

Por el

LIC. PEDRO HERNANDEZ-HUDSON

**P**ARA muchos de los lectores acaso no será muy nuevo el tema de este segundo artículo de la serie que PICTORIAL REVIEW me encomendara

en servicio de cuantos se interesan por el desarrollo de los más modernos y más eficaces procedimientos puestos ya en práctica tanto en la vida de los negocios industriales y mercantiles como en los agrícolas y como en los científicos; pero, seguramente, muchos habrá también a quienes sirvan de enseñanza o de estímulo estas observaciones, maduro fruto de personales experiencias.

Mi plan es muy vasto, y su exposición exige todas las previas generalidades que son imprescindibles para el mejor conocimiento del tema. A las generalidades seguirán, en artículos sucesivos, las más concretas fórmulas y los más eficientes consejos. Para todo habrá unidad.

Quiero escribir hoy acerca de lo que es una Oficina; de cómo ha de montarse, de su contenido, de sus componentes. ¿Qué hombre de negocios no tiene relación con alguna Oficina, ajena o suya? La Oficina es el taller intelectual de los industriales, de los comerciantes, de los banqueros, de los especuladores de toda idea que quiere verse realizada.

Vamos, pues, a la Oficina—no importa cuál sea—y anotemos, para extraer su jugo, todas nuestras impresiones. La Oficina no es una cárcel ni un cuartel; pero tampoco es un casino; es más bien un colegio, donde, en constante estudio, se aprende una enseñanza, ideal de toda vida: la Prosperidad.

El edificio ha de ser amplio, cómodo, ventilado, luminoso, y en él han de emplearse cuantos adelantos nos brindara la ciencia para mejor simplificar, intensificándolo, todo trabajo que se realice. Cada departamento, en directa conexión con el organismo directivo, gozará, no obstante, de una absoluta autonomía, de la que cada jefe será responsable ante el supremo. Y ninguno de esos jefes, ni sus subordinados, podrán tomarse atribuciones que no les correspondan.

Con la puntualidad más absoluta se encontrarán diariamente, ante sus mesas, todos los empleados, sin excepción, y con el ejemplo de los jefes. La labor no debe esperar nunca. El tiempo es oro.

La Oficina está en marcha. Cada empleado marcó su respectiva tarjeta en el reloj de entrada, y en aquel cartoncillo queda ya señalada, de manera indeleble, la hora y hasta el minuto exacto del ingreso. Todo retraso, minuto por minuto, será implacablemente descontado del sueldo de la semana—en Norte América todos los empleados cobran por semanas—o del mes.

Pero, antes de ocuparnos de los empleados, hagamos una ligera visita al Presidente de la Empresa, cuyo nombre y circunstancias poco nos importan. Lo interesante es que nos diga cómo trabaja y qué piensa acerca de su oficina. No es un hombre excepcional; como él, que ha sabido enaltecerse y enriquecerse, hay muchos miles. . . .

Ningún mágico impulso—nos dice—levantó mis negocios. Todos los éxitos se los debí al método, sencillo y directo, que es norma de mi vida. Las complejidades suelen encontrar obstáculos y suelen resultar ineficientes: para la buena marcha de un asunto no se requiere más que determinación y sentido común.

Lo más esencial, para mí, es mi propia conservación física. Constituye ésta una buena parte de mis negocios. Necesito salud, imprescindiblemente, como necesito una mesa y una silla, para trabajar. Por esto no se me ocurre decir nunca que no tengo tiempo para nada: para mi recreo, después de haber trabajado, siempre tengo tiempo. El ejercicio físico, preferiblemente al aire libre, renueva mis energías y hace menos penosos mis esfuerzos. Jugar al golf, al tenis, al billar, remar, nadar, hacer esgrima, no son recreos superfluos; como tampoco lo son los intelectuales, la lectura, el teatro, la música. Para mí es tan necesario el ir a recrearme, como el baño. Hay que conservar la máquina física bien brillante, bien lubricada, bien reparada siempre.

El equilibrio entre el trabajo y el recreo se impone. Trabajar solamente, entorpece, embota, anula. La abstinencia del recreo es la muerte de las facultades creadoras de la imaginación. Yo espero más y mejor trabajo del hombre que entusiásticamente equilibra su labor con sus honestas diversiones, que del hombre que se pasa quince o dieciséis horas diarias trabajando a destajo como un esclavo.

Cultivo mi carácter, procurando igualarlo. Nada de ansiedad, de ira, de miedo, de envidia, de celos. Todas éstas son emociones inútiles que hacen perder vitalidad.

Y no importa que no se nazca con un temperamento tranquilo, sereno, ecuánime: todos podemos cultivarlo en nosotros mismos.

Me preocupa la selección de mis hombres. No me basta con que sean honrados. Siéndolo, y considerándoles maestros en su trabajo, prefiero los hombres de acción, los ejecutivos, los rápidos, a los minuciosos esclavos del detalle.

Estoy en conexión constante con todos los negocios de mi Oficina, y diariamente exijo informes, por escrito, a los jefes de los diversos departamentos, sin perjuicio de efectuar consultas verbales y de escuchar sus consejos.

Sigo el criterio de colocar a mis empleados bajo su responsabilidad, y hago, así, a cada jefe de departamento responsable del suyo. Que cada uno sepa lo que se espera de él. Yo necesito algo más que obediencias pasivas.

Estimulo a todos al trabajo, siendo amigo de todos, ya que no hay placer en servir a la entidad orgullosa e inaccesible, pero sí al hombre a quien se quiere y se respeta. Yo busco el afecto de mis empleados. Quiero, también, que sepan que su labor me satisface.

Odio la dilación. Toda demora, injustificada, me parece un crimen. La dilación fué siempre el escollo en que más negocios se estrellaron.

Soy rápido en mis decisiones. Más de la mitad de los fracasos que se sufren en la vida se deben a una vacilación. La dilación es el ladrón del tiempo: la indecisión es el alma de la dilación.

Cada asunto debe tener su hora. Mi horario es siempre el mismo, y no por rutina sino por el convencimiento de la conveniencia. Diariamente cuento con mis horas de correspondencia, de consultas, de visitas, de estudio, de recreo, de descanso.

Duelmo ocho horas. Estoy a las nueve en punto en mi Oficina. Como, sobriamente, alimentos de fácil digestión.

Me gusta en todo trabajo la concisión y la exactitud; pero nunca he creído que a un hombre que se equivoca una vez se le haya de despojar, por esto, de su cargo: se le debe mostrar su error, y facilitarle su más inmediata enmienda. . . .

Así nos ha dicho el Presidente, y oportuno es que ahora volvamos junto a sus empleados. Todos trabajan, abstraídos, y en ninguno se refleja ni la menor fatiga. Están bien pagados; tienen aire, luz, comodidades; y, todos los años, un par de semanas de vacaciones, con su sueldo íntegro.

En todos los departamentos utilizáanse, con los dictáfonos, las más modernas máquinas de escribir, de multcopiar, de sumar. Automáticamente se abre y se distribuye la correspondencia. En la Caja, las máquinas registradoras y las pagadoras funcionan constantemente y sin error alguno. Una central telefónica pone en comunicación a todo el edificio. Los archivos seccionales, de acero, ofrecen la más completa y asombrosa organización de los negocios. En el despacho del Presidente, un aparato auto-telegráfico, de corriente continua, expone, sin necesidad de empleado receptor, una interminable cinta con las noticias de Bolsa, o de análogo interés, de todo el mundo.

Para las copias de cheques, letras, estados, informes y demás documentos, un sencillo "Photostat" reproduce, insuperablemente, por medio de la fotografía, cuanto se le pide.

Otro aparato, aun más sencillo, sella y cierra las cartas, con una velocidad de ciento por minuto.

Un poco más allá, una máquina "Shick" recibe todos los papeles inútiles y rotos, recogidos de los cestos de mimbre, aprovechándose, maravillosamente, para convertir de nuevo en pasta. . . .

Y aun atrae nuestra atención otro aparato no menos

interesante: el "Cyclometer", aplicado a cada máquina de escribir, para conocer la cantidad diaria de trabajo de la dactilógrafa o del dactilógrafo respectivo. El "Cyclo-

meter" estima, con sorprendente exactitud, el costo del trabajo efectuado, en relación con el sueldo que se paga. Todo en esta Oficina es nuevo y es eficaz, y de todo se obtienen enseñanzas.

El jefe de un departamento nos explica cómo se gana el dinero con las cartas que no se escriben. . . . La afirmación nos parece algo paradójica, pero él agrega:

Las cartas de negocios son las más difíciles de escribir, y más de una, torpemente redactada, nos hizo perder muchos miles de dólares. Hay que saber cómo se escribe y conocer, para eso, al que se escribe. La crítica de una carta, si se hace oportunamente, puede salvar un negocio. No se puede olvidar que los compradores son siempre los mejores críticos de las cartas que se les dirigen; pero esas críticas nos pueden costar demasiado caras. Un comprador recibe una carta, le molesta la forma en que se le escribió, y fácilmente detiene sus órdenes, sin decir "por qué". Se necesita un tacto especialísimo para evitarlo.

Por ello, en esta Oficina se cuenta con un censor escrupuloso, consagrado a leer toda la correspondencia que de ella sale. Correspondencia que, en cualquier caso, ha de distinguirse por su concisión, por su claridad, y por su carácter. Todo se ha de decir bien, pero con las menos palabras posibles. Si se emplearon 87, y sólo se necesitaban 39, es una falta imperdonable la constituida por las 48 que sobran.

Algo más que esto se enseña en el "Alexander Hamilton Institute", de Nueva York, que hoy cuenta con más de cincuenta mil discípulos, entre los que figuran algunos prestigiosos triunfadores.

Uno de ellos, el senador William A. Clark, supo llegar a millonario en siete distintos negocios de finanzas, de minas, de azúcar, de café, de manufacturas, de ganadería, y de ferrocarriles.

¿Millonario por milagrosa fortuna? No. La razón de sus triunfos es más sencilla: conocía los negocios fundamentales. Esto es: los había estudiado.

En los Estados Unidos, un hombre de voluntad puede llegar a millonario sólo con proponérselo. Pero no se llega por casualidad, sino por cálculo. Y el cálculo hay que saber hacerlo.

Salimos de la Oficina con una preocupación: estos negocios, estas vidas, estos hombres, ¿son patrimonio exclusivo de Norte América? ¿Es solo en Norte América donde se guarda el secreto de la fortuna? ¿Acaso este secreto se le vedó al resto del mundo?

No. Ese secreto sólo se llama "Voluntad". Está al alcance de todos. ¿Por qué en España y en la América de abolengo hispano hemos de creernos desposeídos de esa voluntad, que lo fué nuestra y que en lo lejano siglo nos llevó al predominio en el mundo? Despertemos. . . .

Barcelona y Buenos Aires—válganos estos dos solos ejemplos, como tantos otros pudiéramos citar—poco pueden envidiarle a Nueva York en fiebre de negocios ni en acometividades propulsoras. ¿Por qué no hemos de contagiarnos todos con aquella, multiplicando las acometividades? El momento es oportuno.

La horrorosa crisis que actualmente sufre el mundo, con tantos millones de hombres perdidos en menos de tres años, agrava la lucha por la vida y exige nuevos métodos, nuevas orientaciones, nuevos horizontes. Cuando la paz vuelva, la lucha aun habrá de ser más cruel, la competencia más dura, la victoria más difícil.

El mundo será conquistado de nuevo. Los mercaderes sustituirán a los soldados. Cada Oficina será un Cuartel General.

Preparemos nuestras oficinas, reorganicemos nuestros procedimientos, aprendamos de la experiencia ajena.

Una evolución consciente nos proporcionará todo lo que necesitamos: vitalidad, energía, triunfo. Volveremos a ser gigantes. Volveremos a ser invencibles.

Sin perjuicio para que se restablezca en todo el mundo la famosa doctrina de Adam Smith, según la cual los intereses de las naciones, en asuntos mercantiles, no son antagónicos sino armónicos, y que la prosperidad de cada país aumenta permitiéndose la mayor libertad de acción a los demás. . . .

De todo ello nos iremos ocupando, con toda la minuciosidad posible, en los artículos siguientes.

Sobre las generalidades ya expuestas se irán cimentando las conclusiones prácticas.

### THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

WILLIAM PAUL AHNELT, Presidente y Editor  
CHAS. W. NELSON, 1er. Vice-Presidente EVERETT D. TRUMBULL, 2do. Vice-Presidente  
LEON LEWIN, Srlo. y Tesorero

#### RENOVACIONES

En la envoltura de PICTORIAL REVIEW, después del nombre de cada suscritora, va el mes y año en que termina la suscripción. Renúvese antes de expirada para no perder ningún ejemplar.

En caso de mudanza remítanse la nueva dirección y la antigua.

Entered as second-class matter April 17, 1914, at the Post Office at New York under the Act of March 3, 1879.





## Las bandas más célebres del mundo desfilarán ante Vd. si posee una Victrola

Vd. se detendría gustoso en la esquina de la calle o se asomaría a la ventana de su casa para poder oír una banda. La Victor y la Victrola harán desfilas ante Vd. las primeras bandas del mundo sin necesidad de que se levante de su sillón favorito.

La Banda Municipal de Barcelona, la Banda Municipal de Milán, la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos de Madrid, la Banda de Policía de México, la Banda de la Guardia Republicana de París, la Banda Italiana de Vessella, la Banda Pryor, la Banda Sousa, la Banda Conway, etc. son únicamente algunas de las agrupaciones musicales que impresionan discos para la Victor y la Victrola.

Estos instrumentos ponen también a su disposición las voces de oro de los artistas de mayor renombre, y al oírlos imaginará que se halla en la platea de uno de los grandes teatros líricos o en un salón de conciertos, escuchando con profundo recogimiento las dulcísimas melodías de la lengua universal de Orfeo. Además, la Victor y la Victrola ofrecen la inestimable ventaja de que Vd. mismo puede escoger las piezas musicales que sean de su predilección y tocarlas con tanta frecuencia como lo desee.

Todo comerciante en el ramo Victor tendrá sumo gusto en hacerle oír su música favorita, así como en enseñarle los diferentes modelos de la Victor y la Victrola, cuyos precios varían desde \$10 hasta \$400.

Escribanos *hoy mismo* solicitando nuestros catálogos ilustrados, en español. Se remiten gratis y franco de porte.

**Victor Talking Machine Company, Camden, N. J., E. U. de A.**

La famosa marca de fábrica de la Victor, "La Voz del Amo," es una firme garantía de la superioridad de nuestro producto, y aparece estampada en todos los instrumentos Victor, Victrola y Discos Victor legítimos. Para evitar imitaciones, exijase siempre esta marca de fábrica.

# Victrola





# PICTORIAL REVIEW

PUBLICACION MUNDIAL ILUSTRADA PARA EL HOGAR

Año V. No. 10

Director: Rómulo M. de Mora

Noviembre de 1917

Para el hogar y las familias

## El Encarecimiento de la Vida y su Solución

Por

F. M. GONZALEZ

**H**A DE parecer muy extraña nuestra sincera y fundada pretensión de solucionar un grave problema del presente, del siglo que más garantías de progresos científicos nos ofrece, volviendo la vista atrás, no menos de cuatro centurias, a los días del triunfador Cornaro, la excelsa figura italiana del arte de vivir. Pero al enfocar el reflector del estudio y la experiencia hacia los medios más prácticos de solucionar el encarecimiento de la vida, se nos ofrece en primer término la imprescindible necesidad de acudir a la temperancia sin menoscabo de la salud, de suprimir todo lo superfluo en nuestra alimentación, y no encontramos en nuestros días mejor ejemplo, ni más sabia doctrina que la de aquel ilustre centenario.

Muchas han sido las inteligencias consumidas en el estudio y en la práctica de nuevas aplicaciones para el mejoramiento de las razas de animales, de las plantas y de las cosas, y poquísimas, muy contadas, las que se preocuparon del perfeccionamiento de la física humana, aunque no han podido borrarse de la imaginación del hombre los sabios consejos que nos legaron los griegos. Donde quiera miramos resaltan los efectos de la suprema indulgencia por la gula, del desprecio a la vida, de la ignorancia de las leyes que rigen nuestro organismo y de las imperiosas necesidades de éste, siendo una terrible verdad el que "Cavamos prematuramente nuestras fosas con nuestra dentadura". Y es que, cuanto concierne a las tentadoras viandas nos hacen esclavos de las efímeras delicias del gusto.

Llevando nuestra atención hacia la gran figura del inmortal Cornaro, verémosle pasar de la más completa ruina física, cuando contaba cuarenta años de edad, a la más radiante salud durante el resto de su prolongada vida. Así como los inapreciables procesos de la existencia están envueltos en nebulas, así el incentivo que tuvo Cornaro para ejemplarizar la suya germinó en las horas negras de los reveses. Nacido en la ciudad de Venecia el año 1464, de la rama directa de la ilustre familia de su apellido, vió defraudadas sus esperanzas de posición social por las intrigas de sus parientes, y no sólo fué privado de los honores y privilegios anexos a su noble cuna, sino que le excluyeron de todo empleo oficial. En tales circunstancias se retiró a Padua con la determinación de buscarse por sí solo un nombre honroso que descansara sobre base más sólida que el honor de la familia. Para conseguir su propósito tenía que comenzar por asegurarse una salud perfecta, tropezando con la terrible desventaja de haber nacido con una constitución muy delicada, que se agravó después por los descuidados hábitos del comer y del beber a tontas y a locas. Vémosle, a los cuarenta años de una vida muy accidentada, verdadero mártir de las flaquezas humanas, siendo sus días una prolongada tortura de sus noches. Entonces fué cuando tomó la firme resolución de interponer su voluntad entre los designios divinos y las asechanzas de la muerte buscada: resolución heroica, germinadora de los dorados frutos que por tanto tiempo han sido cosechados por sus admiradores y partidarios de sus teorías. Cambió completamente su aptitud respecto a la vida, revolucionó sus costumbres, morigeró sus gustos y adaptando la mayor frugalidad posible en su alimentación, desterró todo mal, adquiriendo desde entonces una salud perfecta y una serenidad de espíritu desconocida en aquellos tiempos.

Por más de cuarenta años continuó Cornaro gozando los privilegios de aquella perfecta salud que, a fuerza de estudios y experiencias, se había conseguido; y a los ochenta y tres años de edad escribió el primero de sus cuatro famosos tratados que constituyen "La Vida de Temperancia", aceptada por la clase médica durante más de tres siglos como libro de texto. Su segundo volumen lo escribió a los noventa y seis años; el tercero cuando ya tenía noventa y ocho años, y el último a los noventa y cinco años. La vió la luz en Padua el año 1558, pasando a clásicos de su patria.

Como dato curioso haremos constar que en Padua subsiste la hermosa casa que Cornaro construyó para sí en la vía Melchiorre Cesarotti. Y si queremos conocer al perpetuador, en grado maravilloso, del vigor, la serenidad y la belleza física y salud perfecta en la ancianidad, visitemos la celebrada galería del palacio Pitti en Florencia, donde encontraremos un retrato de Cornaro, pintado por Tintoretto, catalogado con el número ochenta y tres.

Al poner de manifiesto el camino que emprendió Cornaro para conseguirse una vida feliz, debemos recordar que su gran descubrimiento, para la conservación de la salud, está basado en "Debemos vivir de acuerdo con la sencillez de la naturaleza, seguir los caminos del propio dominio y de la razón, y no comer sino lo necesario para sostener la vida".

¿Cuántos de nosotros seguimos las prácticas de Cornaro, aun sabiendo que a los pocos días de ese régimen consiguió una gran mejoría en sus sufrimientos y en menos de un año se encontró curado completamente de todas sus dolencias y achaques? Claro es que

durante ese tiempo tuvo que hacer muchos experimentos con la alimentación hasta asegurarse de cuales alimentos le sentaban mejor; pero nunca dejaba de la mano el antiguo adagio "No saciarse es la ciencia de la salud".

Después de determinar la cantidad y la clase de alimento que ha de tomarse, aún quedan otros factores a considerar para la preservación de la salud. Cuéntanse entre ellos el evitar los extremos del frío y del calor, los excesos de fatiga y, en general, de toda índole; dormir el tiempo natural en habitaciones bien ventiladas y respirar constantemente el aire más puro posible. Los resultados de la constancia de ese régimen son: gozar de la edad madura y disfrutar de una vejez bendita con el uso perfecto de todas las facultades que no perdieron su costumbre de trabajo creativo.

Incluso la voz de Cornaro ganó en sonoridad con el paso de los años, y una de sus más gratas recreaciones fué la de estar reunido con sus once nietos y cantar a coro.

Llama también la atención el paladar que retuvo hasta su más avanzada edad, indicándolo sus propias palabras: "Encuentro ahora más sabor al sencillo alimento que tomo, sea cualquiera que sea, que cuando comía un exquisito plato en mi vida de intemperancia."

La inspiración del tratado completo de Cornaro puede reasumirse en la firme creencia, fe ciega del autor sobre que, "cuantos pongan en práctica la moderación serán recompensados con la misma salud y longevidad que yo disfruté".

Cornaro se alimentaba con todo aquello que la experiencia le enseñó le probaba bien, no levantándose nunca de la mesa con el estómago repleto. Unas doce onzas de alimento fué lo que encontró más adecuado; cantidad que fué disminuyendo al avanzar en años. Sin embargo, este sabio centenario no advoca para los demás, en ninguno de sus escritos, por la misma alimentación que él, comprendiendo que esa es una ecuación personal que sólo el interesado debe resolverla.

Tres verdades vitales se desprenden de lo escrito: que la salud depende mucho de los alimentos que se benefician de nuestras en ellas; y que en la

tomen; que para conseguir el mayor comidas se impone la mayor sencillez sabia selección de la cantidad y calidad de nuestros alimentos radica el fundamento de la longevidad.

Ahora bien: el alimentar a los jóvenes, a las personas mayores y a los ancianos son tres proposiciones distintas, reclamando cada una un tratamiento adecuado a su caso; en la inteligencia de que la alimentación insuficiente es causa de la debilidad parcial, pero la en demasía desgasta los órganos vitales. Aquellos de nosotros que hayan visitado los distritos rurales durante los meses fríos y visto la gran cantidad de carne de cerdo que se consume en la diaria alimentación de

las familias, no les extrañará saber la enorme cantidad de medicinas y específicos que expenden las boticas de esos lugares, ni el impropio trabajo que pesa sobre los médicos. He ahí donde la ciencia doméstica ofrecer su mano salvadora, y tan luego esté la cocinera familiarizada con la química de los alimentos y su relación con el organismo humano, quedará de manifiesto el valor y poder que la distingue.

La anomalía mundial ha hecho que avancemos hacia el remedio potencial del artista culinario, no estando lejos la fecha en que descienda sobre él mucha de la pasada y presente dignidad del médico de la familia. Por lo pronto, ya hay especialistas sobre alimentación, concordando todos ellos en la necesidad de que las comidas sean lo más sencillas posibles, no se ofrezcan muchas mezclas y no se exagere la cantidad.

Recientemente nos dijo nuestro antiguo compañero, el reputado Dr. M. E. Apliofe, la comida que había encontrado más apropiada para él. "Como moderadamente de todos los alimentos sencillos y buenos; prefiero las gachas de trigo hechas con leche, los huevos, algún pastel casero y frutas para el desayuno; frecuentemente no tomo almuerzo alguno o acaso una cosa ligera. Para comida tomo asado o pescado, patatas cocidas, crema de nabos, espinacas, ensalada de lechugas y tomates con salsa francesa, teniendo de postre algún flán, manzana cocida o fruta fresca de la estación. Cuido mucho de no recargar el estómago, reduciendo la cantidad de proteína a su mínimo, principalmente la que se deriva de la carne, y elimino todo estimulante, incluso el del te y café, o a lo menos lo reduzco a su mínimo." Por este ejemplo de comidas, que balancea las necesidades del cuerpo con las exigencias del estómago, comprenderemos que el Dr. M. E. Apliofe estudió a fondo los medios de retener su actividad física y cerebral de acuerdo con los principios de Cornaro.

En resumen: la solución del grave problema que estamos afrontando, por el encarecimiento de las subsistencias, puede y debe resolverse aprendiendo a comer, a no malgastar los alimentos, a tomar solamente las cantidades que sean necesarias para mantener vivo el fuego de la máquina humana y nos garantice una perfecta salud. Calidad, cantidad y adaptabilidad es la norma que nos recomienda la ciencia creciente.

Con estas ideas generales, y las particulares que se publican en las otras secciones de esta revista, ayudamos a los lectores a perfeccionar el hogar hispano.

## AL AMOR

Por MANUEL G. PRADA (Peruano)

Si eres, Amor, un bien del alto cielo,  
¿por qué las dudas, el gemido, el llanto,  
la desconfianza, el torcedor quebranto,  
las turbias noches de febril desvelo?

Si eres un mal en el mezquino suelo,  
¿por qué las risas, el arrobó santo,  
las horas de placer, el dulce canto,  
las visiones de paz y de consuelo?

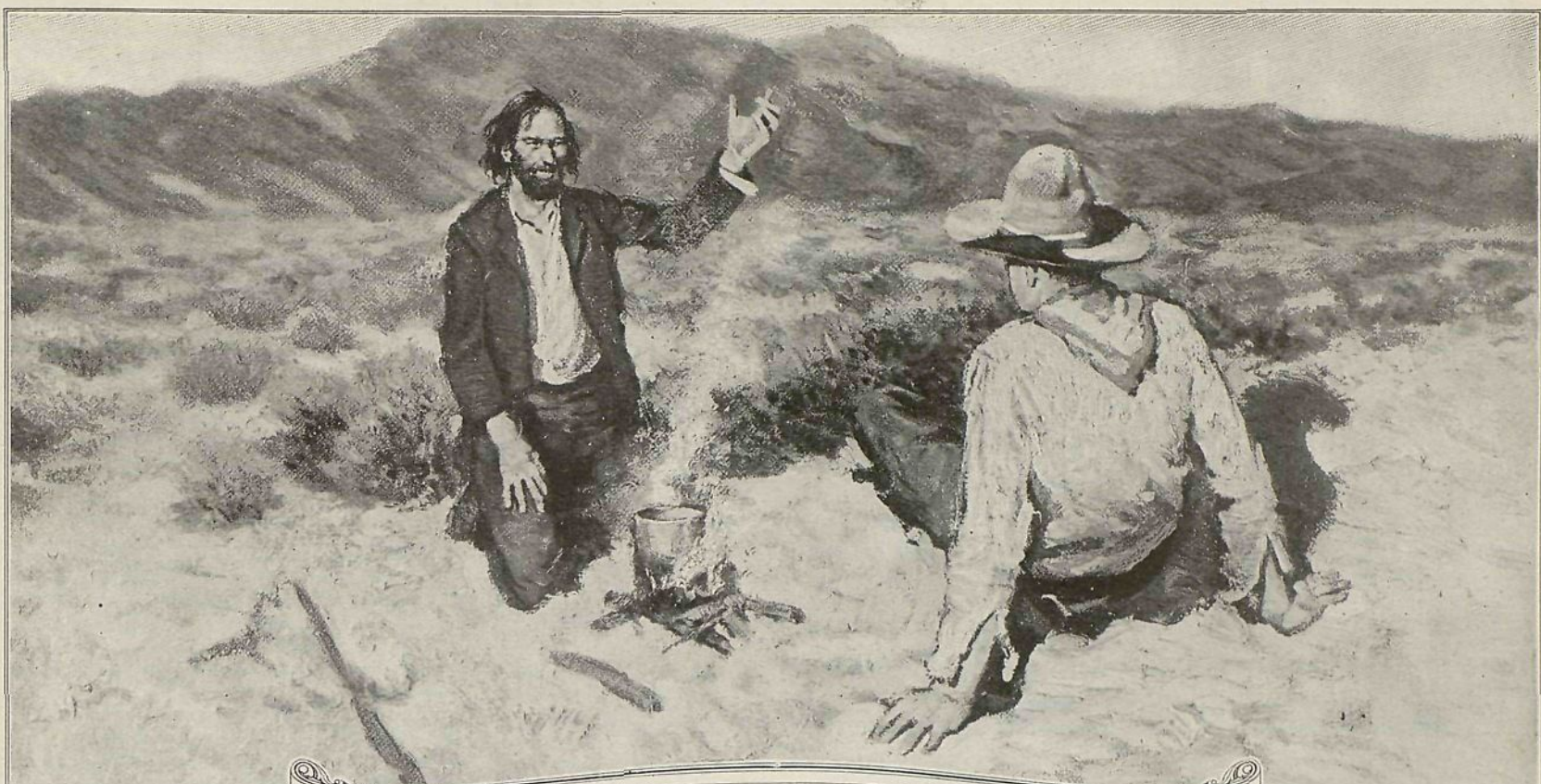
Si eres nieve, ¿por qué tus vivas llamas?  
Si eres llama, ¿por qué tu hielo inerte?  
Si eres sombra, ¿por qué la luz derramas?

¿Por qué las sombras si eres luz querida?  
Si eres vida, ¿por qué me das la muerte?  
Si eres muerte, ¿por qué me das la vida?

escribió a la edad de ochenta contaba noventa y un años; primera edición de esa obra poco a formar parte de los

Padua subsiste la hermosa casa que Cornaro construyó para sí en la vía Melchiorre Cesarotti. Y si queremos conocer al perpetuador, en grado maravilloso, del vigor, la serenidad y la belleza física y salud perfecta en la ancianidad, visitemos la celebrada galería del palacio Pitti en Florencia, donde encontraremos un retrato de Cornaro, pintado por Tintoretto, catalogado con el número ochenta y tres.





## Apuntes de Viajes PERFUME DE GRATITUD

Por  
Felipe de Mora

ILUSTRACION DE HENRY J. SOULEN

FUÉ en septiembre de 1910 cuando por primera vez visité el bellissimo país de los aztecas. Encontrábame en la Habana a la llegada del trasatlántico Alfonso XII, que conducía la comisión oficial española portadora del cariño hispano hacia Méjico, en su ofrenda de la espada del gran patriota Padre Hidalgo, mártir de la libertad. Y aunque nunca busqué pretexto para viajar, aquella ocasión no era para desperdiciarla.

No es mi objeto describir las impresiones todas que recogí en Méjico: me concretaré a la más patética, la más humana, sin otro adorno extraño a la sencillez y naturalidad de dos convergentes relatos.

\* \* \*

PASABAN los días sin escuchar una voz hermana, sin recibir otro consuelo que el de una conciencia tranquila, hija de un honrado y digno proceder. Servíame de albergue las desigualdades cavernosas de las rocas que daban vistas al árido desierto mejicano. Tres meses de aquella vida fueron bastantes a operar una transformación total en mi persona y en mi apariencia: el arrogante *sportman* se había convertido en peludo bohemio, cubierta la cara con espesa barba y el cuerpo con andrajosa vestimenta.

¿La causa de mi destierro? Nada extraordinario en aquellos tiempos de revueltas: fui uno de tantos sacrificados en aras de la pasión política.

Disponíame una mañana a retirar del fuego mi frugal desayuno cuando, tras aquellos tres meses de silencio, llegaron a mis oídos las voces reposadas de un rancho, robusto y sencillo como hijo de la naturaleza, a quien en tiempos pasados tuve oportunidad de prestarle algunos favores, y quien, enterado de la angustiosa situación de mi mujer y de mi hijo, se propuso buscarme y remediar nuestra situación a la medida de sus fuerzas. Inútiles fueron mis exhortaciones para convencerle del riesgo inhumano que corría, llevándome consigo, mientras no cambiara la situación. A su rancho me arrastró y sus propios vestidos me ocultaron a la agena curiosidad: con ellos alterné entre sus hombres. . . .

AL RASPAR el umbral cerróse violentamente la puerta, teniendo que recostarme sobre el quicio para no caer. Mis ojos se cerraron faltos de energías, y confundí ante llegaron a mis oídos las descompasadas recriminaciones de la señora: "Pues no faltaba otra cosa; tras mal servicio muchas lamentaciones y lágrimas: esa hipocritona estaba siendo insufrible: que no vuelva a poner los pies por aquí; y cuando cumpla la quincena que la eche del cuarto."

Sentí que el calor me abrasaba las mejillas y haciendo un esfuerzo sobrehumano me encaminé hacia la pobre vivienda que constituía mi hogar, no lejos de allí, a la bajada del cerro que, mal cortado, daba espaldas a un grupo de habitaciones viejas, teniendo por frente un rumoroso arroyo. Necesitaba un aliento, un consuelo que no tardé en recibir: delante del cuarto, con las piernecitas hacia el agua, hallábase sentado mi hijo sobre una gran piedra en actitud de estar pescando. ¡Pobre mío! y apenas escuchó mis pasos gritó con alegría:

—Ya cogí un pez, mamaíta, para tí, para tu cena, míralo.

Sonreí con amargura antes de poderle contestar animadora:—Pues a ver si coges otro para tí, de lo contrario tendremos que compartirlo entre los dos—. Y así diciendo entré en el cuarto y dejándome caer sobre una silla, puse la cara entre las manos, pidiendo al cielo fuerzas para pensar, ya que hasta las lágrimas me habían abandonado.

Tres meses antes era la dueña de una casa magnífica; tenía cuanto dinero deseaba a mi disposición, un marido modelo y una brillante perspectiva del porvenir. Criada y educada en Europa, con todas las comodidades de una vida desahogada, ya que no de grandes lujos, perdí a mis padres pocos meses después de casada y sólo me quedaba en el mundo aquel hogar de dichas que Dios me había concedido.

El golpe fué repentino, inesperado; tanto como cruel. Se llevaron a mi esposo, confiscaron todos los bienes y me arrojaron de la casa con sólo unos pobres ahorros y una maleta con ropa interior, encontrándome en medio de la calle sin saber a donde ir ni lo que hacer. Los amigos se excusaron temiendo les sobreviniera alguna venganza, y los extraños me cerraban sus puertas: sólo una mujer del pueblo tuvo valor para recogerme y ampararme en su casa, presentándome después a la señora X, la que me dió cuarto y un pobrísimo estipendio a cambio de cuidarle las ropas y atender a sus mal educados cuatro hijos. Pero cada día que pasaba imponíame mayores y más recios trabajos, irresistibles por mi delicada constitución, y, como empecé diciendo, me despidió a cajas destempladas.

Agolpados a mi memoria estos negros pensamientos, por horas y horas hubiera permanecido en aquella postura si la voz de mi hijo no hubiese llegado hasta mí llamándome. Levanté la cabeza y vile correr, trayendo un gran pez en sus manecitas.

—Tómalo mamá, que se me escapa—, repetía con aire de triunfo, rebosando la alegría por todo su cuerpo.

—¿Cómo pudistes cogerlo?

—Si no lo cogí yo, fué el rancho.

—¿Qué rancho?—le pregunté sorprendida, mientras mis ojos dirigían su rayo visual hacia el río, en busca de aquel ser que acababa de proporcionarnos lo que momentos antes no sabía yo por donde allegármelo.

—Allá va, mamá—, indicaba el niño señalando a la otra ribera del río, como si hubiera adivinado mi pensamiento. Pero por más queforcé la vista no pude distinguir sino la abollada copa de un alto sombrero encienito.

Aun no había yo salido del cuarto el día siguiente cuando ya regresaba mi hijo de su pesca, trayendo una canasta de saltadores peces entre un buen trozo de carne, varios paquetes de comestibles y pan.

—El rancho, mamá—, decíame anticipándose a mi

pregunta.—Y me dijo que volvería mañana con más, que no pasara cuidado porque Dios estaba velando por nosotros.

La alegre charla de mi hijo no interrumpía mis reflexiones: ¿Quién sería aquel rancho que se interesaba por nosotros? De mañana no puede pasar el que le vea y le hable. . . .

Pero pasó la mañana siguiente y nadie se presentó, creciendo mi ansiedad ante el recuerdo del cortísimo plazo que me quedaba para permanecer allí, en aquel cuarto.

El niño continuaba sentado sobre la piedra grande con las piernecitas hacia el río, fija la mirada en el agua, esperando el momento de ver hundirse el corcho. Yo le contemplé, no sé por cuanto tiempo, hasta que saliendo de mi éxtasis se agolparon las lágrimas a mis ojos y corrí a entrarme en la casa. Ante mi velada vista se ofreció un montón de comestibles sobre la única mesa de mi aposento: una pirámide de latas de conservas, muchos paquetes cuyas envolturas sugerían azúcar, arroz, garbanzos; carne, frutas, pan; dinero, sí, monedas de plata, a cuya realidad no daban crédito mis ojos.

Pasó una semana de luchas internas en la nación, a cuya ansiedad se unió la ausencia de nuestro desconocido protector. Era domingo y acababa de llegar de la iglesia. Mientras me quitaba la mantilla corrió el niño hacia el río donde, luego me enteré, estaba esperándole el rancho. Fué un momento de indecisión: avancé hacia ellos temblorosa, sintiendo los fuertes latidos de mi corazón. ¿Quién era aquel rancho?

Oculto por la piedra grande hallábase otro rancho, el criado quizá pensó. Dábanme la espalda y no se apercibieron de mi presencia hasta que el niño exclamó: Mamá, mamá, mira que pelota tan hermosa.

Instantáneamente púsose de pie el acompañante del rancho y nuestras miradas se encontraron. Apenas tuvo tiempo para llegar a mí y recogerme en sus brazos: era mi esposo, éste, el *sportman* de antes, el solitario del desierto, el rancho de hoy.

\* \* \*

SI ME fuera posible adivinar las impresiones que este relato ha de causar en los lectores, quizá no dudase en darlo por terminado, aun a costa de los pocos curiosos que quieran saber los detalles del suceso; pero. . . .

—Seis meses más tarde tomábamos el tren para la capital, nuestra suerte cambiada por la nueva situación política, para entrar en posesión de nuestros bienes y excusarme del cargo que me habían encomendado, siendo toda nuestra aspiración el vivir en aquel ambiente de verdad que aspiré entre las rocas del desierto y el rancho. Allí, en el tren, tuvimos un corto desmayo de alegría infinita, durante el cual dimos gracias a Dios con toda la fe cristiana de nuestros agradecidos corazones, estrechamente abrazados, olvidando el lugar y la presencia del rancho que, cual padre vigilante y altanero de la felicidad de sus hijos, entretenía al jefe del tren para que no interrumpiera nuestro éxtasis.

So pretexto de asuntos propios quiso acompañarnos, ser nuestro criado y nuestro guarda, tanto como su mujer quedaba siéndolo del niño en el rancho.

¡Qué grato es el perfume de la gratitud!





## Breviario Sentimental

Novela original de

Francisco Villaespesa

ILUSTRACIONES DE  
CLARA ELSENE PECK

I

EN LAS horas de íntimo recogimiento, en esas horas de suavidad y de encanto, en las cuales mi cámara de poeta se viste de fiesta y se engalana con las flores más raras del ensueño, para recibir dignamente a la ilusión fastuosa y alucinante de tu recuerdo, con el fervor de un lapidario antiguo, he cincelado estas joyas nupciales, capaces, por la pureza de su oro y la maravillosa claridad de sus gemas, de acompañar las danzas de Belkis, la amada morena de Salomón.

Mientras humean los pebeteros de plata y la crueldad divina del Amor solloza en las guzlas y suspira en las plantas, yo he realizado el milagro de transmutar todas las ansias de mi cuerpo y todos los anhelos de mi alma, en fabulosas floraciones de rubíes, esmeraldas, záfiro, topacios y crisoberilos, para bordar de refulgentes constelaciones la quimera zodiacal de tu manto.

Al sentir sobre tu piel de nardo, sensibilizada hasta la hiperestesia, la mordedura fría y corrosiva de las joyas, y en tus brazos y en tu cuello el serpentear metálico y sonoro de los brazaletes, los collares y las ajorcas, piensa que son mis labios, mis dientes y mis brazos—toda mi carne y todo mi espíritu.

En un rico cofrecillo de sándalo con arabescos de marfil y nácar, un esclavo nubio, desnudo y bello como una estatua de basalto, custodia—hasta tu alcázar de leyenda—sobre un dromedario, el presente que mi amor te envía desde las más remotas Arabias del ensueño.

Cuando en la soledad gris y monótona de tu prisión, hiles en la rueca de la esperanza el lino de tus quimeras, y en tus labios, sedientos de besos, florezcan las divinas estrofas de la balada germánica:

“Hubo en Thule cierto Rey,  
que a su amada fué constante  
hasta el día en que murió. . . .”

El relampaguear insólito de estas joyas te hará palidecer de rubor.

Y las dulces y suaves notas de la balada se romperán en tus labios en un temblor de besos y en una agonía interminable de suspiros.

II

AL APARECER en mi camino, con tu gracia ondulante y elástica de pantera joven, me has dado el espejismo de otra vida más amplia, más profunda, más sutil, como si fuese la encarnación de todos los divinos engaños y las más bellas mentiras del Universo.

Deslumbraste mis ojos en una gloriosa tarde de Primavera, en que todo parecía hecho y pronto para el amor,

para un amor inextinguible, que como el fénix de la leyenda, muriese y resucitase perennemente de sus propias cenizas.

El crepúsculo se difundía en el mármol antiguo de tu rostro, como si fuese un velo de sombra y de oro, dándote el prestigio secular y misterioso de los más bellos y terribles mitos del Oriente.

Venías pálida de inquietud y de ensueño, como una perla enferma de nostalgia, y bajo el marco floreal y sombrío de tus cabellos profusos, tu palidez se espiritualizaba hasta lo monstruoso.

El temblor palpitante de los músculos y de las manos daban la apariencia de una cosa alada.

Tus extremidades eran tan fluidas que daban una sensación de inexistencia, y los ropajes de pliegues nobles y tonos claros, armonizaban tan justamente con la hermélica fragilidad de tu silueta, como si hubiesen brotado de tu propia substancia y por ellos corriese también, animándoles, tu misma sangre.

Parecías tener dos almas: una misteriosa y extática, encantada en la profundidad nocturna de tus ojos, perdidos en una mística lejanía de imposible.

Y otra, devastadora y cruel, temblando de deseo, en la púrpura encendida de tu boca, de tu boca insaciable, húmeda de voluptuosidad, como si saborease entre sus dientes la presa jugosa y sangrienta de mieles de una granada madura.

A tu presencia palidecí como si comprendiese que algo nuevo comenzaba en mi vida, algo dulce, fatal, profundamente triste, y cruzado, como una noche de tempestad, de relámpagos crueles.

Y desde entonces, te amo con tan salvaje violencia que hay momentos en los que me parece que siento crujir mis huesos, próximos a estallar, y que mis venas y mis ojos van a romperse, porque no pueden ya contener la febril explosión de mi cariño.

¿Qué divino milagro hay en tus ojos insondables?

Cuando me miras, diríase que es tu alma quien me mira, y me siento desvanecido en humo, en incienso, en plegaria, en un anonadamiento infinito.

¿Qué terrible misterio de sangre ocultas en tu boca roja?

No lo quiero saber. Cuando sonrías, siento que las uñas se clavan en mis carnes, y los dientes muerden en los labios, hasta hacerlos sangrar, como si al paladear la sangre gustase también todas las dulzuras y las embriagueces de tu boca.

Yo te amo, porque eres enigmática y paradójica, grave y mística, porque eres todo el amor y el odio del mundo, porque tienes la frente y las manos de santa, los labios finos y crueles, y los ojos de serpiente y de paloma, de leona y de gacela de que habla el maravilloso poeta del desierto.

III

A VECES creo que no existes en la realidad, que eres sólo una quimera vana, una sombra alucinante de fiebre, pues no concibo que siendo de carne humana, teniendo corazón, puedas contemplar impasible este dolor brutal, que como lepra insaciable, va devorando los huesos de mi carne y la médula de mi alma.

Una estatua, esculpida, en la materia más dura, se hubiese estremecido ya de dolor, hubiese tendido, en un arranque milagroso, sus brazos de mármol a mi cuello para ahogarme de felicidad en ellos.

Si tu esencia es humana, debes ser un monstruo.

Debes tener, en tu corazón de hiena y en tus entrañas de chacal, acumulado todo el veneno de la tierra y toda la diabólica perversidad del infierno.

Me atormentas, me inquietas, me atraes, me rechazas, juegas conmigo y te burlas de mí.

Y mi corazón es en tus manos igual que esos juguetes que rompen los niños, por curiosidad, para ver lo que tienen dentro.

Si las heridas del alma sangrasen, tú no podrías mirar tus manos sin sentir, como Lady Macbeth, el horror de la sangre y el remordimiento del crimen.

IV

POR qué me abandonas? ¿Por qué te vas? A tu lado, por tí y para tí, yo segaría con mi hoz de oro los más altos, verdes y frondosos laureles. Mi magnificencia fabricaría alcázares maravillosos, donde las horas y los siglos pasasen como visiones de ensueño.

Conquistaría, con mi amor, los más fabulosos y lejanos imperios de la Inmortalidad. . . . Y los héroes más fuertes y los dioses más altivos, se inclinarían a tu paso, deslumbrados por el fulgor eterno de mi gloria. Porque tú eres para mí la fuerza más potente, el torbellino de ambición y de grandeza, capaz de transportarme a la meta suprema del Universo. Mas si te alejas, si tú te vas ¿qué va a ser de mí?

La hoja seca a merced del viento, el naufrago entregado a la tempestad, estarán más seguros de su destino.

¿Qué van a hacer, lejos de tí, mis ojos, estos pobres ojos que sólo viven de los tuyos, por el deseo de verte y la esperanza de contemplarte algún día en el espejo encantado de tus pupilas?

Si tú te vas, será como si me arrancasen las retinas. Se quedarán mis ojos inmóviles, llorando en la oscuridad, como dos huerfanitos ciegos.

¿No te dará pena de su orfandad y su ceguera?

¿Los dejarás perecer, deshechos en lágrimas de sangre, porque ya no les queda llanto?

¿Qué a va a hacer de mis manos, de estas pobres manos que sólo viven para las tuyas, para soñarte, para acariciarte, y para convencer a mi corazón de que no eres una quimera, sino realidad tangible y gloriosa?

Sin tí, sin tus manos, las mías son como los míseros tullidos abandonados por todos entre las llamas de un incendio.

¿Vas a dejarlas morir en el martirio inaudito del fuego? ¿Qué han de hacer mis labios si tú te marchas para siempre?

Mis labios que sólo para tí se mueven y hablan, que sólo por tí y para tí sonríen, concentrando en el panal de su sonrisa todas las mieles de los besos, ¿para qué me servirán, si contigo han huído todas las armonías y todas las dulzuras de la tierra?

¿Cómo vas a dejar a estos pobres mudos, sin amparo y sin consuelo en medio de la inquietud alucinante de la vida?

¡Oh, no te vayas!

Te lo piden mi alma, mi corazón, mis ojos, mis labios y mis manos; todo mi espíritu y toda mi carne, ante elante de tí y soñando con tu presencia.

Te lo suplico en nombre de cuanto existe de santo y bello sobre la desolación de la tierra. . . . ¡Por mí, por tí misma, por la felicidad de los dos, que es la única que podemos encontrar en la vida! . . .

El amor que se va no regresa.

Y si acaso, milagrosamente torna, mejor fuera que no tornase, porque vuelve desfigurado, tan otro que no sólo no podemos reconocerlo, sino que además nos causa repugnancia su presencia. Y entonces los amantes se paran con extrañeza, se miran fijamente, ansiosamente, hasta el fondo de los ojos, como si buscasen algo perdido, y desilusionados de no encontrarse, se dicen a sí mismos: viendo los estragos del tiempo y las vicisitudes de la fortuna.

—¿Y ésta es aquélla?

—¿Y éste es aquél?

Y se alejan en silencio, sonriendo melancólicamente al ensueño que acaban de enterrar en sus almas.

V

MUCHAS noches no sólo te presiento en torno mío, sino que te siento y hasta te miro a mi lado viendo mi angustia.

Me parece que te acercas, sigilosa, a mi lecho.

Recorro como un loco la casa, llamándote en gritos, buscándote por todas partes, sin saber que jamás podré encontrarte, porque no estás fuera de mí sino en mis ojos y en mi corazón, en el fondo de mi alma. . . .

¿Qué me importa que me ames o no, si tengo la certidumbre que así como tú vives en mí, yo vivo también en tus recuerdos, inalterable y fatal como nuestro propio destino?

¿Ves esa sombra que te acompaña siempre, como un esclavo etíope a una reina fabulosa, que se pierde contigo en las noches de luna, por las largas avenidas de cipreses que terminan en el estanque donde los cisnes esperan las caricias de tus manos?

Esa sombra soy yo: mi amor que te espía, que te vigila y ampara, que no te abandona un momento, y que cuando



la tierra te cubra con su abandono y su olvido impene-  
trables, se sentará allí a llorar eternamente sobre la  
losa de tu sepulcro, al pie del ángel y de la cruz de  
mármol. . . .

Todo será inútil, todo. . . . Porque yo amo la luz de  
tus ojos en el fulgor de todas las auroras y el perfume  
de tu aliento en el perfume de todas las flores de la tierra.

#### Del Epistolario de ella

##### I

YO NO os escribo la dulce carta, que mi corazón ha  
compuesto, como respuesta a vuestras páginas  
impregnadas de perfume y de luz. De escribiros tal  
como la siento, no podría mirarme ya nunca al espejo,  
temerosa de verme en su cristal encendida de rubor. . . .  
Porque hay ciertas cosas que las mujeres no pueden  
confesar ni a su propia conciencia.

Limitóme, por lo tanto, a agradecer profundamente  
el regalo imperial de vuestras confidencias.

¿Con qué? . . . Sólo mi alma lo sabe. . . . Y mi alma  
es muda, no tanto por respeto a mí misma, como por  
temor a haceros desgraciado, aun más de lo que sois, con  
la inoportunidad de mis sinceridades.

El anuncio de vuestro viaje me ha llenado de satisfacción.

¿Podremos esperar que la próxima Primavera nos  
traiga a los dos, como un presente floreal, un nuevo bien  
que nos torne fuertes contra todos los males, y una fortuna  
que nos haga olvidar todos los dolores sufridos? . . .

Cuando vengáis a esta tierra de encanto, al arrullo de  
este mar azul, os diré porque hoy, yo, no puedo soñar  
vuestro magnífico sueño, porque hoy debo rudamente  
rechazar vuestra esperanza, esperanza tan llena de poesía,  
tan prometedora de felicidad, tan humana y a la par tan  
divina, que me ha conmovido profundamente. . . .

Pero yo os ruego, a pesar de todo, os ruego, amigo mío,  
por todo lo que de más santo haya en vuestros recuerdos,  
que no me olvidéis entretanto. Es cierto, sí, cuanto  
habéis soñado. . . . Es cierto. . . . En mi corazón po-  
dríais encontrar las palpitaciones de aquel corazón que  
tanto amasteis y del que no queda ya ni el polvo de los  
sepulcros. . . . Sí, sí, en mis labios podrían reflorar,  
para embriagaros de ternura, la sonrisa perdida y  
recordada y añorada eternamente. . . . Y en mis  
manos y en mis ojos encontraríais también todos  
los divinos consuelos y todas las humanas felicidades  
que fueron a perderse en el olvido de la nada. . . .

Es cierto, y yo he tenido que hacerme a mí misma  
una violencia inaudita para no ver esta visión de paz,  
para no extender, pronta a vuestro reclamo fraterno,  
mis brazos fieles de enamorada, a través de los  
montes y del Océano.

Yo os aseguro la más orgullosa victoria, y le pido  
a Dios, de rodillas, que derrame sobre vuestra dolo-  
rosa soledad el bálsamo de todos los consuelos. . . . Y  
¿por qué no decirlo? ¡Diera hasta la última gota  
de mi sangre, porque mis pequeñas manos inocentes  
os pudiesen conducir, eternamente, por un camino  
de sol y de flores, por una senda gloriosa, amplia y  
llana, ignorada de la vulgaridad y de la muchedumbre!

Enviadme siempre, si esto no os causa molestia,  
nuevas de vuestra vida atormentada de luchador, y  
creed en mi perpetua devoción y en mi sincero  
entusiasmo.

No extrañéis mis largos silencios, pues en ellos  
acaso, estoy más cerca de vos que amante alguna  
lo estuvo jamás de su dueño.

Gracias por todas las bellas cosas que me decís;  
gracias también por las que aun no me habéis dicho.

Yo os sabré pagar tanta delicadeza, con toda la  
efusión de mi alma y todo el afecto fraternal de mi  
corazón.

Pero mejor sería que me olvidaseis, que no me  
escribieseis, dejando morir tranquila, sin un nuevo  
anhelar, sin otra nueva esperanza, a esta enferma  
desahuciada de la felicidad.

Febrero, 1900

##### II

¡OH, HERMANO! ¡Oh, hermano! He recibido  
vuestra carta, como una consolación divina  
en estos días pasados de desolación y de sombra, y  
vuestro bello sueño de porvenir y de esperanza me  
ha hecho despertar, sin tristeza, de un antiguo sueño  
de amor.

Me decís que conocéis mi alma, que quisierais  
tenerla en vuestras manos para hacerla palpar con  
todas las felicidades de la tierra y extasiada con todas  
las paces del cielo. . . .

Soñemos, hermano. . . . Soñemos. . . .

Yo vengo a tí, corazón dolorosamente asetado por  
el amor. . . .

Venid a mi encuentro. . . .  
Dadme rosas y rosas. . . . Las espinas me han  
lacerado, impidiéndome caminar. . . .

Venid a mi encuentro. . . . Esplenderán aún los  
horizontes de primavera, si yo puedo mirarme en  
vuestros bellos ojos, como en los ojos de la fe. . . .

Yo vengo a la patria nueva, para olvidar los des-  
tiertos, las nostalgias, todo mi pasado de guerra y de  
derrotas. . . .

Vengo, imagen de mansedumbre y de devoción, a pres-  
taros compañía en vuestras noches de insomnio, a sonreír  
a vuestros trabajos, a poner un ramo de humildes violetas  
sobre vuestra escribanía, y dar a vuestros labios y a  
vuestra frente los besos con que sueñan, porque los han  
perdido. . . .

Yo sabré ser para vos la amante, la esposa, la hermana,  
la madre y la hija, todos los amores femeninos del mundo.

Soñemos, hermano mío. . . . Sonriamos a nuestro sueño.  
Mirémonos ahora en las almas, para poder después  
mirarnos mejor en los rostros. . . .

Ahora es aun invierno, mas pronto Marzo, nos dará  
la maravilla renovadora de su sol tibio. . . . ¡Quisiera  
deciros tantas ternuras, tantas cosas suaves y dulces! . . .

Mas no puedo aún; no es tiempo todavía. . . .

Estoy enferma. . . . pavorosa de tomar una medicina  
que recrudezca mi mal en vez de aliviarlo. . . .

Tengo miedo de engañarme otra vez, de vivir, de todo  
lo que me rodea y de lo que puede llegar. Tengo miedo,  
mucho miedo, de vos y de mí.

Perdonad que no os haya escrito tan pronto como  
deseabais. . . . Tengo miedo, os repito. . . .

Recordadme siempre, ¡oh, hermano de arte, hermano  
de dolor, y hermano también de esperanza! como yo os  
recuerdo a vos, a vos que podéis ser el amor eterno, la  
poesía que no pasa, la poesía soberana. . . .

Febrero

##### III

AVECES dialogo con mi alma, y le digo en un fiero  
arranque de orgullo: "Alma mía, alma mía; sé  
fuerte y prosigue tu camino."

No te detengas a sestar en el oasis. Las flores y las  
aguas claras quizás escondan tósigos de muerte. . . .

¡Alma mía, alma mía, a la sombra de las palmeras  
sueñas encontrar esposo—para tu caminar cansado y  
errante, y una sonrisa—aun la más leve—para la suerte  
ignota! . . .

¡Alma mía, alma mía, los engaños te tienden de nuevo  
sus brazos rapaces, te llaman de nuevo con sus voces de  
oro! ¡Camina. . . .! ¡Cada promesa no encierra más  
que un nuevo afán!

Avanza siempre, avanza en el desierto. Bajo el sol y  
el torbellino, avanza siempre serena. . . .

No quedan rastros en los arenales. . . . El viento  
borra todos los pasos, lo mismo los firmes que los dé-  
biles. . . .

Sin infamia, sin méritos, sin odios, ¡y sin amor! . . .  
¡Alma mía, qué pena! ¿Eres tú, pobre alma, quien pide  
llorando un ramo de azahar, un blanco velo y una fragante  
cadena de albas rosas nupciales?

¡Alma mía, alma mía, camina, y conoce la verdad des-



## HIJO MÍO

POR F. DE MORA

Tu tierna cabecita sobre el pecho,  
Hijo mío,  
Da calor celestial a mis entrañas;  
¡Es tan dulce gozar de la inocencia!  
¡No crezcas, alma mía!

A tus hermanos tuve así igualmente,  
Hijo mío,  
Meciéndolos mis brazos amorosos;  
Mas todos me dejaron desolada,  
¡No corras tú de mí!

Tu boquita besando mis mejillas,  
Hijo mío,  
Es la gracia de Dios para tu madre;  
Pero, ¡creces tan pronto! te haces hombre...!  
¡Sé mi niño por años!

nuda y triste!

No serán para tí, que eres pobre, ni los besos ni las  
flores. . . .

¡Alma mía, alma mía! que eres como una niña huérfana  
y tímida, ¡tú no gozarás de nada! La vida es avara, y  
guarda terriblemente sus dones. . . .

¡Alma mía, alma mía! tú morirás sola, sin besos y sin  
flores. . . .

¡Os mando esas páginas dolorosas, arrancadas de un  
pequeño libro donde he ido anotando, pulsación por  
pulsación, todos los latidos de mi vida!

Marzo.

##### IV

¡OH, AMIGO mío! ¿No ha desgarrado vuestro cora-  
zón la última carta que me habéis escrito?

¿Aun pensáis en mí y me recordáis, a pesar del tiempo,  
la distancia y mi silencio, con la misma poesía e idéntica  
fe que aquellos días remotos de ensueño y de delirio?

Yo he estado en los umbrales de la muerte, y hoy  
mismo os escribo aún con medio cuerpo enterrado dentro  
de la sepultura.

He pasado por los más atroces sufrimientos morales y  
materiales.

No ha habido prueba por la cual yo no haya pasado,  
ni tortura a la que no haya estado sometida. . . .

Todo lo he perdido, y soy ahora una pobre criatura que  
después de mirar arder su casa, se sienta sobre las ruinas,  
entre los escombros humeantes, para llorar lo irreparable  
de su fortuna. . . .

Vuestro afecto es sólo la única estrella de mi oscura  
noche.

Pues bien, yo, hoy, os confío esta alma.

Os la confío para salvar de un supremo remordimiento  
esta ardiente juventud mía, que tiende desesperada los  
brazos a la altura, sin encontrar más que el vacío obstinado  
y cruel. . . .

Mi alma está enferma de desilusión y de cansancio. . . .

Vos, quizás, podréis curarla aún, haciéndole de nuevo  
creer en la virtud milagrosa de la vida. . . .

Vuestras promesas pueden ser la salvación. . . .

Yo venzo los mares, yo venzo la distancia y el tiempo,  
yo venzo el dolor y la muerte y vengo a hacer florecer en  
vuestro corazón la augurada y eterna primavera. . . .

¡Quizás un día, el destino podrá unir nuestras aspira-  
ciones, como unía en las antiguas monedas los perfiles  
reales!

¡Quizás nuestras existencias enlutadas no encontrarán  
la resurrección con que sueñan!

¡Quizás! . . . Quizás este dolor podrá darnos la ale-  
gría, y esta comunión nos indemnizará de todos los afectos  
perdidos y de todas las esperanzas que huyeron. . . .

Vos lloráis a una dulce mujer tan frágil y tan suave  
que se perdió en la vida, como una sombra detrás de  
un cortinaje; yo lloro a un hombre que jamás ví y que  
tan sólo amé, en cartas apasionadas. . . .

Vos lloráis un bien perdido; yo lloro un bien que  
soñé poseer. . . .

La suerte tuvo para nosotros una palabra y una  
sonrisa. . . .

Nosotros podemos recordar, conmemorar y enter-  
necernos juntos. . . .

En vuestra vida hay una virgen profundamente  
amada, que era digna del amor y fué presa de la  
muerte.

En mi vida hay un desconocido, que va vivo entre  
los muertos, indigno de todo recuerdo. . . .

Nosotros podemos darnos las manos, podemos  
caminar unidos, y creer que al final hemos de hallar  
un puesto y un reposo. . . . A él confío la postrera  
esperanza de mi vida.

Mis manos se tienden a las vuestras, os las estre-  
chan avaramente, os oprimen, como diciéndonos, en  
su mudo lenguaje.

—¡Volved a conducir a mi pobre alma desterrada,  
a su reino de amor y de paz! ¿Podréis abandonarme  
en esta desolación inaudita?

¿Podréis negar el apoyo de vuestro brazo a esta  
miseria moribunda del ideal, que lo necesita, no  
sólo para sostenerse, sino también para olvidar, por  
un instante tan solo, todos los viles prosaísmos de  
la vida?

¿Podrán vuestras manos negarse a cerrar los ojos,  
de los cuales habéis sido siempre el más dulce sueño  
y la más constante alegría?

Mandadme una sola palabra de aliento. ¡Es el  
único sorbo de agua que el destino ha concedido y  
puede conceder a la sed insaciable de mis desiertos  
espirituales!

¿Me lo negará también vuestra piedad?

Tan desengañada estoy de la vida que hasta de vos  
llego a desconfiar. . . .

¡He sufrido tanto en estos años de soledad y de  
silencio, de diálogo constante con mi desgracia!

¡Necesito oiros, veros con estos ojos que sueñan  
con los vuestros perennemente, palparos con estas  
manos que solamente por vos alientan, para con-  
vencerme que no sois también, como todo, una  
quimera, una sombra intangible!

Decidme, sí, decidme, y repetidme en todos los  
tonos y a todas horas, que vuestro sentimiento por  
esta ignota será más fuerte que todas las alegrías y  
que todos los dolores.

Enero.

##### V

AMIGO mío, no he contestado antes a vuestra  
larga y afectuosa carta porque tenía el ánimo  
demasiado dolorido.

Yo he visto morir, por obra de la fatalidad, una  
poesía que creía había de conducirme a la más alta  
felicidad, y al más glorioso porvenir. . . . Mas no  
hablemos de esto. . . . Vos estáis aún en plena  
convalecencia, y es un verdadero crimen deciros que la  
vida es triste, que la traición es el único visitante de los  
corazones entusiastas y sencillos, que para nosotros los  
soñadores, el camino es áspero y vacío, privado de luces  
y de flores.

¡Oh, amigo mío, vos sentís la deslumbradora nostalgia  
de los campos andaluces y de los mares latinos! . . .

Yo siento, en cambio, la nostalgia de un desierto donde  
jamás llegue un motivo de esperanza, ni aun pase la  
sombra de un hombre. . . .

¡Oh, ignoto, oh, lejano amigo! ¡Yo sonrío a todas las  
dulces promesas que me hacéis y me enorgullece que esta



correspondencia se mantenga firme en el tiempo y a través de todas las vicisitudes de la fortuna, brindándonos la recíproca consolación de su ternura inagotable!

Os envío esas pobres páginas de mi adolescencia. Leedlas con toda la indulgencia que inspire mi amistad; florecieron sinceramente en mí.

Después mi juventud, que ha conocido la lucha y las verdaderas derrotas, que ha conocido la lucha horrible por el pan de cada día, y que ha llamado desesperadamente al sol, vió nuevos horizontes y abrazó un arte más fuerte.

Vuestra pluma infundirá a estas pequeñas prosas el viejo perfume y la vieja frescura, y alguna bella jovencita de España pensará, con un poco de simpatía, en esta pálida y desterrada jovencita de Italia, que pasa eternamente los días mirando ansiosamente el mar azul con la esperanza de verlo surcado por una nave blanca, por una vela blanca, que le traiga el mensaje de la fortuna.

¡Yo os auguro y deseo todos los bienes y todas las paces!

Aquí ya se presiente y adivina la primavera, en el aire suave y un poco cálido y en las flores de almendro que nievan el musgo florido de violetas. . . .

Marzo, 1900

## VI

HOY te envié una cosa muy bella, ¿no sabes alma mía? Te envié lo más santo y puro de mi alma, con una golondrina. . . .

Un beso muy grande, inmenso, infinito. . . .

¡Qué divino fué aquello! . . . ¡Si hubieses visto!

Estaba repasando la lección de piano a mis hermanas, en una habitación muy chiquita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

Ensayaban unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan a las niñas, cuando se entró por el balcón abierto a la tarde, un pájaro, piando, chillando, que aleteó entre las flores de mi propio sombrero. ¡Qué alegría! ¡Qué pizarra!

Lo tiramos todo, pizarras, métodos, libros, hasta las sillas y el taburete. . . .

La más pequeña cerró los cristales del balcón.

Palmoteábamos de contento. . . .

El pájaro describía círculos inverosímiles, ascendía y bajaba, rápido como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo. . . .

Se quiso escapar por un espejo . . . y cayó en mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retrato. . . . ¡Qué bello! ¡Qué alas! ¡Qué cuello! ¡Qué pico!

Yo nunca había visto de cerca una golondrina. . . .

Me daba pena soltarla y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar. . . .

No me atrevía a mover los dedos, temerosa de hacerle mal. . . .

¡Si vieras como temblaba entre mis manos!

Parecía un corazón muy pequeñito, pero muy tierno, que tuviese pena, mucha pena. . . .

Yo no debía retenerlo, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá, arriba, ¡en los cielos!

Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul del abanico, una cinta menudita y estrecha, y le hicimos sin lastimarla un collar, con un lazo, alrededor del cuello. . . .

Luego, las niñas la besaron, en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le di un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce, que con el alma entera le pedí llevase a tus labios. . . .

¡Abrí los dedos y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno!

¡Qué tristeza me dió el verla escapar, piando, feliz de verse libre de nuevo!

¿Adónde iría?

¿Quién sabe!

¡Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro! . . . .

Y mis ojos y mi alma la siguieron con una ansiedad tan angustiada, que sentí, por mis mejillas, resbalar la fría y lenta desolación de las lágrimas. . . .

¿Llegará a tí?

¿Llamará con su ala a tus cristales, como diciéndote:

—Despierta, te traigo un mensaje y un augurio de felicidad?

¿Pasará, volando por tu lado, dejando en el aire que respiras mi beso?

¡Alma mía, mira tú siempre a todas las golondrinas que pasen; y la que tenga un lazo azul, la más bella, la más fina y la más esbelta esa es la mía, mejor dicho, la nuestra! Verás como ella también te reconoce.

¡Le hablé yo tanto de tí, en aquel momento inolvidable en que palpitaba entre mis manos!

¡Qué no hubiera yo dado, por poderme reducir, por haberme convertido en una cosa muy pequeña para abrazarme a sus alas, y volar, y volar, a través de los mares y de los montes, hasta tu soledad y tu tristeza y darte en los labios toda mi pobre carne hecha besos, y toda mi alma transformada en ternura, en suavidades, en delicadezas! . . . .

Ama a las golondrinas, siquiera en recuerdo de ésta que te llevó lo más puro y santo de mi ser.

Abril 1902

## VII

DESPUÉS de una semana de angustia espantosa, de incertidumbre mortal, recibo noticias tuyas, una carta que derrama en mi alma la más inefable de las alegrías. . . .

Ayer te escribí una carta de negruras, de pesares. . . .

Estaba el día cenizoso, impregnado de una poesía helada que se me entró en el alma, deshaciéndose allí en una lluvia de lágrimas. . . .

¡Qué tristeza de esta lluvia, este frío que se infiltra en los huesos, que parece llegar a nosotros con ansia de muerte, extenuándonos, torturándonos, amortajando nuestra imaginación con no sé qué presentimientos de próximas descomposiciones! . . . .

Nuestra boca siente la humedad de la tierra mojada, y parece que respiramos el aire de un sepulcro. . . .

¿Qué terror nos domina? ¿Qué fantasmas nos amenazan en esta semioscuridad preñada de miedos?

Sentimos anhelos de gritar, de pedir socorro, de huir, y terminamos resignándonos a lo inevitable, a una agonía lenta, y fría, como la lluvia que resbala por los cristales y extiende sus crespones de niebla sobre el llano. . . .

Ayer, fué espantoso. Deseaba morir, renunciar a todo, entre aquellas dolorosas convulsiones que retorcián, destruyéndoles, mi alma y mi cuerpo. . . .

Pero hoy, esa misma lluvia y esa misma luz enferma y nostálgica, que lo emplomiza todo, en vez de desesperarme, de martirizarme, me dan una divina languidez de fuego, que me hace morir, doblarme desfallecida, pálida y temblando de amor, sobre tu recuerdo. . . .

¡Amor mío, será divino ver la lluvia, estando a tu lado, escondida entre tus brazos, con la cabeza refugiada sobre tu hombro!

¿Cuándo apagaré el rumor de la lluvia el rumor de tus besos?

Vuelvo a escribirte, después de dos horas larguísimas y terribles, de una visita abrumadora. . . .

Vuelvo a tí, ávida, loca, a abrazarme a tu recuerdo, a tu imagen, a tu fantasma. Yo no sé qué es esto que me acomete a veces. . . . Es un delirio, un vértigo, un ansia inexplicable. . . .

Siento como si se abriera mi cuerpo y saliera mi alma, a extenderse con su locura por todo el Universo, a subir a elevarse al infinito, y luego, inmensa, engrandecida, llegase a tí, a ser tu esclava, a morir a tus pies . . . a tus brazos, a tu boca. . . .

Yo no sé si soy buena o si soy mala, si sé, si ignoro, si vivo, si muero. . . . Yo no sé nada, pero sé que te adoro, que muero de tí y por tí. . . .

Fuiste mío, eres mío, serás mío, fatalmente mío, porque tu alma es ésta que siento palpitir en la mía, porque tu corazón es éste que oigo latir en mi pecho. . . .

Octubre

## VIII

TE ENVÍO el rizo prometido.

Vacilaba mandártelo. ¿Sabes por qué? Me parece mezquino, indigno de tus manos, de tus ojos, de tus labios.

Antes tenía yo el cabello muy bonito, más claro, más brillante y más largo, que me hubiese servido de manto. A veces me entristezco al mirarme al espejo. Ya no me sonrío como antes. No. Me da rabia, vergüenza de mí. No me creo lo suficientemente bella para aprisionar en mi rostro tu atención, para recrear constantemente tus ojos con una fiesta de belleza.

Yo quisiera ser una mujer extraordinaria, maravillosa, dotada de todas las perfecciones del alma y del cuerpo, inteligentísima, de una belleza suprema, para que fueses el dueño absoluto de cuanto grande hubiese en el mundo, todo reunido y exaltado en mí. . . .

Solo tengo mi alma, mi pobre alma, que se entrega a tí, con sus ternuras, sus delirios, con todo lo que posee.

Mi alma que te adora, que te adora muriéndose de amor, muriéndose nostálgica de tus besos, de tu cariño, de tí. . . . Te escribo con un ansia loca, como nunca, poniendo en cada palabra pedazos de mis entrañas.

He soñado contigo esta noche. . . . No sé qué. . . .

Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Pero debí ser algo muy dulce y muy bello, porque mi hermanita dice que cuando entró esta mañana a despertarme, yo sonreía. . . .

¡Cuánto he sufrido estos días, amor mío, cuánto he sufrido!

Creí que huías de mí, que me abandonabas; y los pensamientos más terribles se aferraban a mi alma, destruyéndola. . . . Era como una pobre corza, en un cubil de leones hambrientos.

Pensé destruir mi vida, destruirla enérgicamente, de un golpe, para siempre. . . . ¿Qué iba yo a hacer en la vida sin tí?

Sin tí la existencia es tan insoportable, tan tremenda y brutalmente fatigosa que me pesa, que me aplasta, que me aniquila, en una tortura fatal y plena.

Sufro; me muero; me muero sin tí; sin tu cariño, sin tus caricias.

Ven, ven por mí. . . .

Ten valor. . . . Vuela, atraviesa los mares, el tiempo, el infinito, todo, y ven por mí. . . . Llévame contigo, donde tú estés, a la gloria, al

infierno, donde sea, a sufrir contigo, a gozar, a ser dichosa siendo tu esclava, plegándome a tí, convirtiéndome en tu sombra, en el aire que respire, en algo tuyo. . . .

Yo no quiero estar tan lejos de tí. No quiero estar, no puedo estar sin verte. Yo haré por tí las mayores abnegaciones, las heroicidades supremas.

Te daré todas mis energías, toda mi fortaleza, todas las delicadezas de mi alma. . . . Viviré para tí, ayudándote, animándote, siendo tu consuelo, tu amparo. ¿Qué cruz no resistirán mis hombros? ¿Qué abrojos no pisarán mis plantas, si siento en mis manos el calor de las tuyas, si puedo verme en tus ojos y oír tu voz?

Tú me amarás; sí, me amarás mucho, infinitamente. Me darás un amor desmesurado, como el mío, inmenso, que te haga estallar el pecho como a mí, que te trastorne, que te embriague y te enloquezca, como a mí.

Ven, ven, dime que me amas así, como nadie amó. Dímelo. . . . No me mientas nunca. . . . Si tú me engañas, moriré de desesperación, troncharías mi vida.

¡Oh, sería cruel, cruelísimo! ¡Desgarrarías mi pobre alma, mi pobre alma que tú mismo has despertado, y ante la cual has abierto horizontes infinitos de ternura! . . . ¡Sería una infamia inaudita! . . . Y mira, oye, esto que voy a decirte muy bajito. Aun así y todo, te adoraré, moriré sin una queja, bendiciendo tu nombre, besándote, al escaparse por mis labios, con el último aliento de mi vida.

Agosto.

## IX

HOY estoy mejor, mucho mejor. Te envío una sonrisa, una caricia. . . . ¡Y tantas cosas de mi corazón!

Sonríeme tú también. ¿Por qué nosotros mismos hemos de angustiarnos? Ya que nadie nos consuela consolémonos nosotros. Ya voy renaciendo, poco a poco, pero renaciendo al fin. Quiero apartar de mí tanta cosa terrible, tanta cosa como quiere destruirme, hundiéndome para siempre en el vacío, en la nada. ¿No es verdad que sería muy triste que yo me deshiciera, que desapareciera para siempre, llevándome en los labios este beso ávido, que es la entrada de toda mi alma y de toda mi vida?

¿Por qué morir? Es pronto aun. Yo retengo con ansia—quiero retenerla—la esperanza en mi alma y la salud en mi cuerpo, como el que se aprieta los bordes de una herida por donde se le escapa la sangre. . . .

Quiero conservarla para tí.

¡Si vieras como luchó! ¡Son tantos y tan grandes los golpes que en la sombra me asestan! Pero no temas. En el fondo de mi ternura hay algo vigoroso, algo salvaje e indomable, que sabrá unirse a tu alma, que la alentaré, que la avivará, que la sostendrá en esta lucha. . . .

Tú me has encontrado ya medio muerta, al venir. Enterrada toda mi fortaleza entre desdichas y adversidades, ¿qué iba a hacer?

Llegaste otra vez a ser mi visión. Te veía de nuevo sin forma real, como una cosa soñada. Quería atraer a mi espíritu tu imagen y no podía. Se había esfumado completamente. No te recordaba de carne. Solo tus ojos, una mirada tuya se reproducía alguna vez en mí, sacudiéndome. Y al mirarte a mi lado, al sentir tu contacto, al tocarte con mis manos febriles, me has aturrido, me has dejado el alma y los ojos llenos de asombro. No sé qué te he dicho, ni sé lo que he hecho. Me has parecido una mentira, una burla de alguien contra esta pobre alma que enloqueció de esperarte. Y ansiando acercarme te huía; y ansiando hablarte me ahogaba el tumulto de palabras que acudían a mis labios. . . .

¡Morir! ¿Por qué morir? ¡Si aun no hemos vivido la vida bella, la nuestra, la que nos reserva el Destino, tras de tantas violencias, después de tantas tiranías! . . .

No te abatas, no te desalientes. Soy yo, tu Amada, la que está ante tí, sonriendo, sonriendo. . . . Toma de mis labios esa sonrisa de esperanza. Es tuya. Es tuya, todo lo que en mí hay digno de pertenecerte.

Yo te haré feliz, muy feliz, el más feliz de los mortales. Tú mereces una felicidad suprema, inmensa, sin límites, única como tu alma, y como ella infinita.

Todo cuanto tú sueñas, cuando pide tu espíritu insaciable, todo te daré yo. Perdóname, perdóname.

Yo quisiera decirte todo esto que me enloquece, este tumulto de ideas, palabras y sentimientos que me asfixia, pero no puedo. . . . Y hay momentos en que me siento morir. . . . ¡Qué frío, qué frío todo para expresar el fuego que llevo dentro! Me exalto, me quedo suspensa, extraña a todo, absorta, paralizada de tanto sentir, helada de tanto arder. . . . No puedo, no puedo. . . . Esto es tan grande, tan grande que ya no sabe salir fuera de mis labios.

Julio.

(Continúa en la página 34)

## LAS MUJERES Y EL SOL

Por CONSTANTINO CARRASCO  
(Peruano)

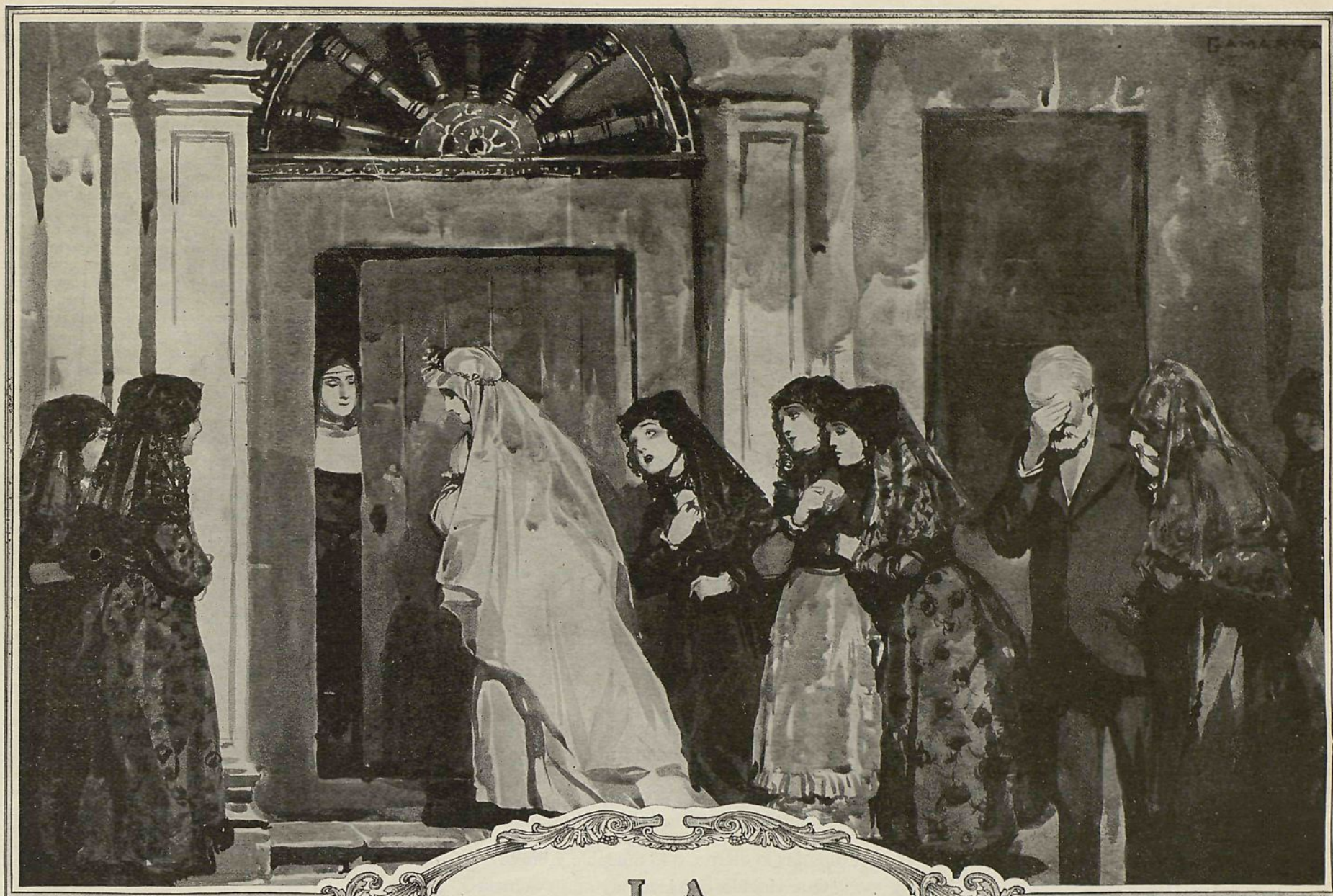
Dice a una rubia el bardo en amorado;  
"Eres hermosa como el sol, bien mío;  
prisionero se encuentra mi albedrío  
en tu cabello fúlgido y dorado."

Y a la morena dice: "Idolo amado,  
eres hermosa como el sol de estío;  
en esos ojos de color sombrío  
mi triste corazón esta abrasado."

¿No os han hablado así, niñas hermosas?  
¿Y os parecéis al sol en estas cosas?  
Otro resuelva, que no yo, el problema.

Pero diré, si acaso no importuna,  
que os parecéis en ser, sin duda alguna,  
el centro de atracción de mi sistema.





III

"¡Oh campo, oh monte, oh río!"  
Fray Luis de León—Vida retirada

LA FLAMANTE sociedad "Amigos del Campo"—que había organizado media docena de inquietos y alegres estudiantes—inauguraba aquella mañana una serie de pintorescas excursiones en proyecto.

Días antes habían recorrido los inspiradores del campestre programa, las casas de muchas señoritas de la localidad, y en casi todas fueron acogidos con grande algazara y entusiasmo. Su feliz idea conquistó muchos prosélitos. Pasaban ya de sesenta, entre hombres y mujeres. El "elemento joven" de Ciudad-Dorada—verdad que los organizadores eran forasteros en su mayoría—había resuelto divertirse de lo lindo, y nada tan propicio a fin tan agradable como realizar excursiones al campo y celebrar banquetes al aire libre, aprovechando aquellos claros, tibios y perfumados preludios de primavera.

Los organizadores, entre los que se encontraba Alvaro, visitaron, naturalmente, a Aurorita, y Aurorita, naturalmente también, dijo que el pensamiento le parecía de perlas y que ella y Doña Petra tendrían mucho honor en figurar como socias en tan simpática y aménísima Sociedad.

Se fijó como punto de reunión la casa de Don Matías. Desde allí, en grandes "familiares", arrancaron los excursionistas en dirección a un hermoso monte de encinas, donde la jira había de tener lugar.

Mucho antes de que llegasen los coches, al iniciarse los primeros fulgores del día, que desperezábase sobre un lecho de nubecillas bermejas y violadas, con claros perfiles de oro, ya estaban dándose la última mano a su tocado, Teresita, Carolinita y Pilarcita.

Doña Gertrudis dirigía el arreglo de sus tres pimpollos, y Don Matías, en traje de pana, con un amplio sombrero muy encasquetado en la cabeza, con altas y fuertes polainas, una enorme escopeta a la espalda y dos tremebundos puñales al cinto, contemplaba extasiado como iban componiéndose aquellos tres pedazos de su corazón.

Era cómico y divertido ver al bueno de Don Matías, con aquel aspecto de infeliz, tan arrogantemente vestido y tan fieramente armado. A no mirarle la cara dijérase que iba a la peligrosa caza de los más feroces animales. . . . Pero su presencia y su gesto le vendían, y luego de contemplarle un instante, caíase en la cuenta de que el pacífico Don Matías se había pertrechado de aquel bravísimo modo por lo que tenía de pintoresco; pero sin idea remota de jugarse la vida luchando con carniceras fieras, sin otra finalidad que la de comer tranquilamente y pasear con rep. . . divertirse en paz y en gracia de Dios. . . .

Las tres niñas, por último, se liaron unas amplias y celestes gasas a la cabeza. Estaban que no había más que pedir. Doña Gertrudis las contemplaba admirativa. —Anda, mujer, avíate tú—dijola Don Matías—que

## LA POBRE AURORA

(Continuación)

Por A. Valero Martín

ILUSTRACIONES DE F. GONZÁLEZ GAMARRA

esos señores estarán al llegar. El tiempo vuela. Y avióse Doña Gertrudis, y se lió la cabeza en otra gasa celeste, y todos compuestos ya, consultaron el reloj siete veces, y se asomaron otras siete a los balcones, y aun estuvo la dichosa familia de Don Matías bostezando durante hora y media hasta que principiaron a llegar los excursionistas.

A las ocho llegaron los primeros, y poco después la casa estaba llena de gente y atestados el portal y la escalera.

—Oye, tú,—preguntaba un estudiante a su amigo,—pero ¿vamos al desierto de Sahara? ¿Para qué se habrá armado tanto Don Matías?

—Puede que para sus hijas—contestó el interpelado,—porque las pobrecitas están como para pegarlas cuatro tiros.

Al mismo tiempo, Doña Gertrudis decía a sus retoños. —Ya lo sabéis: sobre todo, gancho como yo digo, ¡mucho gancho!

Cuando se hubieron reunido todos, asaltaron alegremente los coches.

Los balcones estaban llenos de curiosos. Aquello constituía en Ciudad-Dorada algo insólito y estupendo.

Sonaron las risas, los trallazos y los cascabeles, y los coches atronaron la calle. . . .

Alvaro y Aurorita se habían colocado en la parte alta de un "familiar" con Carmen y con Felipe. Los cuatro iban muy alegres, abandonados al encanto de su amor, y al dulce secreto de su incansable charla. . . .

Iban repitiéndose una y mil veces más lo mismo que se repitieron ayer, lo mismo que se repetirían mañana, lo cotidiano, lo de siempre, con la emoción del que va descubriendo cosas absolutamente nuevas y maravillosas, de una desconocida y virginal belleza.

—¿Me quieres mucho?

—Mucho.

—¿Cómo cuánto?

—Como mucho, mucho, mucho.

—¿Júramelo.

—Te lo juro.

—¿Serías capaz de olvidarme?

—Jamás.

—¿Has querido a alguien como a mí?

—¡Bobo!

—Oye, júrame que me quieres mucho.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—Pues te lo juro. Y tú a mí, ¿cuánto me quieres?

—No hay comparación. ¡Yo te adoro!

En la parte alta de los otros "familiares" iban también otras parejas felices, muy enfrascados en su charla secreta y madrigalesca, seguramente diciéndose lo mismo con las mismas palabras. . . .

Los coches desembocaron en un espacioso y polvoriento camino que rodeaba la parte vieja de la ciudad. Los caballos pusieron al trote largo. Los cascabeles levantaban una sonora y alegre algarabía que rimaba muy bien con las vibrantes risas de los unos y con las joviales canciones de los otros. . . .

En los baches, ante al peligro de un vucico, gritaban a una todas las señoritas, fingiéndose más asustadas de lo que estaban en realidad; chanceaban los muchachos y los caleceros, y la gente grave que iba en la parte baja de los coches, reprendía autoritariamente aquella bulliciosa actitud del mocoerío. . . . Era entonces cuando las muchachitas adquirían un gesto de graciosa contrición, bajo los resplandores morados, rojos y azules de sus sombrillas sedañas y ligeras, abiertas como flores monstruosas. . . .

—¡Cuidado con esa escopetita, Don Matías!—dijole al ayudante de Obras Públicas la señora del comisario. —¡Qué horror de hombre, y cuánto armamento se trae!

EN EL campo todo hace falta—respondió Don Matías. —Una vez, atravesando un monte, una noche de tormenta, oscura y cerrada. . . .

—¡Calle usted, por Dios!—exclamó otra señora.—¡No me llega la camisa al cuerpo! ¡Cuenta usted unas cosas que ponen los pelos de punta!

Doña Gertrudis sonreía indulgente. Sabía que era una incurable debilidad de su marido lo de contar lances sangrientos en los que él figuraba como héroe, entre el humo de la pólvora y los ayes de los moribundos.

Y es que el pobre Don Matías, viéndose tan armado, creía quedar muy mal si no contaba cuatro o cinco barbaridades seguidas. . . .

—Pero ¿no se descargará esa escopeta?—preguntó muy asustada la que había hablado primero.

—No tenga usted miedo, aunque la carga es de bala y dinamita, yo soy hombre que sabe manejar armas.

—¡Eh amiguito, amiguito!—dijo a la sazón un comandante de caballería, cogiendo la escopeta de Don Matías. —Haga usted el favor porque puede dispararla el diablo, y no tendría gracia un contratiempo.

Don Matías se sofocó casi tanto como en el casino. La escopeta estaba descargada.

. . . Era una clara mañana marzeña. . . .

Al ancho y soleado camino desembocaban unas pinas



y revueltas callejas, y allá al fondo de todas, veíanse ruinosas y bellísimas torres medievales. . . . Las piedras parecían de oro viejo al alegre sol de la mañana. . . . Trozos de murallas derruidas, vetustas, parecían latir aún, altivas y fieras, con el guerrero ritmo de nuestros tradicionales romances heroicos. . . .

Los coches atravesaron un hermoso puente romano y salieron a plena llanura. El ancho y sereno río, manso y transparente, arrullaba a la ciudad, que espejábale en él como complacida, bañándose en sus ondas perezosas, temblando en su fondo, toda vieja y dorada, toda romántica y gloriosa. . . .

**E**L LLANO se tendía amorosamente bajo los anchos cielos luminosos, de un limpio y radiante azul. . . . Entre los pardos y luengos surcos principiaba a verdear el trigo, con una lozana alegría primaveral. . . . A mano izquierda, tras unos pueblucos distantes, se alzaban unos tesos amarillos y terrosos con grandes venas rojizas. . . .

La carretera se extendía ondulante, interminable, con sus hondas cunetas a las orillas y bordeada por montones de grava, que relucían al sol. . . .

Pasó un automóvil rauda, ruidoso, vertiginoso, inverosímil, apestando a gasolina, levantando una polvareda densa y parda. . . . A su estrépito y a su velocidad, el ronco y rápido resonar del motor, se espantaron los caballos. . . . Nuevos gritos, nuevas risas, nuevas advertencias familiares. . . .

Unos bueyes que araban, mansa y filosóficamente la tierra, se espantaron también. Juró el gañán con rabia, apaciguó la yunta y otra vez volvió al romancero ritmo de su tonada lenta y campesina. . . .

Lejano, entre dos largas cuevas, se dibujó, a ambos lados del camino, un ancho y espeso encinar.

El encinar iba acercándose, grave y ceñudo. . . . Ya se precisaban, recortándose en el azul del cielo, las austeras y verdinegras encinas, fuertes y copudas.

Había rocas también. . . . Era un paisaje muy castellano. La inmensa llanura, parda, tendida bajo el cielo infinito, azul. . . . Un monte enano. Muchac encinas. Rocas. Rebaños. Yuntas. Ruinas de un glorioso castillo. . . . Era un paisaje de héroes y de místicos. . . . Dijérase que había que vislumbrarse, vagando por tales sendas, la férrea y rebrilladora armadura del Cid, jinete en su Babieca, desnuda su tizona, fiero, invicto y orgulloso, o las monjiles tocas de Teresa de Jesús, humilde el corazón y encendido el mirar, sangrientas las sandalias, heridos los pies en los zarzales del sendero. . . .

Al llegar los excursionistas y al abandonar alegremente los carruajes, ya les esperaba allí un organillo, que habían llevado unos desastrados mozalbetes por orden de los organizadores. . . .

El organillo principió a sonar enseguida. . . . Se formaron parejas de rigodón. . . .

Otras muchachas y otros estudiantes hicieron columpios con fuertes maromas sujetas en los troncos de las encinas y se columpiaron entre un risueño bullicio y una ruidosísima jovialidad. . . .

Don Matías se dedicó a asustar a las señoras, apuntándolas con la descargada escopeta. . . . Ellas chillaban y él se reía mucho. . . .

Don Lucas llamó a Aurorita y la encargó que atendiese solícita a las niñas del ayudante de Obras públicas. Era el jefe. . . . Pero Carolinita, Pilarcita y Teresita preferían columpiarse. . . . Allí al pie del columpio estaba Doña Gertrudis, que de vez en vez ordenaba imperiosamente que lo parasen para prender con alfileres las faldas de sus niñas. . . .

Unos señores magistrados pusieron a discutir, muy graves, un punto de Derecho. . . .

Aurorita y Alvaro, delante, y Carmen y Felipe, detrás, fueron a dar un sabroso paseo por el monte.

—Créeme—iba diciendo Aurorita, ahogando los suspiros en los labios y lleno de amor el corazón—al principio me seducía tu nombre, tu fortuna, tu elegancia; me seducía el que todas te hubieran querido.

—¿Y ahora?—preguntó cariñosamente Alvaro.

—Ahora, si pudiese, te quitaría todo eso, todo eso, que es lo único que temo. . . .

—¿Qué temes tú, vida mía?

—¡Yo qué sé! ¡Bobadas! Pero por mi gusto te llamarías García, como yo, y no tendrías dos reales, como yo, y serías cursilote, como yo. . . .

—Pues yo desearía tener mucho más, y todo para ofrecértelo. . . .

—Es que te quiero por tí, ¿me entiendes? solo por tí. Y mi felicidad sería que ninguna mujer te quisiera nunca, y todas te despreciasen, y que siempre tuvieras que volver a mi cariño, el cariño de esta pobre provincianita; que fuera de mí no hubiera amor para tí en el mundo. . . .

—¡Tonta! . . .

**P**OR otra parte, el que alguien pueda pensar, el que pudiera pensar tú mismo que tu posición y tu dinero. . . .

—¡Te exijo que te calles Aurora!

—¡No! Si no quiero que me creas mejor de lo que soy. Todo eso contribuyó mucho a decidirme y a cautivar al principio. Pero ahora, ¡ay, Alvaro! yo te juro que ahora. . . .

—¿Y siempre, siempre me querrás lo mismo?

—¡Siempre! ¿Y tú?

—¿Yo? . . . ¡Hasta que deje de quererte!—exclamó Alvaro riendo.

—¡Bobo! ¡Más que bobo! ¡Ea! ¡Pues ahora tampoco yo te quiero!

Y Aurorita fingió un enfado monísimo. Alvaro la contentó pronto, y así, en larga y gustosa plática, vagaron un espacio de tiempo por entre las recias encinas centenarias.

Carmen les llamó la atención.

—¡Eh, apreciables tórtolos, que ya es muy tarde!

Volvieron. Alvaro dijo riendo a Carmen:

—¡Vamos tan distraídos los cuatro! ¿Verdad Felipe? Felipe asintió.

—¡Verdad!

Carmen y Aurorita rieron con su risa fresca y deliciosa.

Cuando llegaron frente a la casa del montaraz, ya estaban dispuestas las mesas y sentados muchos excursionistas. Algunos se tropezaron maliciosamente con el codo al aparecer las dos gentiles parejas de enamorados.

Se comió bien, se bebió mejor, se brindó de lo lindo, y otra vez al baile y a los columpios y a los paseos. . . .

Don Matías se despojó de su gran escopeta y la dejó en un carruaje. Súpose que estaba descargada, y él, tras correr en pos de las señoras y apuntarlas a todas y no asustar a ninguna, rompió a sudar como un condenado.

Ahora mondaba una naranja con un enorme cuchillo de monte.

Por todas partes revolaban voces de júbilo, gritos de sustos y risas de algarabía. . . . Atronaba el organillo. . . . Unos corrían, otros se columpiaban, y bailaban los más.

En un corro de "señoras formales" sonaban, entre quedas y furtivas palabras de renunciación, las confidencias sentimentales que unas y otras se hacían reme-

morando, un poco melancólicas, sus gallardías en épocas pretéritas, cuando, adolescentes, cuidaban encendidas rosas que sangraban en el marco perfumado de sus ventanas, y era su corazón tibio nido de ensueños, como nidal de bellos pájaros locos, y a todo reían y cantaban de continuo, y esperaban siempre. . . .

Esas tristes confidencias de las mujeres que han visto pasar lo mejor de su vida en un perenne cantar y en una perenne risa, aguardando algo extraordinario y novelesco, arrulladas por la música de oro de la ilusión, ávidas de una florida esperanza, y que después, al correr atropellado de los años, en la cruel despedida de la juventud, se dicen en secreto que lo esperado no ha venido, que todo ha sido sueño imposible y anhelar inútil, que este señor magistrado, y este señor farmacéutico, y este otro señor comerciante, que la suerte les ha deparado por compañeros en esta áspere y ríscosa senda del vivir, no son, ni con mucho, aquel capitán valiente, ni aquel divino poeta, ni aquel aristócrata donjuanesco que ellas habían soñado en el silencio de las noches claras y estrelladas, cuando tras las persianas de su balcón, entre macetas olorosas, en la hora encantada del crepúsculo, habían dejado escapar sus cálidas fantasías moceriles, que iban tejiendo, en la suave y dulce vaguedad del ambiente, un áureo velo de líricos ensueños y de apasionados romanticismos. . . .

. . . Llegó la hora del retorno. Los alegres excursionistas dirigiéronse tumultuosamente hacia los "familiares", dispuestos ya para la marcha. Los serietes y oriundos señores fueron los primeros en llegar, y entraron en los carruajes con una prisa injustificada, sin preocuparse de ceder a sus mujeres los más muelles asientos. Eran unos buenos burgueses sin concepto de la galantería. Y ellas las pobres mujeres, fracasadas en sus sentimentalismos, habituadas ya a esta conducta, descortés de sus maridos, sonreían con tristeza al oro del poniente, que temblaba entre las postreras lumbraradas del Sol, y entraron también en los coches, a la zaga de los señores rechonchos, que ya los habían llenado de humo, fumando sendos vegueros, y de párrafos cursis, retóricos, altisonantes y pueriles, comentando las burdas caciquerías de la política local.

La parte alta de los coches, las "baquetas" de los "familiares", fueron asaltadas por la gente moza, que no temía los baches del camino ni el frío del atardecer.

Restrallaron unos trallazos, juraron los caleseros, sonó la metálica algarabía de los grandes cascabeles en los recios y sonoros collarones, crujieron las fuertes ruedas y los viejos muelles, y los caballos, tras un potentísimo esfuerzo, tras clavar briosamente las cuatro patas en la tierra arenosa y estirar desesperadamente el cuello, arrancaron al trote, camino adelante. . . .

**E**XTENDÍASE la llanura hosca y parda. Los negros y rectos surcos parecían cicatrices en los barbechos. En la lejanía, tras una bruma azul, destacábanse los montes enanos con sus verdinegras encinas y sus olivares plomizos. En la ribera temblaban los altos y claros álamos, arrullados por el lento cantar del agua. Las alquerías distantes y los rebaños clamorosos manchaban de blanco el paisaje, austero y noble. Y los viñedos y los trigales eran como esmeraldas milagrosas. . . . Los gañanes, ya acabado el afán rudo de la brega, tras los calmosos y desuncidos bueyes, avanzaban lentamente, a mujeriegas sobre mulas dóciles y caballejos fatigados hacia los pueblos lejanos y terrosos. . . . En algunas tierras quedaba abandonada, clavada en los duros terrones, la reja del arado, como símbolo de brega sana y fecunda, como un cetro de paz hogareña, rústica, como una promesa alegre de áureos trigales maduros y de espaciosas paneras colmadas. . . .

A lo ancho de la llanura, tendiéndose amorosamente sobre los surcos, caían las sombras primerizas de la noche. De campanario a campanario, volaban unas campanadas lentas y cadenciosas, misteriosas y litúrgicas, que tenían un amplio ritmo cristiano y patriarcal. . . . Una tonada zagalesca venía de lo lejos. . . .

Era la hora propicia al éxtasis y a la ilusión. . . .

Y los éxtasis y las ilusiones, tal que palomas de ensueño, escapábanse en bandada sentimental de las almas de aquellos muchachos alegres y de las almas de aquellas graves mujeres nostálgicas. . . .

Las señoras cantaban romanzas antiguas y dúos de viejas zarzuelas; unas musiquillas amerengadas, deliciosamente cursis, que a ellas, a las pobres señoras llenas de romanticismo, les recordaban pueriles y fragantes aventuras de la mocedad.

Los señores aun hablaban de política. Volaban como grajos los lamentables tópicos: "Este país está perdido" . . . "El bloque de las izquierdas" . . . "Dice la constitución" . . .

Las muchachitas destrenzaban sus sueños y sus quimeras al viento, a aquella suave y blanca luz lunar. . . . Las que tenían novio iban charlando con él, en sabrosa y lírica reserva, trémulas, anhelantes. . . . Las que no lo tenían, en él pensaban esperándole temblorosas, impacientes, como si el desconocido que había de llegar algún día, el esperado, hubiera de presentarse por modo inusitado y fantástico, repentinamente, llegado de las estrellas por la escala de un rayo de luna. . . .

Aurorita era la más feliz de todas. Oyendo la voz galanteadora de Alvaro sentía que en lo más íntimo del alma, en su ingenuo y apasionado corazón de provincianita, los áureos ensueños se abrían como flores de ilusión en el ambiente brujo y sentimental de aquella hora romántica. . . .

Le adoraba. . . . Le adoraba con toda la vehemencia de su espíritu, y con toda la dulzura de su temperamento, y con todo el tesón de su voluntad.

## ¡OH CORAZÓN...!

Por Laura Méndez de Cuenca

(Mexicana)

**¡O**H corazón! ¿Que vales ni qué puedes de este vivir en el artero abismo, si presa tú de las mundanas redes eres siervo y señor a un tiempo mismo?

¿Quién a tu ley su vanidad no humilla?  
¿A quién, si ruegas, tu humildad no mueve?  
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?  
¿Guardas lo eterno, o lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia entre el yo pensador y el sentimiento?  
¿Al pensamiento guardas obediencia, o dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente si tu latir a otro latir responde?  
¿Donde guardas del odio la serpiente, la torpe envidia y la ambición en dónde?

Yo no lo sé; mas la virtud y el vicio juntos te inspiran por extraño modo:  
si abnegado, capaz del sacrificio;  
reprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso enfrena;  
múltiple forma a tu capricho mudas:  
tétrico en Hámlet, triste en Magdalena,  
sublime en Jesucristo, real en Judas.

Amas al mundo y sueñas con el cielo, tremenda lucha en que tu ser exhalas;  
así el ave nacida para el vuelo calienta el nido en que plegó las alas.

Ruedas a veces a la cripta muda, de beatífica fe sublime ejemplo, y otras, roído por sangrienta duda, mártir expiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo, ya deleite sensual de amante pena;  
ora fe y religión, ora ateísmo, dogma que salva y duda que condena.

Penumbra o claridad, verdad o mito, vives, palpitas, gozas y padeces:  
por el amor confiesas lo infinito, y aceptas el infierno si aborreces.

¿Qué batallar con la pasión a solas!  
¿Qué fiera lid a solas con la idea!  
¿Qué dejar en el ara en que te inmolas carne que abrasa y sangre que caldea!

¿Qué vida tan inquieta la del mundo!  
¿Qué promesa tan dulce la del cielo!  
La Muerte . . . ¡qué misterio tan profundo!  
La Nada . . . ¡qué terrible desconsuelo!

Cesa ya, corazón, tu lucha fiera y que la luz al pensamiento acuda.  
Si eres fango no más, ¿por qué se espera?  
Si eres obra de Dios, ¿por qué se duda . . . ?

¿Misterio nada más . . . ! ¿Y quién osado pretende conocerte . . . ? ¡Pobre loco!  
Vives, para ser barro, demasiado, y para ser verdad, vives muy poco.



¿QUIÉN puede atreverse a dogmatizar sobre el amor, sobre este sentimiento tan escurridizo o tan firme, tan fugitivo o tan tenaz, tan voltario o tan fijo, tan sensato o tan loco? . . . ¿Quién osaría señalar un límite a las pasiones, o trazar el camino que fatalmente haya de recorrer el anhelar, el divagar, el palpitar de un alma llena de amor y de sueños? . . .

Hay amores que hoy quieren una cosa y mañana otra, y luego otra, y otra después, y todas con la misma desencadenada intensidad y con la misma grande y momentánea fortaleza.

Alvaro parecía muy enamorado de Aurorita. Así lo proclamaba en todas partes. Así se lo decía él mismo cuando íntima y secretamente se lo preguntaba a su corazón y el corazón se le llenaba de latidos acelerados y de temblores deliciosos. . . . Era verdad que Aurorita valía mucho y que él idolatraba a Aurorita. Pero. . . .

Seis meses iban corridos desde que Alvaro abandonó Ciudad-Dorada, hecho ya un señor licenciado de Leyes, y tres que Aurorita no recibía una sola carta de su novio. . . .

¿Qué podría ser aquello? . . . Aurorita, más apasionada que nunca, no cesaba de preguntárselo llorando.

Y escribía, escribía. . . . Eran sus cartas—implorantes, desgarradas, desesperadas—todas lágrimas y sollozos, llenas de dolor y de amor, de miedo y de sobresalto. . . .

Alvaro no contestaba ninguna.

Y Aurorita, en la soledad de su alcoba, a través de sus eternas noches de insomnio en el desamparo de su escondida tristeza lacerante, en la horrible negrura de sus pensamientos, teñidos en sangre, en desconsuelos y en desesperanzas, recordaba la tarde aquella de la despedida. . . . Ella había subido a la estación con Doña Petra—ya iban más formales las relaciones—, y Alvaro, al estrecharla la mano, muy pálido, muy emocionado, con los ojos llenos de lágrimas, la juró, trémulo, que volvería en seguida para formalizarlo todo. . . . Sí, Alvaro lloró también, como Aurorita. . . . Ella lo recordaba perfectamente. . . . Y luego al silbar la máquina, al trepidar los coches y al arrancar el tren, Aurorita vio un pañuelo blanco que la despedía, agitando y agitando en el aire. . . . Luego todo desapareció en la lejanía, entre las sombras del atardecer, que envolvían la llanura como en un luto de tragedia, y Aurorita pensó que aquel pañuelo, húmedo de llanto, aun la buscaba y la despedía a través de la oscuridad y de la distancia. . . . Ella creyó desplomarse; le faltó el sentido, le faltó la tierra, se le paró el corazón, y en un coche cerrado, llorando como una Magdalena, volvió a casa con su madre, que no acertaba a consolarla. . . . Aurorita lo recordaba todo. . . . Y recordándolo, en el dolor desesperado de sus noches, temía que iba a morir de asfixia, de pesadumbre, de agobio, de cansancio. . . .

Luego a primera hora de la mañana, salía a dar sus lecciones. Pero ya no reñan sus labios ni sus ojos, ni llevaba aquel andar de otro tiempo. . . . Iba como tirando de una carga penosísima, con la mirada triste, muy triste, y pálido el color de una lividez espectral. . . .

"Descolorida estaba como rosa que ha sido fuera de sazón cogida"

Las elegantes de Ciudad-Dorada, las mismas que secretamente la envidiaron, ahora sonreían a su paso, entre compasivas y crueles. . . . Aurorita, entonces, como si nada notase, bajaba los ojos y los clavaba en la tierra, en aquella tierra que Aurorita hubiera deseado ver abierta para tumbarse allí, y descansar, y cerrar los ojos para siempre. . . .

Ya ni reía ni cantaba. La pobre Aurorita, tan risueña y cantarina antaño, sentía ahora la melancolía sobre su corazón, fría y pesada, como la losa de una sepultura.

V

"Quien tanto te esperó, ya no te espera."  
Campoamor. (Los amores de una santa.)

NO VOLVIÓ a sus paseos por la carretera, ni volvió a los bailes del casino. . . . Huía de las gentes y del ruido. Fuera de sus horas de clase, vivía envuelta en soledad y en silencio. Cara a cara con su infortunio y mano a mano con su pena, habíase entregado a la rumia de su dolor, y el dolor era su único y trágico compañero. Iba de su implacable brazo, cruel, como del brazo de un negro fatalismo. . . . Hasta la compañía de Doña Petra érale enojosa y dura. La pobre y afligidísima madre, con tanto preguntarla y preguntarla, con tanto querer distraerla, hacía que Aurorita traspasase los linderos de la desesperación. . . . Era como avivar el fuego, como cultivar la aspereza, como hurgar y rajar y ahondar en la llaga. . . .

¿No lo sabía ya? . . . ¡Señor, que la dejasen! ¿A qué tanto preguntar en balde? . . . ¡Qué había de tener la pobre! ¡Qué se consumía de celos, que agonizaba de tristeza y de incertidumbre, que se moría de pena y de amor, y eso era todo! . . . Apenas comía. . . . Los médicos prepararon a Doña Petra y a Don Lucas para la posible proximidad de un grave peligro. . . . Y los

infelices viejos, heridos de lúgubres temores, heridos de pesadumbre y desesperación, decidieron que fuera la enferma—al cuidado de doña Petra, porque Don Lucas no podía faltar a la oficina—a una hermosa y bravia sierra cercana, llena de Sol, de riachuelos y de pinares. . . .

Allí vivieron dos meses. La pobre Doña Petra obligaba a pasear mucho a Aurorita, suplicándola resignación con los ojos, alargando cuanto era posible las caminatas campestres. . . .

Pero Aurorita parecía más triste y más desconsolada cada vez. . . . como en aquel pasaje cervantino en que todos los árboles de un campo repetían el nombre de la zagala Marcela, escrito en la áspera corteza de los añosos troncos por las navajas puntiagudas de los enamorados pastores, así en aquellos pinares por los que paseaba Aurorita su melancolía y su abandono, todos los árboles, con el murmullo de las ramas estremecidas por el aire, repetían en el sentido de Aurorita, romántica y blandamente. . . . ¡Alvaro! . . . ¡Alvaro! . . . ¡Alvaro! . . .

En todas partes sonaba para la enferma el mismo dulce y amadísimo nombre. . . . ¡Alvaro! . . . repetía el viento. . . . Y por las noches, cuando Aurorita, asomada a la ventana, miraba al cielo, implorante y llorosa, dejando vagar el quimérico y encendido pensamiento por la gloriosa y fulgurante altura, le parecía que las estrellas se reunían también para escribir misteriosamente un nombre: Alvaro. . . .

Y así un día y otro día. Y así una noche y otra noche. No logró mejorar. El dolor íbale devorando lentamente. Todo parecía inútil. Aurorita no abandonaba su pena ni su silencio. . . .

Volvió a Ciudad-Dorada. Aurorita principió a recibir anónimos de "almas generosas", en los que le daban cuenta, con gran prolijidad de detalles, de la boda próxima de Alvaro con la hija de uno de los banqueros más opulentos de Madrid. . . .

Tantos anónimos recibió, que ya los rompía sin abrir los sobres. . . .

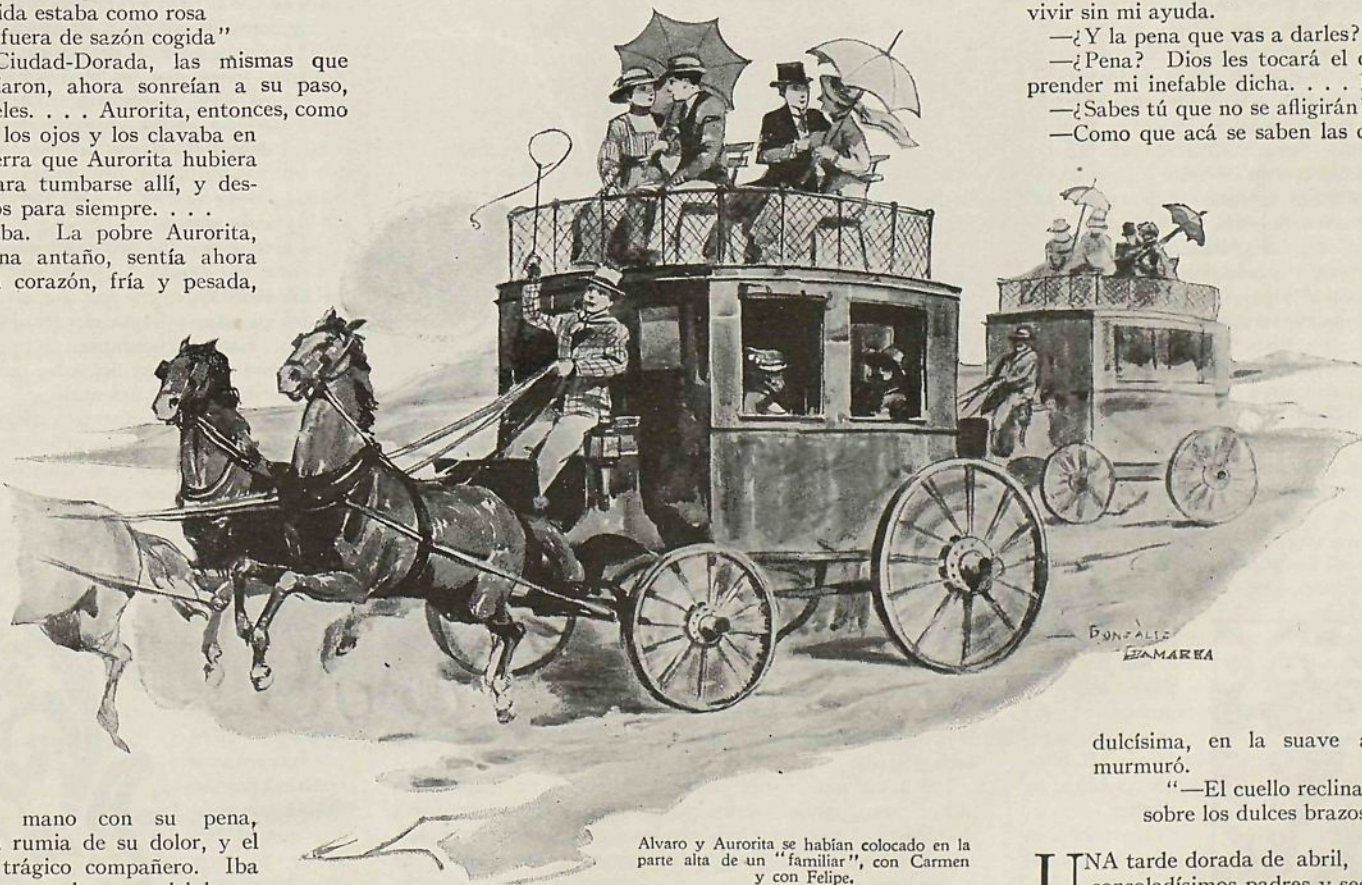
Una mañana, al salir Aurorita de su casa, recibió por el correo interior una carta en cuyo sobre leíase en letras muy grandes: "Urgentísimo". La curiosidad venció aquella vez a la prudencia y Aurorita rasgó el sobre nerviosamente. Dentro venían unos recortes de *La Correspondencia de España*. Aurorita leyó: "Por nuestro amigo el excelentísimo señor marqués del Troncal ha sido pedida la mano de la bella y distinguida señorita Emelina Riánchares, hija del banquero del mismo apellido, para su hijo Don Alvaro."

Aurorita no pudo seguir leyendo. Se le llenaron los ojos de llanto, y se apoyó, trémula y helada, contra el quicio del portal para no caer al suelo. . . .

Después, por no entristecer más aun a su madre, hizo un prodigioso, un enormísimo esfuerzo de voluntad, y fué a dar lecciones de piano. . . .

Desde aquel día, las crisis nerviosas de Aurorita fueron más seguidas y más dolorosas. Sentía el corazón como en una interminable y horrible agonía. El mundo era para ella como un solo y trágico páramo, desolado y seco. La tierra estéril, el cielo triste y apagado el Sol. . . .

Frecuentemente, cuando el dolor asestábase en mitad del alma una nueva y tremenda puñalada, sacaba del bolsillo el papelito aquel y pasaba sus pobres ojos por



Alvaro y Aurorita se habían colocado en la parte alta de un "familiar", con Carmen y con Felipe.

aquellas línea malditas y crueles. Recitábalas de memoria, de un modo dramático y maquina. . . . Leerlas no podía, porque la pesadumbre la cegaba el sentido y en sus pestañas temblaban las lágrimas grandes y silenciosas. . . .

VI

"¡Ay, quién podrá sanarme . . . !"  
San Juan de la Cruz (Cántico espiritual)

UNA de aquellas invernizas mañanas tan tristes para la afligidísima Aurorita, en las que llevaba el corazón como partido y el alma como en pedazos, en casa de una

discípula—mientras la tal terminaba de componerse para salir al gabinete del piano—Aurorita, de sobre un mueble, tomó distraídamente un libro y lo abrió al azar. Era un abultado y amarillento tomo en que estaban encuadradas páginas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Al principio leyó de un modo automático y sin fijarse. . . . Poco a poco, aun sin desentrañar el sentido de un modo claro, fué sintiendo como una dulce frescura en el espíritu.

Al despedirse, pidió el libro prestado y se lo llevó a su casa. . . .

Trascurrieron los días. Aurorita seguía obstinada en su melancolía y en su silencio, pero ahora tenía su tristeza como un suave resplandor de serenidad. . . .

Y a veces sus ojos, antes llorosos de continuo, se abrían tranquilos y serenos, como en éxtasis, y en sus labios se dibujaba una sonrisa vaga, que parecía una luz casi imperceptible. . . .

Otras veces, sentada ante el piano, absorta, conmovida, estremecida, tocaba música religiosa, una música llana y suave, de largas y graves cadencias, que llenaba la casa de místicas y litúrgicas melodías, llenas de una tristeza humilde, sollozante. . . .

Carmen, ya casada con Felipe, que iba mucho por casa de Aurorita, advirtió el cambio en el espíritu de su amiga, y un atardecer la habló resuelta y cordialmente.

—Es verdad—contestó Aurorita.—Ya el recuerdo de Alvaro se va borrando de mí como las brumas de un mal sueño, y creo que para mí pobre alma va a lucir, por fin, el resplandor de la única, de la perfecta, de la suprema felicidad. . . .

Y luego, extensamente, explicó que el amor de los amores, el puro, el santo, el sabroso, era el dulcísimo, el lealísimo, el suavísimo amor de Jesús.

Y añadió:

—El Señor me ha herido y El me ha curado. La luz se ha hecho en mí. ¿Cómo bendecir y agradecerse al Amado, al Todo perfección y perdón y amor. . . . ?

Carmen la oía desorientada. . . .

—¡Oh, dulce y amadísimo Jesús mío, corazón mío, alma mía,—exclamó Aurorita extática—tuya y de nadie he de ser!

—Pero ¡Aurorita! . . .

—¡Sí, Carmen, sí! ¡Envíame! ¡Voy a ser esposa del Señor!

—Yo no entiendo de estas cosas ni de otras muchas—se atrevió a decir Carmen—pero piénsalo bien. Yo creo que Dios llena la vida toda y que puede vivirse con el mundo y con El. . . . Acaso se hizo hombre mortal y sufrió y padeció y derramó su sangre entre los hombres para darnos a entender que también entre ellos se puede ser santo y hasta aspirar a la corona de espinas del martirio. . . . Fíjate en eso. Repara que Dios se humanizó, y piensa que santificó el amor y el matrimonio y los hijos. . . . ¡Piénsalo mucho, Aurorita! Aun eres muy joven, eres muy bonita y muy buena. . . .

—¡Sí, Carmen, sí! ¡Envíame!—repetió Aurorita sin parar mientes en el discurso de su amiga.—¡Voy a ser esposa del Señor! . . .

—Pero, ¿y tus padres? Piensa que hasta económicamente te necesitan.

—No. Mis ingresos se necesitan en esta casa por mí misma. Son mis sombreros, mis zapatos, mis pieles, todo eso tan frívolo y tan despreciable. . . . Ellos pueden vivir sin mi ayuda.

—¿Y la pena que vas a darles?

—¿Pena? Dios les tocará el corazón y les hará comprender mi inefable dicha. . . . En Dios confío. . . .

—¿Sabes tú que no se afligirán?

—Como que acá se saben las cosas, que todo es nada.

Hay que estar desasidos de las cosas que se abarcan, y asidos a las eternas. Nuestra voluntad de nadie puede estar esclava sino de quien la compró con su sangre. . . .

—No te entiendo, Aurorita. . . .

—Son palabras de la divina, de la seráfica, de la imponderable Teresa. . . . ¡Pobre de tí si no las comprendes, porque ellas son luz y bálsamo y dulzura!

Y Aurorita, más ensimismada cada vez, cruzadas las manos, la mirada en la altura, pálida, serena,

dulcísima, en la suave actitud de una santa, murmuró.

—El cuello reclinado sobre los dulces brazos del amado."

UNA tarde dorada de abril, Aurorita, entre sus desconsoladísimo padres y seguida de algunas amigas, vestida castamente de novia, toda blancura, recogimiento y humildad, cruzó el dintel de un viejo y bello convento de monjas carmelitas, a través un patio olvidado y ruinoso, entre cuyas grandes y desgastadas piedras crecía esa hierba menuda y triste de los lugares abandonados, donde se dijera que el silencio ritmaba la recogida vida conventual; miró a un rosario que un rincón había, cuajado de rosas encendidas y frescas, como versos de un lozano poema de juventud palpitante y fragante; y ya no volvió a salir Aurorita de aquellos claustros viejos y silenciosos sino vistiendo los hábitos que vistiera la dulcísima Doctora de Avila, la incomparable mística, la toda amor y pasión y ejemplaridad y mansedumbre: Teresa de Jesús. . . .





# LAS TELAS Y LOS DIBUJOS

Por  
Carmela G. Laynez



Arreglo metódico del siglo XIII

en Bizancio. Y es tanta la significación simbólica que los enlaza, o quizá significado religioso, que constituye un interesantísimo motivo de estudio, bajo el punto de vista etnológico, aunque no se nos oculta que simples expresiones pictóricas usadas por el mundo no son suficientemente intrincadas para constituir pensamiento original.

Las formas de los animales fueron prohibidas por el Korán; las formas geométricas tuvieron amplia influencia en las artes de Asia, a excepción de Persia; en Arabia adquirieron extrema preponderancia los diseños espirales, circular y a tiras, estrictamente geométrico, y aun después que se acercó al floral, hubo un fondo de arreglo geométrico.

Sabemos que las primeras razas se mezclaron, y sentimos su influencia por el contacto de sus dibujos. Encontramos la influencia griega en el arte chino y, por cientos de años antes de Jesucristo, las artes de los asirios, egipcios y persas estaban aliadas con guerras y conquistas, siendo sus dibujos muy similares en la mayoría de los casos.

La afinidad entre el arte de la India y del Japón es íntima, sin duda alguna a causa del budismo, que ejerció una influencia poderosa en ambos pueblos. El arte de la China y el Japón es también bastante similar, habiendo veces en que se hace difícil determinar las diferencias, aun entre las preferencias del Japón por las flores naturales, por las montañas, las olas, los dragones, las tortugas, etc.

Al determinar el período de cada dibujo en las telas debemos detenernos primeramente en Egipto, donde el arte de tejer fué conocido res mil años antes de Jesucristo. Muestras de tejidos procedentes de allí y con una antigüedad de más de mil años antes de la era cristiana pueden verse en el Louvre, París. Sabemos que tejían tapetes a cuadros, pero sus vestiduras eran de telas lisas durante *el viejo imperio, la edad oscura, el medio imperio, período* de los reyes pastores y nuevo imperio; es decir, de 2830 años antes de Jesucristo a 1050 las vestiduras eran tejidas a mano con hilo y lana y sin otros colores que el rojo, azul y azafrán: el adorno, si alguno, estaba bordado a la costura. Aunque eran muy aficionados a la ornamentación, parece que dependían para el adorno de sus personas en *las alas y en los peinados, en collares, tiras colgantes, brazaletes y adornos en las piernas, no encontrándose* motivo para sostener que introdujeron figuras en los tejidos que utilizaban.

Los coptos (cristianos egipcios), como los griegos y romanos, poseyeron maravillosos tejidos o bandas bordadas en sus vestimentas, cuyos colores y dibujos son curiosísimos. Buenas muestras de ellos pueden verse en el Salón Copti del museo metropolitano de arte y en el museo Cooper Union de Nueva York.

En los primeros siglos de nuestra era, las artes de Egipto, Persia, Babilonia y Asiria se mezclaron tanto que es muy difícil individualizarlas, excepto por los arqueólogos. Una de las características distintivas de sus telas era el matizado de pequeños dibujos con bordes anchos o bandas

Los vestidos  
de los griegos  
de la prehe-  
lénica o micó-

nea edad, con su corpiño, chaleco pequeño y falda con frunces, parece haber dependido de su apariencia de corte hacia arriba, teniendo su adorno confiado a las alhajas. Prescindimos de sus detalles por la obligada comparación con el clásico y hermoso vestido homérico. Los griegos *emplearon lana, hilo y seda: el hilo y la seda para las más estravagantes vestimentas del último período*, con muy pequeña mezcla de algodón, el oriundo de la India, que no fué conocido en Europa hasta la invasión de Alejandro el Grande, siendo entonces tan caro que no podía emplearse en los vestidos de gran vuelo: su color primitivo era amarillo fuerte.

Las *chitones*, o *trajes dóricos* y *yónicos*, y la *himation* o capa, se llevaban de diferentes colores: azul y tinte púrpura eran tan populares como el amarillo. Se combinaban diferentes bordes, en los trajes griegos, con un dibujo por igual en la mayoría de los casos: hubo emblemas, pájaros, animales y flores con bastante frecuencia. Las prendas se tejían en una sola pieza. Los plegados, largos y *graciosos*, *companion* su *adorno principal*, de suprema sencillez; siendo curioso de notar los diferentes efectos obtenidos por el cambio de cinturones, que se llevaron a la altura de la cintura durante el período arcaico, por encima de las caderas en la edad de oro, y bajo los brazos en el último período.



Vestidos del siglo XIV con colores divididos

Los griegos y los romanos importaron muchas telas de Babilonia, algunas de las cuales se describen como tejidos de seda con orilla de terciopelo a cada lado, en colores oro, escarlata y púrpura. La mujer romana llevaba una túnica, una estola (parecida al chitón griego) y un manto: éste correspondía a la toga del hombre romano o a la capa de la mujer griega. A este traje agregaban un rizado, convirtiéndolo en elaboradamente decorativo. La seda estaba entonces muy escasa y por ello la mezclaban con lana e hilo. Con excepción de las telas más elaboradas, la diferencia con los griegos no era muy grande.

Los vestidos de celtas, teutones, britones, galos, francos, etc., comenzaron siendo igual que los del pueblo más bárbaro: al civilizarse desarrollaron un más o menos individual dibujo; esto es, los celtas de Europa, que fueron arrastrados a Irlanda antes de la era cristiana, iniciaron un entrelazado de líneas curvas, con algunas introducciones de formas animales, incluso pájaros, si bien éstos lo vemos raras veces, acusando la influencia escandinava.

Las telas parece que siempre tomaron su inspiración del oriente: vemos que los galos, después de la conquista de César, el año 55 antes de Jesucristo, adoptaron una modificación de la vestimenta romana; los francos, al posesionarse de la Galia, entre la tercera y quinta centuria de nuestra era, retuvieron para sus mujeres los velos, pero aceptaron los estilos bizantinos para ellos, pues la influencia oriental del imperio romano continuó después de la llegada de los francos. Aun en los siglos IX, X y XII vemos a los hombres y a las mujeres con las vestimentas que trajeron del este, y aun después que el arte de bordar se extendió y generalizó y el tejido de tapices y trabajos de aplicaciones fuese introducido en Europa.

En el período que llamamos románico, allá por el año 1100 de nuestra era, apenas se hizo conocer la relación entre los mosaicos, los muebles, la cristalería, las alfombras, tapices y sedas u otras telas; queremos decir que los mismos dibujos de las pasadas centurias fueron repetidos en las locetas: las romanescas ventanas



Vestido de un hombre y una mujer de Egipto cerca  
del año 2500 A. C.

tuvieron figuras primitivas, pequeños medallones, que no eran sino reflejos del dibujo de los tejidos de cuatro a cinco centurias anteriores.

En el siglo XIV encontramos los primeros vestigios del terciopelo, tanto en documentos franceses como ingleses. En el siglo XVI tejían sedas finísimas en España, Francia, Alemania, Inglaterra y Holanda. Italia era la única que *conocía el secreto de fabricar rasos adamascados, terciopelos* y paños de oro, que importaba a las otras naciones. Génova empezó a introducir en el siglo XIV los dibujos orientales en Europa, donde encontraron gran favor. Los brocados y las sedas de la India adquirieron también un gran desarrollo en esa época como arte decorativo.

Por aquel entonces apenas se conocía el encaje, pues las extravagancias francesas no comenzaron sino después del regreso de los cruzados, cuando se inició el lujo de oriente entre la nobleza francesa; y entre las finas y hermosas telas bordadas de hilo se empleó el encaje.

Es digno de notar como caso curioso, que Carlos el Simple, rey de Francia, sólo poseía en su equipo de ropa interior, tres camisas, e Isabel de Baviera, al llegar para casarse con Carlos VI, en el siglo XIV, se creyó que traía un lujo extraordinario al enseñar tres docenas de camisas entre las prendas de su ajuar.

Bajo el poder sarraceno alcanzaron los tejidos un gran desarrollo en color y en material: su período más floreciente concuerda con el de las artes todas, entre los años 900 y 1200. Aunque Mohammed prohibió el tejido de sedas, éstas fueron muy usadas, mezclándose con algodón para evadir la orden. Las telas sicilianas o sículo-sarracénico muestran bandas de pájaros y animales, follajes, inscripciones, todo en azul, verde y oro sobre fondo rojo.

Los hilos de oro no fueron empleados en las telas antiguas; en su lugar usaban láminas finísimas de oro arrolladas en hilos de seda.


Las *telas sicilianas del siglo XIII* contenían corazones y pájaros, enlazados con motivos florales o heráldicos. Al final de 1200 fueron introducidos estos dibujos en el norte de Italia. Génova adoptó todo lo persa desde la XII a la XVII centuria, y en la XV, cuando Luis XI protegió el arte de tejer en Francia, en TOURS y después en Lyon bajo Francisco I, las telas persas e italianas se siguieron al detalle y el dibujo de vaso fué adoptado.

El carácter oriental del dibujo en tejidos no desapareció del todo hasta que los jardines de Versailles y Trianon, bajo Luis XIV, inspiraron el empleo de la flora europea.

El período gótico se extiende desde 100 hasta 1550. Fué el desarrollo lógico del romanesco. Recibió su nombre de los italianos del renacimiento, mal tomado sin duda, puesto que su origen fué cientos de años después de los reyes góticos.

El arte gótico fué arquitectónico y debe ser distinguido del arte del tejido. Tiene, sin embargo, su influencia en los vestidos, pues con los arcos picudos vinieron los bordes picudos y hasta el calzado se empezó a usar más picudo. Esto, no obstante, no impidió a los comerciantes italianos y flamencos del este, para seguir ofreciendo los vestidos de carácter oriental.

Desde entonces a nuestros días sólo se nota la mezcla de todas las influencias primitivas con los grandes recursos de las corrientes civilizadoras de los últimos siglos, impulsadas por las justas y nobles ambiciones de los pueblos, de la realeza, los nobles y el sentimiento religioso, unidos al despertar de la *inteligencia plebeya*, que abrieron el amplísimo campo de las inspiraciones para la producción de esos insuperables tejidos que hoy recrean la vista en los museos, haciendo imposible su reproducción, aun contando con las grandes facilidades que el progreso moderno ha introducido, siendo curiosísimo saber que los cabildos catodrales españoles figuran en primer término entre los más expertos fabricantes de las ricas telas de seda e insuperable paño de oro, sobresaliendo Toledo.



Diseño de voluta del siglo XVII



Diseño de voluta del siglo XVII



# Paso de comedia

## LA UNICA LEY

Por

Xavier Cabello Lapiedra (Español)

ILUSTRACIÓN DE M. LEONE BRACKER

### Personajes

Amalia.....36 años  
Jorge.....40 años

LA ESCENA representa un gabinete lujosamente amueblado, en el que imprescindiblemente deberá haber un gran espejo, un sofá pequeño, y un mueble escritorio—*elagere*—o librería pequeña con libros encuadernados con esmero. Varios retratos, caprichos de porcelana, un jarro con flores, etc. etc., repartidos y colocados con buen gusto sobre los muebles.

Aparece Amalia elegantemente vestida, pero con tocado propio de estar en casa. Está sentada con cierto abandono distinguido y con un libro en la mano. Se oye al reloj dar las cinco.

Amalia: (Incorporándose y dejando de leer) ¡Las cinco!... ¿Vendrá?... El padre Bueno me dijo que estuviera segura de que venía; que se lo prometió solemnemente... Veremos a ver que mañana me doy para que no se me escape. Me creí más fuerte que él y me engañé: le amehacé con la ley y en vez de enmendarse, la amenaza le sirvió de acicate y se desbordó. Se impuso el amor propio y hubo que convertir en realidad la amenaza; pero la ley no me ha devuelto su corazón, que es lo que yo quería. ¡Necia de mí! Busqué en una sentencia de divorcio el alivio de mi pena y del despecho que me causó su desvío, y lejos de ser remedio aquellos pliegos de papel sellado, han levantado un muro entre él y yo.

(Amalia queda pensativa y se oye fuera un timbre eléctrico.) El es. (Se levanta instantáneamente y se mira al espejo.) ¡Qué poco se ha lucido hoy la peinadora!... ¿Pues no siento emoción? (Llevándose la mano al corazón) Corazón, cállate. (Al pasarse la mano por el cuello para arreglarse, se pincha con un alfiler) ¡Caramba! (Llévase el dedo a la boca y después se lo aprieta con el pañuelo. Hace ademán de quitarse el alfiler) No... lo dejo ahí. Si se pincha mejor. ¡Ojalá! (Se coloca de espaldas a la puerta de entrada.)

(Aparece por ella Jorge con el sombrero en la mano. Jorge es un prototipo de elegancia. Pausa.)

Jorge: Aquí estoy.

Amalia: (Sin volverse y con indiferencia) Dios te guarde.

Jorge: (Aparte) El saludo no es muy expresivo.

Amalia: (Aparte, mirándole de reojo) No le he impresionado.

Jorge: (Aparte, mirándola de arriba a abajo) ¡Qué pena! ¡Tan guapa como está!

Amalia: (Aparte) ¡Qué lástima que sea tan píllo! (A Jorge) Dispensa que te haya obligado a hacer la violencia de venir, pero tenemos que hablar, debemos hablar del porvenir de nuestra hija María y por eso te he molestado.

Jorge: Molestia no. Si acaso enojo.

Amalia: (Sentándose e invitándole a que él lo haga) Siéntate.

Jorge: (Sentándose rápidamente) Me senté. Te ruego que seas breve.

Amalia: Ya me hago cargo de que tus muchas ocupaciones...

Jorge: Te niego derecho a mezclarte en lo que hago.

Amalia: No lo pretendo.

Jorge: Mi conducta...

Amalia: Son hechos consumados.

Jorge: Así, al menos, dice la sentencia que me condenó.

Amalia: Y que encontraste justa puesto que nada intentaste contra ella.

Jorge: No hubiera sido correcto defenderme.

Amalia: Me engañaste, me ultrajaste, acudí a lo que puede acudir una señora, a los Tribunales de Justicia.

Jorge: No me quejo. Fuí adúltero, no lo negué; te amparó la ley y el fallo fué justo, me condenó.

Amalia: A lo que tú querías, a separarte de mí. Te hice un favor.

Jorge: Para eso no era menester la sentencia.

Amalia: (Con amargura) Ya lo sé; tu corazón nunca estuvo unido al mío.

Jorge: No toda la culpa ha sido mía; pero si estabas persuadida de ello sobró el escándalo de la demanda de divorcio.

Amalia: Busqué una reparación.

Jorge: Así se llama lo que no es sino la satisfacción del orgullo, pero también me separaste de mi hija.

Amalia: (Subrayando) De nuestra hija.

Jorge: Bueno; eso no aminora tu crueldad, ni tu egoísmo.

Amalia: (Con disgusto) Lo que es pelos, no debes de tener en la lengua. ¿Qué hubiera sido de nuestra hija a tu lado y separada de mí? ¿Te la ibas a llevar al Casino o a tus juergas?

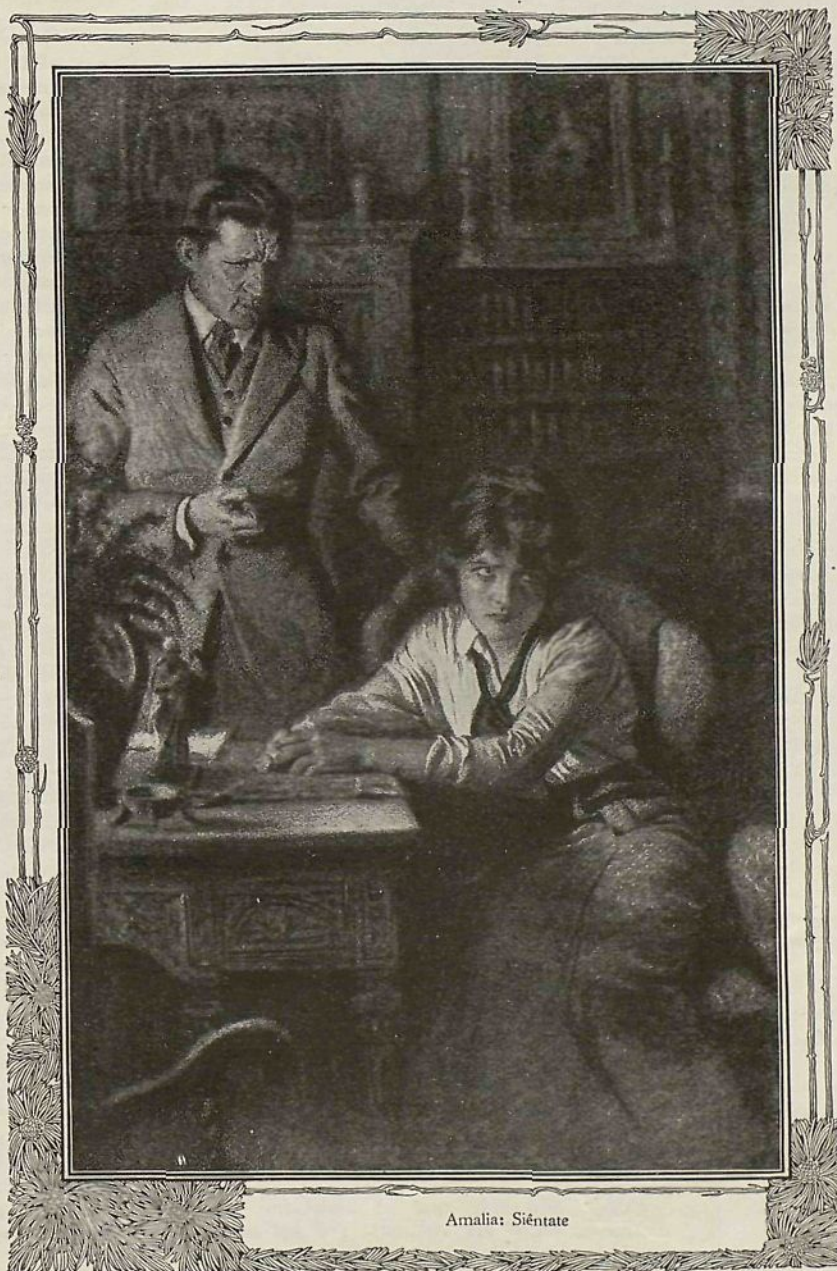
Jorge: Bien; déjame de historias. ¿Me has llamado para esto?

Amalia: Tienes razón: hablemos de María.

Jorge: El Juez me prohibió tenerla a mi lado, pero tú no la dejas ni que me vea.

Amalia: No está en casa, por eso no ha salido a verte. Fué a almorzar con las de Romerales y luego iban de excursión en el auto.

Jorge: Para alejarse... del peligro de verme...



Amalia: Siéntate

Amalia: (Con desdén fingido) ¡Pretencioso! (Jorge sonrío) ¿Te ríes? (Amalia se pasa el pañuelo por los ojos.)

Jorge: ¡Tú lloras!

Amalia: Ya no. (Pausa) Pues bien: María tiene amores formales, para casarse.

Jorge: Es muy joven aun...

Amalia: Tiene diez y ocho años; la edad a que yo me casé.

Jorge: Es verdad.

Amalia: ¡Cómo se pasa el tiempo!

Jorge: Nosotros somos los que nos pasamos. ¡Y qué mal aprovechamos la vida!

Amalia: Tú sabrás.

Jorge: ¿Y con quién se quiere casar?

Amalia: ¿Pero de verdad no lo sabes?

Jorge: ¿Cómo voy a saberlo?

Amalia: Veo que cumples la sentencia al pie de la letra. No te ocupas de nosotras ni para saber si existimos. Lo sabe todo Madrid.

Jorge: ¿Quién es él?

Amalia: Ernesto Guadamur.

Jorge: ¿El hijo de Juanito Monte-Pardo?

Amalia: El mismo.

Jorge: Buen chico y buena gente. No está mal, no está mal la elección. Dinero, título...

Amalia: Y cariño, antes que nada.

Jorge: Así sea... antes que nada (Se levanta y coge su sombrero) Pues por mi parte...

Amalia: (Invitándole a que se siente) Espera, aun hemos de hablar mucho.

JORGE: ¿De qué puede ser? Hemos convenido en que tienen cariño, dinero, posición social, tu consentimiento y mi... autorización.

Amalia: Y sin embargo, María cree que con todo eso no podrá ser feliz.

Jorge: ¿Pues?

Amalia: La falta saber algo, que es mucho para poder realizar su ilusión.

Jorge: ¡Ah vamos! (Con intención) La falta saber quizás cuales son las causas de divorcio.

Amalia: No seas cínico (Con dignidad)

Jorge: Verdad, que eso lo sabrá porque se lo habrás dicho tú.

Amalia: Ahora, cínico y cruel.

Jorge: ¿Qué la falta saber?

Amalia: Si su padre la quiere.

Jorge: Con toda mi alma.

Amalia: ¿Estás seguro?

Jorge: Con toda el alma... que me habéis dejado, que me has dejado tú en la famosa sentencia.

Amalia: ¡Dale! (Se levanta y toca el timbre) ¿Quieres tomar thé?

Jorge: No, gracias, concluí de almorzar a las cuatro.

Amalia: Sigues madrugando.

Jorge: Me levanto tarde, porque me acuesto tarde.

Amalia: Eso... es acortar la vida.

Jorge: Al contrario, es deseo de vivir; apesar de que mi vida no es muy halagadora.

Amalia: ¿Acaso es triste?

Jorge: Es aburrida. Estoy harto de todo, pero me da pena que se me vaya y como cada día que pasa es un día menos de ella, y como el día se acaba cuando uno se acuesta, procuro alargarlo todo lo que puedo.

Amalia: Es una rebeldía muy humana.

Jorge: Es una ilusión.

Amalia: A falta de otra...

Jorge: Además; duermo mal.

Amalia: Pero duermes.

Jorge: Ya te he dicho que mal. ¿Y tú?

Amalia: ¡Eso quisiera! Por descanso y por soñar. (Suspira)

Jorge: ¿Te gustaría soñar?

Amalia: Como compensación a las amarguras de la vida.

Jorge: ¿Qué te amarga?

Amalia: Vivir sin amor, que es imprescindible para que la vida sea agradable.

Jorge: Es verdad. Ya lo dije... no sé quién. Vivir es amar. Hasta los tres años amamos a nuestra madre; a los seis, a nuestro padre; a los diez, a nuestros juguetes; a los veinte, a quien nos gusta; a los veinticinco, al matrimonio; a los cuarenta, a nuestros hijos, y a los sesenta a nosotros mismos. Hay quien parece que nació con sesenta años y se plantó, porque no ha querido nunca más que así mismo.

Amalia: Sentencioso estás.

Jorge: Corren aires de sentencia.

Amalia: (Impaciente y levantándose) Estos criados no vienen.

Jorge: Creerán que no deben entrar.

Amalia: No sé porqué. Voy yo misma... (Amalia se va y Jorge la sigue con la mirada, hasta verla desaparecer.)

Jorge: ¡Vaya si está guapa! Yo no sé si es que he pasado seis años sin verla, pero es el caso que... que si... que... vamos, que me gusta: está en la segunda juventud de la mujer, la de la viudez o la de la divorciada, que viene a ser igual. Estoy como los golfos delante del escaparate de una pastelería... ¡Y pensar que es mía! Que me pertenece...

Porque me pertenece; Dios me la dió... y, sin embargo, me están vedados los encantos de su amor. ¡La perdí! Me ha pasado lo que al pobre Adán con el Paraíso, que era suyo y lo perdió por comer del fruto prohibido. Pero ¡qué diablo! A los treinta y seis años, un desliz, lo han tenido muchos y no les pasó nada.

Ahora, que lo malo en mí, según el sabio Juez, fué el escándalo. Hay que divertirse con sordina. Y el caso es que yo quería a mi mujer; me casé enamorado, pero el amigo Perico Botero metió el tenedor y... (Se fija en un retrato de Amalia, que estará sobre una mesa o sobre el escritorio; lo coge y lo mira atentamente). Bien mirada vale bastante más que tanta otra desdichada culpable de mis pecados. Y luego... ¿Para qué? Flores de una día... Y entre tanto el alma... en su soledad. (Examina la habitación) Esto está bonito y confortable. La verdad es que estas paredes conservan los únicos recuerdos sanos de mi vida. ¡Pobre Amalia! Fuí un villano... Pero ella tampoco se portó bien. Ese divorcio... (Repara en la librería) No puede dudarse de que en esta habitación hace su vida íntima una mujer española. (Leyendo los tomos de los libros) El año cristiano, Fray Luis de Granada, Luis Coloma, Severo Catalina, San Francisco de Sales, Alarcón, Selgas,



Béquer . . . ¡Béquer! Nuestro poeta predilecto. (Coge un tomo) ¡Cuántas veces leímos Amalia y yo juntos estos versos! Esta (señalando al libro) fué su alma hermosa. ¡Lo que Béquer ha hecho amar con sus versos! ¡Cuánto corazón se ha deleitado con su lectura y algunos de acero se convirtieron en cera con la divina cadencia de sus rimas! ¡Alma grande, soñadora, enamorada, romántica, todo arte y todo amor! ¡Ah romanticismo, romanticismo! ¡Todos, hasta quienes alardean de reirse de tí, te rindieron culto en los felices años de la vida! (Deja el libro encima de la mesa y de nuevo se queda contemplando el retrato de Amalia) *Que sí, que estás muy requeteguapa* (Coge el retrato) ¿Quién me lo impide? (Le da dos o tres besos) ¡Lo que somos! Toma, (Besándolo) toma, toma. . .

(En esta situación le sorprende la interesada, que entra por donde se fué, con una bandeja y en ella un servicio de *thé*)

Jorge: (Al sentir los pasos deja precipitadamente el retrato y disimula sonriendo) ¿Me habrá visto?

Amalia: ¿Estás viendo mi último retrato?

Jorge: (Aparte) Me ha visto ¡Dios mío que plancha! (Contestando a Amalia sin saber lo que contesta) Sí . . . te . . . miraba. . .

AMALIA: El traje. De fijo lo estabas criticando. Siempre ha sido tu debilidad. . . (Arregla el servicio de *thé* sobre la mesa)

Jorge: ¿Pero cómo, te sirves tú misma?

Amalia: Lo he preferido: cuanto menos oigan y vean los criados. . .

Jorge: (Azorado) ¿Vean? ¿El qué . . . dices . . . que vean?

Amalia: ¿Y te gusta el vestido?

Jorge: Precisamente el vestido. . .

Amalia: De fijo era más bonito el que tenía anoche la Castro-Oliva en el banquete de la Embajada.

Jorge: ¿También te han venido con esa embajada? ¡Almas piadosas!

Amalia: Es un decir. . .

Jorge: Pues no puedo decirte como estaba vestida. No la ví el traje.

Amalia: Extasiado, quizá, mirándola.

Jorge: ¡Cá! Porque el vestido le empezaba debajo de la mesa.

Amalia: ¡Murmurador! (Se sienta al lado de la mesa, que estaría o la habrá colocado en el centro de la habitación, y comienza a servirse)

Jorge: Esto tiene novedad y encanto.

Amalia: ¿El qué?

Jorge: Servirte tú misma. Es una intimidad atrayente. Como que me están dando ganas de tomar *thé*.

Amalia: Ya te he ofrecido.

Jorge: Por cumplir; la prueba es que no insistes. . .

Amalia: Haz lo que gustes.

Jorge: (Con decisión coge una servilleta y se sienta) ¡Ea! Pues sí que se me antojó el *thé*. (Amalia le sirve)

Amalia: ¿Muy cargado?

Jorge: Sí . . . no . . . es decir, bueno, como quieras. ¡Lo que es la vida! ¿Quién me iba a decir que esta tarde. . .

Amalia: Ibas a echarla a perros.

Jorge: Todo lo contrario. Esto es paradisíaco. Este silencio, este bienestar y . . . ¿Por qué no decirlo? (Revuelve el *thé* con la cucharilla y vierte la taza)

Amalia: (Acude a levantarla) ¿Pero qué haces?

Jorge: No lo sé. Estoy . . . como mareado. Hace tiempo que no me encontraba . . . así . . . tan bien.

Amalia: ¿Es verdad? (Seca el *thé* vertido con una servilleta)

Jorge: Lo menos hace. . . (Repara en el pelo de Amalia que es de un rubio querubinesco) ¡Qué bien se te conserva el pelo! No pasó día por tí.

Amalia: (Aparte) Va picando. Va picando. (Alto) Pues te advierto que no me tiño.

Jorge: ¿Ni agua oxigenada siquiera?

Amalia: Ni siquiera.

Jorge: ¿Y tomas *thé* todas las tardes?

Amalia: Todas.

Jorge: ¿Sola?

Amalia: (Con indiferencia aparente) Sola, no. (Jorge da un respingo) Generalmente con . . . María. (Jorge se tranquiliza)

Jorge: Si se casa, tendrás que tomarlo sola.

Amalia: ¡Es claro! Y bien que me preocupa, porque como Ernesto es secretario de Embajada y está destinado a Constantinopla, tendrá que irse allí y. . .

Jorge: Y *temes*, que se aficione a las turcas.

Amalia: No hombre: lo que temo es quedarme sola, si al fin se casan.

Jorge: ¿Pero no es cosa formal?

Amalia: Sí, pero hay un inconveniente.

Jorge: ¿Cuál?

Amalia: Nuestro divorcio.

Jorge: ¿Y es Ernesto quien pone ese obstáculo?

Amalia: El, no.

Jorge: Entonces. . .

Amalia: En primer lugar, ella que siente dejarme sola. Después, que siendo los padres de él un matrimonio ejemplar, no han de ver bien que los padres de la mujer de su hijo, vivan como nosotros vivimos, y María ha comprendido eso. . .

Jorge: Eso, me parece una tontería.

Amalia: Tú lo juzgas así, pero María, que es de quien se trata ahora, no, y ya sabes que tiene el carácter de acero.

Jorge: Salí a la madre.

Amalia: ¡Qué equivocado estás!

Jorge: Pues es un problema que yo no sé resolver.

Amalia: Hay otro que también deseo consultarte.

Jorge: (Aparte) ¡Pues es una tardecita! (Alto) ¿Cuál?

Amalia: Sobre la dote de María.

Jorge: Lo que tú dispongas. Yo la daré otro tanto de lo que tú la señales.

Amalia: María quiere que se haga lo que tú ordenes y yo también.

Jorge: (Aparte y mirándola asombrado) ¡Esta no es mi mujer! ¡Me la han cambiado! (Alto y mirándola de reojo) Tú ¿qué dices?

Amalia: ¿Qué te he dicho cuando has entrado?

Jorge: (Con brusquedad cómica) Dios te guarde.

Amalia: No es eso. Me refiero a lo que te he dicho de que para que María pudiera realizar su afán, necesitaba antes saber. . .

Jorge: Sí. . . Ya te he dicho que la quiero con toda mi alma.

Amalia: Pues eso se debe de probar.

Jorge: (Llevándose a la boca un trozo de *tofé*) Lo que se debe probar es este *tofé*. Está *colosal*.

Amalia: ¿Te gusta?

Jorge: Es *estupendo*. ¿Dónde hacen esto?

Amalia: En casa. Yo lo hago.

Jorge: ¿Tú? ¿Cómo?

Amalia: ¿De qué te admiras? Con estas manos.

Jorge: (Fijándose en ellas) Que son preciosas. ¿Me las dejas ver?

Amalia: (Mostrándoselas) Míralas.

Jorge: (Queriendo besarlas) Son mías.

Amalia: (Retirándolas) Ya, no.

Jorge: Mías sí, mías. Me las diste tú, me las otorgó Dios. . .

Amalia: Pero las despreciaste.

Jorge: (Suplicante) ¡Amalia! . . .

Amalia: (Imitándole, con coquetería) ¡Jorge! (Pausa) (Jorge se queda mirándola y Amalia lo nota y le mira de reojo. Jorge se rasca la barba y se vuelve de espaldas a ella, en actitud pensativa.)

Jorge: (Volviéndose de repente) ¿Qué?

Amalia: (Lo mismo) ¿Cómo?

Jorge: Creí que . . . decías. . .

Amalia: Pensé que . . . me hablabas. . .

Jorge: (Aparte) ¡Demonio de mujer!

Amalia: (Aparte) ¡Demonio de hombre! (Se levanta y se sienta en el sofá)

Jorge: (Acercándose) Iba a decirte una cosa.

Amalia: (Con prisa) Dila.

Jorge: No me atrevo. . . No debo. . . No. . .

Amalia: Tú verás.

Jorge: Que cómo vés a quedarte sola. . .

Amalia: Pues, quedándome.

Jorge: ¿Y si tienes miedo?

Amalia: A la soledad no se le debe tener miedo, a la compañía, a veces, sí.

Jorge: (Repara en los pendientes de Amalia) Esos pendientes son bonitos.

Amalia: Ni siquiera te acuerdas de que son los que me regalaste cuando nos casamos.

Jorge: Es verdad (Acercándose) La verdad es que . . . (Temeroso) La verdad es que . . .

Amalia: ¿Qué? Hijo, rompe.

Jorge: Que una mujer tan . . . tan . . .

Amalia: ¡Qué bonito es eso!

Jorge: Quien es bonita eres tú (Aparte) ¡Atiza! Ya se lo solté.

Amalia: (Aparte) Esto va bien. (Alto) ¿Ahora te enteras? A buena hora vienes con flores. (Aparte) ¡Dios mío que se pinche!

Jorge: Me pareces encantadora y te lo digo. Eso no me lo impidió el Juez.

Amalia: Ni yo tampoco.

Jorge: ¿Apesar de la sentencia de divorcio?

Amalia: Esa es la ventaja del divorcio español. Que es un divorcio *full* afortunadamente, conocedor del corazón humano.

Jorge: ¿Cómo *full*?

Amalia: Está consultado el caso con persona entendida y lo del divorcio puede arreglarse y yo quiero arreglarlo, por que se trata de la felicidad de mi hija. Mi abogado me ha dicho que el artículo 74 del Código Civil. . .

Jorge: ¡Almendras! Pues sí que eres sabia.

Amalia: Dice que. . . No te lo puedo decir.

Jorge: Bueno; en cuanto salga de aquí, me compro el Código. (Pausa)

(Jorge se sienta al lado de Amalia y se la queda mirando de hito en hito. De repente lanza un suspiro.)

JORGE: ¡Ay Amalia!

Amalia: ¿Qué te pasa Jorge?

Jorge: Que . . . ¿te lo digo?

## AFABILIDAD

Puede afirmarse que la afabilidad es el diamante entre las virtudes, por ser la más preciada y la más rara de todas.

¡Sonreír! No al llegar la ocasión sino en todas las ocasiones. Adquiérase el hábito de sonreír.

Las esposas necesitan esa clase de maridos, los maridos necesitan esa clase de esposas; los niños, padres afables; los trabajadores, capacitados afables, los jefes, empleados afables; y todos necesitamos amigos afables.

Una persona afable irradia más luz que todas las luces eléctricas que iluminen un salón.

La afabilidad es como el amor cuando estamos solos, como el lecho cuando estamos cansados, como la brisa cuando el calor nos sofoca, como el dinero cuando estamos arruinados.

Amalia: Soy toda oídos. (Aparte y con satisfacción) Se pincha, se pincha.

Jorge: Que me estás gustando una barbaridad.

Amalia: ¿Ahora reparas en mí?

Jorge: Al sol le vemos todos los días, desde que abrimos los ojos a la vida; es la hermosura misma y, sin embargo, nuestra atención no se fijó en él para apreciar su grandeza y su sublimidad, hasta que un momento de meditación o de poesía nos hizo mirar al cielo.

Amalia: De modo que para tí, ha estado nublado hasta hoy. (Se ríe)

Jorge: Gracias a Dios que desarrugaste el entrecejo.

Amalia: Es la primera vez que me río desde hace seis años.

Jorge: Y yo nunca sentí lo que siento ahora . . . ; algo pasa por mí que no sé explicar. . . (Pausa)

(Jorge toma distraídamente el libro de Béquer que dejó sobre la mesa y lo ojea) ¿Te acuerdas de cuando leíamos juntos este libro?

Amalia: ¡Felices tiempos!

Jorge: ¡Y tan felices! (Se fija en una página) Oye . . . ¿Te acuerdas? (Señala con un dedo la página en que se ha fijado y le da el libro a Amalia. Esta lo coge y conforme va recitando Jorge lo deja caer sobre la falda)

Sobre la falda tenía

El libro abierto;

En mi mejilla tocaban

Sus rizos negros; (Con emoción)

Amalia: No veíamos las letras

Ninguno, creo;

Mas guardábamos ambos

Hondo silencio. (Se extasia)

Jorge: ¿Cuánto duró? Ni aun entonces

Pude saberlo;

Sólo sé que no se oía

Mas que el aliento,

Que apresurado escapaba

Del libro seco.

Sólo sé que *volvimos*

Los dos a un tiempo,

(Amalia y Jorge van volviéndose y mirándose)

Y nuestros ojos se hallaron,

Y sonó . . . un beso.

(Jorge va a darla un beso. Amalia sale de su éxtasis y al tratar de abrazarla aquél, pasándola la mano por el cuello, se pincha con el consabido alfiler)

Jorge: ¡Ay! ¡Caramba!

Amalia: ¡Se pinchó! ¡Gracias a Dios!

Jorge: ¡Maldito alfiler!

Amalia: ¡Bendito sea!

Jorge: ¡Caracoles! ¿Por qué?

Amalia: Porque ha sido el sello de una reconciliación verdadera.

Jorge: Queda firmado el pacto con sangre.

Amalia: De los dos, porque yo también me pinché antes.

Jorge: El peligro de las rosas es que tienen espinas. . .

Amalia: Y el peligro de los abrazos, son los alfileres. (Se cogen las manos)

Jorge: ¡Amalia mía!

Amalia: ¡Jorge mío!

Jorge: ¿Me perdonas?

Amalia: Con toda mi alma.

Jorge: Te adoro.

Amalia: ¿No me engañas?

Jorge: Seamos felices.

Amalia: Amame Jorge, como yo a tí. (Rompe a llorar)

JORGE: Yo te adoro porque eres adorable. No llores, *rie, que es día de reír de gozo*.

Amalia: Tienes razón que es día bendito de Dios y su bendición es una sonrisa del cielo.

Jorge: Esta tarde ha influido en nosotros más que seis años de divorcio. Ha hablado el amor y al poner en comunicación nuestros corazones, entró por ellos a raudales la felicidad.

Amalia: Perdóname también tú a mí, que en vez de atraerte como hoy, ciega por el despecho obré con crueldad.

Jorge: Cruel no, apasionada, y la pasión no te dejó pensar serenamente. Pero todo lo pasado queda en el olvido.

Amalia: ¿Verdad?

Jorge: Verdad, te lo juro por la felicidad de nuestra hija.

Amalia: ¡Bendita sea!

Jorge: Bendita sí, que por ella vine esta tarde aquí y buscando su dicha hemos hallado la de los tres.

Amalia: Esa es la prueba de cariño que ella exigía de tí, el sacrificio de nuestra reconciliación, aunque fuera simulada.

Jorge: Pues siente no poder complacerla, por mi parte.

Amalia: (Con sobresalto) ¿Qué dices?

Jorge: Porque no puedo hacerlo como sacrificio.

Amalia: ¡Qué alegría tan grande! ¡Angel mío!

Jorge: Dila que. . .

Amalia: Dila, dila. . . Se lo dirás tú y nos la comeremos a besos.

Jorge: Y flojo atracón que me voy a dar, con el hambre que tengo de ellos.

Amalia: Así aprenderá, que el corazón es el único Código posible entre marido y mujer; que podrán la venganza o el despecho buscar amparo en otras leyes y con ellas el orgullo castigar la culpa o el egoísmo evitar el daño material; pero que el vacío que en el alma dejan el desdén o el desengaño, no lo llenará nunca el artículo de un Código, ni la sed de amor se apagará con una sentencia de divorcio.

Jorge: Dices verdad; al corazón no se le doma ni dirige con leyes dictadas por la frialdad de la rígida conciencia del legislador. La mejor, la única ley para regir y gobernar los vínculos del alma es el amor.



De nuestro  
Concurso Literario

# DESOLACION

Por  
Marianela (Peruana)

ILUSTRACION DE W. B. KING

**C**UANDO el médico, terminado el reconocimiento, indicó al enfermo que se vistiera, interrogóle la madre ansiosa:

—¿Verdad, doctor, que encuentra usted mejor a Humberto? ¿Verdad que dentro de poco estará más fuerte que antes de enfermar?—y sus pobres ojos angustiados, fijos en los del médico, parecían implorar.—¡Por Dios, doctor, no olvide usted mi ruego. Si mi hijo tiene algo grave, dígamelo a mí, a mí sola. Para mí todas las inquietudes, todas las aflicciones; pero a él tranquilícelo, aliéntemelo!

El doctor, comprendiendo la muda súplica, contestó benévolo:

—Señora, en conciencia creo que puedo exponer, a usted y a su hijo, mi opinión sincera, ya que nada tiene de alarmante para la excitabilidad nerviosa de mi cliente. La grave neumonía que ha sufrido ha debilitado mucho todo su organismo. El estado de los pulmones no me satisface: el izquierdo está todavía algo congestionado, lo cual no es cosa de broma, sobre todo, antes de los treinta años; la juventud, el más terrible enemigo para otras enfermedades, es para ésta, el mejor auxiliar. Si hablo con tal franqueza—continuó el galeno, dirigiéndose en particular a la señora, que lo escuchaba anhelante, contraída, por un gesto doloroso, el rostro pálido entre los pliegues negros de su manta—es porque puedo indicar el remedio seguro: el cambio de clima.

—Irámos a alguno de los pueblos próximos, a la Magdalena, a Chosica—insinuó ella tímidamente.

—Paliativos, señora, solo paliativos—contestó el médico.—La única manera de librar a este joven de la terrible amenaza de la tuberculosis es haciéndolo vivir, siquiera durante un par de años, en alguna ciudad de la sierra; que se vaya, por ejemplo, a Tarma, lugar de clima inmejorable y de ciertos recursos; encontraría allí alguna ocupación ligera y remunerativa que compensara en algo el esfuerzo que en la situación pecuniaria de ustedes significa un viaje. Mucho lo he meditado antes de aconsejarlo; pero es lo único que honradamente puedo recetar, con fe en el éxito.

—Nos iremos, doctor, nos iremos—exclamó el enfermo, cuyo decaído espíritu se animó con la palabra convencida del médico.—Felizmente el sacrificio puede hacerse.

La madre asintió con un gesto resignado. ¡Bien sabía ella cuál era el sacrificio! Y le pareció ver, en la vetusta plazuela del Cercado, la humilde casita, con su patio empedrado, sus dos ventanas, vestidas de campanillas multicolores, a ambos lados de la puerta de la sala, los muebles de ésta siempre enfundados, la araña de cristal envuelta en gasas amarillas, la amplia alcoba con el lecho conyugal, el cuartito de Humberto, el comedor con las sillas en torno de la mesa cubierta de un hule rameado, y el aparadorcito de pino con la vajilla descabalada; el traspatio con su higuera centenaria, quizás contemporánea de la del palacio

de gobierno, que plantaron las fuertes manos de Pizarro; el corralito de cañas, habitación de una media docena de gallinas bullangueras y ponedoras; la cocina, con el gato negro, mensajero de la buena suerte, al calor del fogón. . . . —¡Querida casita, que viste nacer a Humberto, que le viste jugar, que le viste llorar la muerte de su padre, que viste agostarse su juventud por los rigores de la enfermedad! ¿Sería cierto que era inevitable perderte para que esa juventud retoñara lozana?

Sí, era inevitable; no le cupo la menor duda cuando, en el almuerzo, su hijo, expansivo y locuaz como no lo estaba desde hacía mucho tiempo, desarrolló extensamente sus proyectos.—Venderían la casa.—Lo decía tranquilamente, con esa feliz despreocupación de la mocedad que aun no siente las raigambres del pasado.

Encontrar comprador era fácil; poquitas ganas tenía el *bachiche*, (nombre popular que se da a los italianos en el Perú) de la esquina de adquirirla para ensanchar su *pulpería* (tienda donde se venden comestibles y utensilios domésticos.) El producto de la venta, por exiguo que

Mientras las manos ejecutaban mecánicamente la tarea, el espíritu entristecido lamentaba el obligado destierro de la tibia ciudad natal y del barrio donde había transcurrido su existencia toda, donde hasta las piedras conocían a la señora Matilde. Siempre había habitado en la parte alta de la ciudad, la que aun conserva su castizo sello criollo, y cuando, alguna vez, ambuló por la región moderna—la Avenida Nicolás de Piérola, el Paseo Colón, con sus amplias aceras flanqueadas por casas de tres pisos, que parecían elevadísimas a sus ojos de limeña vieja—sentíase inquieta y azorada, y no respiraba a gusto hasta encontrarse de nuevo en su barrio familiar, el de los templos coloniales, donde la oración brota espontánea y confiada, y las lágrimas son consoladoras. ¡Ay, su iglesia del Carmen, su convento del Prado, con las monjitas dulceras, su capillita del Cercado! ¡Cuánto hubieran podido decir, esos místicos muros, de las limitadas aspiraciones, de las penas vulgares, de la fe primitiva, del vivir humilde de aquella ancianita a quien se le antojaba amenazador y hostil el mundo que se extendía más allá del estrecho recinto de su barrio querido!

Nunca conoció otro. Aun quedaba en pie, ruinosa y destartada, en la calle de los Naranjos, una de esas casonas de vecindad, de numerosos departamentos anti-higiénicos, refugio insalubre de la pobreza, triste asilo de la miseria decente, donde durante muchos años vivieron Matilde y su madre viuda, agotando las fuerzas y perdiendo la salud en la costura de ropa burda, mezquinamente retribuida, único recurso al que ellas, como tantas otras infelices sin preparación para la vida, podían apelar para ganar el pan cotidiano. Sin embargo, aquellas miserias estuvieron dormidas para Matilde, por el radioso sol de la juventud, y aun sonreía recordando sus paseos a la luz de la luna, en las noches estivales, de bracerío con las amigas, y las veladas de invierno, donde los del principal, los cresos de la casa, reunían semanalmente a la juventud del vecindario en tertulias cachupinescas, en las que hacían el gasto las galletitas baratas y las pastillas con inscripciones alimbaradas en todo sentido: ¡Paloma mía!; ¡Tu amor o la muerte!; ¡De tus brazos al cielo!

Aun ahora, con sesenta y tantos años y su cortejo de dolamas y aflicciones a cuestas, confesábase Matilde que el mayor atractivo de esas fiestas era la presencia de cierto guapo mozo de vistosas corbatas, bigotillo enhiesto y cabellos relucientes de pomada, que murmuraba a su oído frases más dulces que las de las pastillas. Mas aquel Tenorio, de la clase de horteras, resultó voluble como la mariposa, y el día menos pensado levantó el vuelo, y no se volvieron a ver por el caserón de vecindad, las corbatas llamativas, el bigotillo enhiesto ni los cabellos relucientes de pomada.

A la ingenua muchacha se le había metido hasta las entretelas del alma el engañoso zarramplín, y, esperanzada en que el alejamiento del centro de sus ilusiones volanderas aliviara su pena, decidió a la madre a mudarse a la calle del Cercado; accedió la anciana, y no tardó en felicitarse de ello al notar que el pulpero de la esquina, un italiano cuarentón, formalote, trabajador y que seguramente tendría sus reales, bebía los vientos por la niña; ésta, en cambio, hacía ascos a su tosco adorador:—¡Cómo! ¿Una señorita decente podía descender hasta ser la esposa de un hombre de tan baja esfera? ¡Eso nunca! ¡Arruinarse no es encanallarse!—Y al decirlo, inflaba las rosadas naricillas, con la vanidad innata en los hijos de esta tres veces coronada villa, donde cualquiera cursilota cree descender, no del

plebeyo Francisco Pizarro, sino, de los más empingorados virreyes.

Pero la gota de agua horada la piedra; tan humilde y constante se mostró el pulpero, de tantas atenciones rodeó a la señora de sus pensamientos, fueron tan apremiantes las instancias de la madre y las de la dura necesidad, que Matilde, al cabo, empezó a transigir con la idea de conceder al buen hombre su manecita de finos dedos picoteados por la aguja. Y fué en la festividad de San Juan Bautista, que se celebra con el clásico paseo al cerro de Amancaes, que acabó de resolverlo. Después del jaleo a que el pulpero, ruboso por milagro de amor, las invitara, tornaban Matilde, su madre y algunos amigos a la ciudad, en una carreta adornada profusamente con ramos amarillos de amancæes; un mozo punteó la guitarra y dejó oír, en la melancolía del atardecer, el quejumbroso yaraví de Melgar:

Aun la nieve se deshace  
¡ay mi dueño!  
cuando el sol le comunica  
su calor lento.

(Continúa en la página 34)



... apoyado en el respaldo de una silla, seguía hablándole, mientras ella se caló las gafas, colocó la canasta de costura en una sillita baja y, sentada en un sillón de mimbre, zurró las medias

fuese, siempre alcanzaría para trasladarse a la ciudad bendita, vencedora del mal, dispensadora de nuevas energías, y emprender allí algún negocio lucrativo. ¿Por qué no? Disfrutando de salud todo se logra, y ésa debía él recuperarla respirando el aire purísimo de las alturas.—¡Oh, la altura! ¿Te acuerdas a cuántos metros sobre el nivel del mar está Tarma?

¡Qué se había de acordar la viejecita si en su vida lo había sabido! Humberto tampoco podía precisarlo en ese momento, pero, despreciando detalles, siguió diciendo:

—Figúrate que gran parte del viaje lo hacemos en el ferrocarril más elevado del mundo. Como lo oyes, el más elevado; todos los extranjeros nos lo envidian—. Y al afirmarlo así, mostraba el joven tan orgullosa satisfacción como si fuera uno de los ingenieros que concibió y ejecutó la obra maravillosa, allá en los buenos tiempos en que aun podía decirse, por hipérbole y no por ironía: ¡Vale un Perú!

**T**ERMINADO el almuerzo, acompañó a su madre hasta el traspatio, y, apoyado en el respaldo de una silla, seguía hablándole, mientras ella se caló las gafas, colocó la canasta de costura en una sillita baja y, sentada en un sillón de mimbre, zurró las medias.



De la vida norteamericana

# ALREDEDOR DE UNA BODA

Cartas a las lectoras

Por Ana María Olmedo

QUERIDÍSIMA NENA:

Tu carta me ha traído una muy grata sorpresa. ¿Conque te casas a fines de año con Mr. Garrison, el simpático ingeniero norteamericano que tus padres se llevaron a Cuba para instalar la nueva maquinaria de vuestro gran ingenio? Permíteme que te felicite; que os felicite. Conozco a Mr. Garrison y no dudo que ha de hacerte muy dichosa. Y en cuanto a él, ¿cómo no enviarle, al mismo tiempo que a tí, mi fervorosa enhorabuena por su acierto al elegirte? Formáis una pareja encantadora, envidiable, rebotando salud y simpatía, hasta el punto de que no habrá muchos matrimonios eugénicos más perfectos que el vuestro. Y— aunque no lo repitamos en voz alta—ya sabes tú que, en nuestro siglo, la eugenia se está haciendo más imprescindible que el amor. Pero no divaguemos sobre esto, sin perjuicio para que nos preocupe la pureza de raza de nuestro perrito o de nuestro caballo. . . .

No he podido menos de sonreír ante tu ingenuidad de enamorada, pretendiendo adaptarte a toda prisa las costumbres de Norte América, para lo que quieres comenzar por ofrecer a tu futuro la celebración del *Thanksgiving Day*, el jueves 29 del corriente noviembre, rindiendo culto así a la piadosa tradición, que aquí se sigue fielmente desde hace largos años, de dar gracias a Dios por la providencial aparición de un buque cargado de pavos frente a las playas de Nueva York durante unos horribles días de hambre. Me parece la tuya muy delicada idea, ya que una de las fiestas predilectas de los norteamericanos es ésta del *Thanksgiving*. No hay aquí quien no la conmemore, alegremente, previo el ineludible sacrificio de un succulento pavo.

El adorno de la mesa constituye en ese día una obsesión, y, como me pides que te indique alguno para la tuya, voy a complacerte. Para ello he visitado, en compañía de nuestra buena amiga Mabel Harvey, diversas exposiciones de los grandes bazares del Broadway, que nos sugestionaron, impidiéndonos casi el elegir, a fuerza de abundancia y variedad. No obstante, a tres distintos adornos quiero referirme.

Una de las mesas, quizá la más bonita y la más suntuosa desde luego, se adornó en estilo Imperio. Sobre el mantel de hilo y de encaje se colocó un gran centro de flores sostenido por cuatro amovibles; a las cabeceras pusieronse candelabros, con delicadas rosas radiantes en vez de las bujías, y, entre los candelabros y el centro de flores, los fruteros, sustituidos por cuatro bomboneras preciosas, completaban el juego, todo de cristal y bronce dorado; la porcelana, de Sevres, blanca y dorada también.

Si prefieres algo menos serio, he aquí otro adorno muy original. Sobre el mantel coloca un gran espejo, y, como surcando éste, una carabela, en miniatura, de los tiempos de Colón, entre candelabros de plata y cristal. La porcelana, procura que sea de Sevres; la cristalería, italiana.

Y, si aun quieres algo más sencillo, decídetes por este otro adorno, que nos encantó: en el centro, sobre el mantel de hilo, liso, un gran búcaro chino, con crisantemos y orquídeas, artísticamente combinados aquéllos con éstas; y, esparcidas por la mesa, en elegante desorden, ramitas de muguete. En el juego de mesa, porcelana china y porcelana francesa en sugestivo contraste.

También se adornan mucho las mesas, actualmente, con lo que aquí se llama *flat-bowl*, que es algo así como un gran tazón redondo y no muy alto, lleno de agua, en cuya superficie nadan pequeños nenúfares, muy separados unos de otros.

Pero, basta de mesas, y pasemos a otro asunto.

Tanto Mabel como yo sentimos mucho que no puedas venir a Nueva York antes de casarte. ¡Hallarías aquí tantas cosas deliciosas para completar tu *ajuar de novia*! También, por lo que a mí personalmente se refiere, me pesa anticipadamente no asistir a tu boda; pero ya conoces las costumbres de Papá, muy respetables por cierto, de que la familia se encuentre reunida en las fiestas de *Christmas*. De otro modo me tendrías a tu lado en esa alegre ciudad de la Habana, que tanto me seduce, y a la que con tanto placer recuerdo siempre.

La tuya sería la quinta de las bodas a que hubiera asistido en este año, pues aquí presencié las de otras cuatro amigas mías, todas ellas de la mejor sociedad de Nueva York. Por cierto que, observadora siempre, pude notar que dichas novias resucitaron de nuevo el raso en el vestido de la solemne

ceremonia de la boda. Adelaida Flint llevaba una primorosa *toilette* de raso, adornada con perlas y encajes antiguos. El velo era también de encaje antiguo, y lo ostentaba como manto de corte.

Marian Van Rennselaer vestía de raso blanco, y el velo, también de encaje antiguo, caía en suaves cascadas, sujeto a los lados de una linda gorrita de encaje, a la que rodeaba una corona de flores de azahar. Y no puedes imaginarte nada más encantador que el tocado de Marian, cuyo rostro adquiría la más ideal pureza.

De raso blanco, con tul de plata y perlas, era el vestido que llevó para casarse Helen Hun. Y de raso blanco era, por último, el suntuoso traje de novia de Nora McAdoo, que se ha casado con el Secretario de la Embajada Rusa en Washington. Nora se envolvía en un regio manto de corte, sobre el que flotaba un largo velo de tul, sujeto por una gran diadema de perlas.

En la boda de Adelaida Flint llamó mi atención el vestido de la dama de honor de la novia, que lo fué su prima Marie Tailer. Llevaba ésta un magnífico traje de raso azul pastel, con sobrefalda más oscura, y cola postiza, color de oro.

¿Cómo será, Nena, tu vestido de novia? Ya puedes apresurarte a describírmelo, pues de sobra sabes mi curiosidad en cuestión de trajes.

Mabel y yo discutimos a todas horas sobre cuál habrá de ser nuestro regalo para tí, y, buscándolo, recorremos las tiendas, donde tantas cosas nuevas atraen nuestra atención. Yo, esclava de la moda, me peleo con Mabel a cada rato, y ella, siempre sensata, me abruma con sus razonamientos. . . . Ella me asegura, con muy buen sentido, que no es más elegante la mujer que más gasta en vestir, ni la que se pone todas las extravagancias que la moda inventa, sino la que sabe adaptar la moda a su tipo y sólo usa aquello que más le favorece.

Este acierto extraordinario en la elección de formas y de colores, en vestidos y en sombreros, y la minuciosidad que pone en todos los pequeños detalles, es lo que la hace aparecer a ella siempre tan extremadamente distinguida. Me asegura que antes que tener tres trajes baratos y corrientes, prefiere tener uno caro y bien cortado; y su mayor preocupación consiste en ir siempre primorosamente calzada y con guantes impecables.

Aunque Papá piensa regalarte una joya a tu elección, como yo no me conformo con este presente familiar, necesito comprarte algo de mi bolsillo propio y, contagiada con el afán práctico de Mabel, no se me ocurre pensar en ninguna chuchería.

—¿Podrían gustarle a Nena unos lindos camisones de crepé de China, rosado?—le pregunté a Mabel.

—Seguramente—me contestó, sin el menor asombro.—Pero no como regalo de una amiga. No es lo más a propósito.

—¿Por qué no, si están ahora muy en boga, y con Nena tengo sobrada confianza?—insistí.

—Porque, aun siendo así, es de suponer que ya Nena, por su cuenta, tendrá en su canastilla, no sólo camisones, sino profusión de toda clase de prendas interiores, seguramente de seda y en colores pálidos.

Comprendí que así sería, y me callé. Pero decidida a enviarte algo muy útil, he acabado por hallarlo. Te asombrará, pues, recibir una enorme caja, que contiene lo siguiente:

Un sombrero grande, de terciopelo morado, que es ahora el color que predomina.

Un precioso *sweater* de seda, morado también, de última novedad, con cinturón en lugar de banda, y con gran cuello capucha.

Una falda de sarga blanca, bastante corta, aunque un poquito menos que en la pasada estación, y con ese amplio vuelo característico de las *girls* neoyorkinas.

Unas botas blancas, de cabritilla, muy altas, pero con poco tacón. (Perdóname, querida Nena, pues las botas altas con tacón exagerado, según me afirma Mabel, no son insignia de una dama de buen gusto.)

Y, finalmente, un bolso oriental, de cuentas de colores, con una rosa de oro en el centro. . . .

Así ataviada, completamente a lo norteamericana, no podrás menos de acordarte de mí, cuando por la mañana, antes de almorzar, recorras las tiendas de la calle del Obispo, o las de San Rafael. Tu esposo estará, seguramente, de acuerdo conmigo en que de este modo resultas aún más adorable. ¡Qué envidia le van a tener los de la Acera del Louvre!

Mientras Mabel busca qué ofrecerte, yo, libre al fin de lo que para mí ha constituido casi una pesadilla, me entretengo en ver las novedades, más o menos aceptables, que los comerciantes lanzan al mercado.

Una de las más extravagantes es la de los velos del sombrero. Los hay de dos clases. Y llámanse unos *delantales* y *pañuelos* los otros.

El *velo-delantal* tiene poco más de un metro de largo, y es de anchura suficiente para llevarlo con sombreros de tamaño grande. Se coloca por delante del sombrero, preñándolo a los lados, y dejándolo colgar de los hombros.

El *velo-pañuelo* es cuadrado, y, aunque se coloca de diversos modos, el más aceptable (si es que hay alguno) es el de cubrir con él la copa del sombrero, dejando que dos puntas caigan graciosamente sobre el rostro, y las otras dos por detrás.

Los cuellos blancos siguen en boga, siendo ya de rigor los altos, con chorrera, que hicieron su aparición en los últimos meses. Delicioso resulta este cuello cuando el aire levanta la chorrera de encaje, dejando ver el busto desnudo, por el descote de la blusa. Y más delicioso aun ha de resultar, en los días de frío, llevar la garganta resguardada de la baja temperatura. Aunque ésta nunca suele preocupar a las neoyorkinas, que en invierno se descotan, y en verano se arropan con pieles. . . .

Bien es verdad que, por lo que con el invierno se relaciona, no es difícil preservarse aquí de los efectos del frío, ya que la más confortable calefacción se encuentra siempre en todas partes: en nuestras casas, en los teatros, en las iglesias, en los tranvías, en las estaciones, ¡hasta en las calles! La calefacción de los edificios se efectúa, por lo general, con múltiples radiadores y una verdadera red de tubos de aire caliente por todas las habitaciones. En las casas pequeñas, especialmente en el campo, los radiadores se substituyen por un sencillo sistema basado en un gran horno de carbón que reparte el aire caliente a las diversas habitaciones que lo necesiten.

También se emplean, aunque en menor escala, los calentadores eléctricos o de gas.

Lo que en ninguna parte se ve son aquellos famosos braseros, que aun se utilizan en España, y que tanto perjudica a la salud, aparte de lo deficiente de su calefacción.

Al correr de los años, el progreso sigue su nunca interrumpido avance, sorprendiéndonos a cada rato con las más prácticas innovaciones.

Pero basta ya de digresión, y reanudemos esta carta en el punto en que inicié aquélla; esto es, en los descotes que tanto lucen aquí las mujeres.

Los collares continúan gozando del favor de las damas. Algunos son tan largos que, después de dar dos o tres vueltas al cuello, casi llegan al borde de la falda. Pero éstos no se usan más que en casa. Para la calle se llevan unos cortos, como corbatitas de cuentas de fantasía, o de metal, haciendo muchas veces juego con el cinturón, lo que resulta elegantísimo con los trajes de tul.

Cuando esto escribo se me presenta Mabel diciéndome que ya encontró para tí lo que buscaba.

Es un saquito de viaje, tan completo y tan perfecto, que, a todo cuanto pueda necesitarse en el más refinado *boudoir*, une un moderno y maravilloso botiquín de auxilio.

Que no te sea preciso nunca el uso de éste, y mucho menos en tu viaje de boda, y conténtate con el disfrute del saquito, en lo que tiene de frívolo y de seductor.

Son éstos los deseos cordiales de tu entrañable amiga, que espera verte pronto por aquí, y te anticipa el más cariñoso abrazo.

ANA MARIA.





# FLORES DE TALAVERA

JABÓN - LOCIÓN - POLVOS Y EXTRACTO



SON LOS PERFUMES



## MAS ESPAÑOLES





# PAGINAS ARISTOCRATICAS

POR ENRIQUE CASAL (LEÓN-BOYD)

En un despachito muy alegre y bañado todo él por un sol español que da envidia verlo, nos ponemos á escribir esta crónica. Es por la mañana, una mañana clara y limpia y templada; una de estas mañanas de otoño madrileño que son una delicia. A



Srta. María de los Dolores Pérez de Guzmán y San Juan, hija de los duques de T'Serclaes.

través de los balcones estamos viendo la Plaza de Colón con su esbelto monumento al insigne genovés, aventurero y triunfador, á cuyos pies han depositado ramos de flores días pasados todos los niños y niñas de las escuelas municipales, en conmemoración de la fecha histórica y gloriosa del 12 de Octubre, en la que el gran navegante abrió para España un Nuevo Mundo; vemos también la simpática Castellana animadísima y concurrida, en la que bullen cientos de gentiles damiselas que se saludan y se encuentran después del veraneo; vemos cómo los árboles, á la suave brisa del viento, van despojándose de sus vestiduras de hojas, y aspiramos, en fin, esta aura de la mañana que es salud y que es vida.

Pero al rato abandonamos el balcón para ponernos á escribir. Tenemos que contarte, lectora, unas cuantas cosas y nos sentamos ante nuestra mesa y comenzamos á llenar cuartillas y cuartillas. Hay que decirte que Madrid se va animando, que el bullicio madrileño va volviendo, que los teatros han abierto sus puertas, que los paseos van siendo ya los paseos de nuestro Madrid, y que la vida de sociedad empieza á renacer. No quiere esto decir que la villa y corte esté ya en su «completo». Hay muchas familias todavía en sus casas de campo que gustan de pasar en ellas el otoño encantador español, que tanto gusta á los extranjeros.

—De España... el otoño—decía un Embajador de Inglaterra que dejó en este Madrid grato recuerdo.

Y el diplomático ilustre no estaba falto de razón. El otoño es algo así como el renacer de la vida, el despertar de un sueño, el resurgir después de un letargo... Los Casinos se van viendo concurridos, comienzan los *five ó clock tea*, ó mejor aún, los *tes de las cinco*, si lo hemos de decir en español; se han inaugurado las carreras de otoño en el Hipódromo de la Castellana y han comenzado las reuniones del Ritz y del Palace con mucha animación, amenizadas, además de por una charla en la que al lado de notas de interés puede haber otras de *flirt*, por las músicas de Boldi y de Berki—dos magos del violín y dos reyes del ritmo.—Todo hace que vayamos rehaciendo nuestra vida madrileña, que ratos tan felices nos proporciona.

Y llegaron—y pasaron también—las primeras recepciones sociales: la de la fiesta del Rosario, la de la mística Doctora—Santa Teresa—, la de la Virgen del Pilar, y en algunos salones se cambiaron ya los primeros saludos. Pero aún hay que esperar. Hay que esperar á que lleguen esas noches de turno segundo en el Real y esos miércoles de la Princesa, y esos días de fiestas ó

comidas elegantes en este Palacio ó en aquella Embajada ó Legación. Entonces podremos decir que la «season» ha comenzado.

Mientras tanto, el tema de las bodas—¡amor, eterno amor!—es el que más pronto asoma á los puntos de nuestra pluma.

Se anuncian muchas: la del joven duque de Hornachuelos con una hija de los marqueses de Cubas; la del Primogénito de estos mismos marqueses con la señorita de Escauriaza, de distinguida familia bilbaina; la de D. Pedro Calderón y Mérida, primogénito de los marqueses de Algara de Gres, con la señorita Josefina Sobrino; la de la duquesita de Algete—hija de los condes de la Corzana—con el joven marqués de Castrillo y de Vallecerrato... Mas como no hemos de quedarnos en las que se anuncian, sino que también pone agrado en nuestro espíritu las que se han celebrado, digamos que en la Iglesia del Buen Suceso—hecha un verjel—ha tenido lugar el enlace de Paquita Miranda, la encantadora hija del exministro de Marina, D. Augusto, con D. Enrique de Orbe; y que en la de los Jesuitas, de San Sebastián, se ha celebrado el matrimonio de María de los Dolores Pérez de Guzmán y San Juan, hija de los duques de T'Serclaes, con el Sr. D. Fernando Ramírez de Haro y Alvarez de Toledo, primogénito de los condes de Bornos y de Villariezo.

No es mal principio de «season» comenzar reseñando bodas. Ahora, lo que nosotros deseamos, es que estos nuevos esposos sean muy felices.

Una nota simpática hemos también de recoger en esta crónica: la nota de unas bodas de plata celebradas por los marqueses de Torrelaguna. El simpático matrimonio ha querido festejar este «suceso» familiar. Y en su casa-palacio de la calle de Alcalá, tuvieron un banquete—una comida, decían modestamente los anfitriones—al que invitaron tan sólo á sus hermanas y sobrinos, con las únicas excepciones del presidente del Consejo, de la señora de Dato y del ministro



Sra. D.ª María de Lourdes del Alcázar y Mitjans de Silvela.

de Gracia y Justicia, Sr. Burgos, que, si no unidos á los Torrelagunas por los vínculos de la sangre, lo están, y mucho, por los íntimos del afecto.

¡Veinticinco años de casados! ¡Cuántos y cuántos recuerdos se rememoraron en esa fecha! ¡Cuántas cosas se recordaron en esa noche!

—Lo peor es—decía el marqués—que no nos acompañan todos los que presenciaron el matrimonio.

Pero para todos aquellos seres ausentes por la muerte hubo un recuerdo de devoción y de cariño.

Se sirvió un espléndido *menú*; luego los inimitables Boldi dejaron escuchar sus rítmicos acordes y en el salón hubo unos bailes; pero no los de moda, sino aquellos que se bailaban en los tiempos en que los marqueses de Torrelaguna recibieron la bendición nupcial: vals, rigodones, lanceros...

—Ea, señores, ahora á esperar las bodas de oro. Otros veinticinco años pasan pronto.

—¡Dios sobre todo!—exclamó la marquesa—. Ojalá podamos volvernos á ver en este sitio todos los reunidos. Y como recuerdo de la fecha feliz, obsequiaron á los



Srta. María Francisca Miranda.

Fot. Kaulak.

matrimonios reunidos con unas preciosas bandejas de plata con el escudo y la fecha admirablemente grabados.

Por la mañana, costearon en el templo de San Jerónimo una gran función religiosa en acción de gracias.

Agreguemos también que estos días se ve muy concurrido el Real Club de la Puerta de Hierro. Sitio tan elegante y pintoresco es ahora lugar de reunión de muchas personas *chic* que allí acuden desde por la mañana almorzando en el bello *chalet*. Y luego del almuerzo y de presenciar unos partidos, allí mismo tómate el té para volver á Madrid en esas puestas de sol, verdaderamente encantadoras del otoño.

Se habla de unos abonos aristocráticos, que han de ser brillantísimos; se habla de unos cuantos proyectos para la «season» que va á comenzar, pero ello lo detallaremos en crónica próxima; por hoy no consignaremos sino una boda que se verificará en plazo breve, aparte de las ya mencionadas: la del ilustre duque de Lerma, senador por derecho propio, grande de España, hijo de los difuntos duques de Medinaceli—Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas—con la bella señorita María Luisa Bahía, hija del senador D. Luis. Los novios han recibido grandes regalos.

Y con las fotografías de estas novias bellísimas con que se ilustran hoy estas páginas de la PICTORIAL tenemos el honor de publicar ese bello retrato de esa bellísima Sra. de Silvela (D. Felipe), inaugurando—por decirlo así—lo que pudiéramos llamar «galería de casaditas aristocráticas». Es esta señora de Silvela aquella señorita Sonsoles del Alcázar y Mitjans, hija de la condesa viuda de Crecente, de gentil figura y rostro de serena y dulce belleza. ¿No es PICTORIAL una revista del hogar? Bien, entonces, que publiquemos estas fotografías de estas damitas que hoy presiden sus felices hogares y que están todavía—y quiera Dios que por mucho tiempo—en una plena luna de miel.

Y basta ya. Basta ya con la nota alegre de unos nacimientos. La Marquesa de Bondad Real, la señora de García Loygorri (D. Angel), la de Mora (D. Alejandro), hermana política del marqués de Casa Riera; la del diputado D. Eugenio Barroso, la de García de la Rasilla (D. Luis), diputado también; la de Alonso Sañudo y la de Ussia—Blanca Molins—han dado á luz felizmente unas hermosas niñas.

Por esta vez... hemos estado en baja. Es decir, por esta vez... y por todas, porque donde se presente una mujer... Siempre habrá que decir que nace una flor.

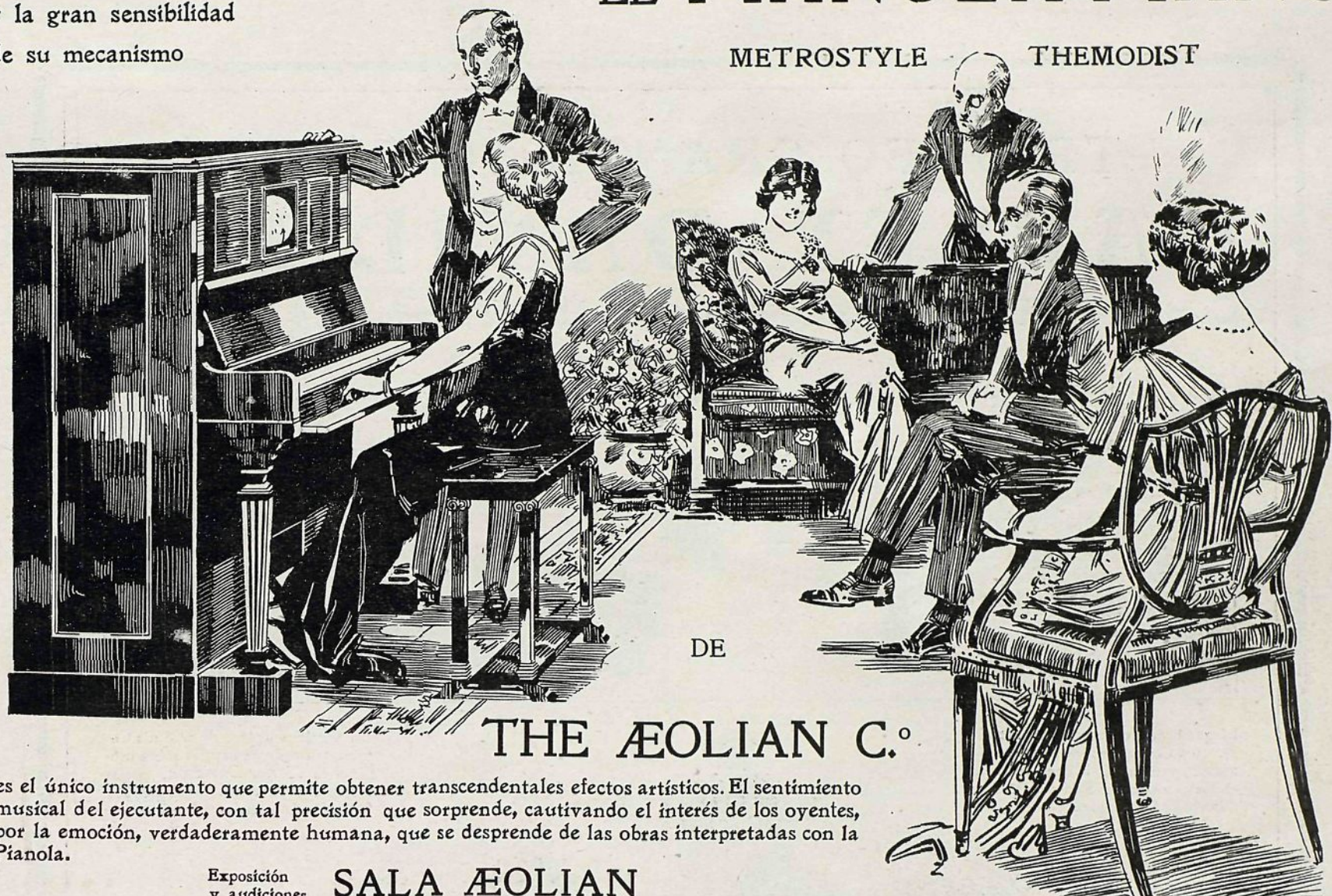


Por la sencillez de su manejo,  
y la gran sensibilidad  
de su mecanismo

# EL PIANOLA-PIANO

METROSTYLE

THEMODIST



DE

THE ÆOLIAN C.º

es el único instrumento que permite obtener transcendentales efectos artísticos. El sentimiento musical del ejecutante, con tal precisión que sorprende, cautivando el interés de los oyentes, por la emoción, verdaderamente humana, que se desprende de las obras interpretadas con la Pianola.

Exposición  
y audiciones

**SALA ÆOLIAN**

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 24 (Gran Vía)

Pedid catálogo "P."  
y visitad nuestros salones.

Agencia en Barcelona:  
P. IZABAL  
Paseo de Gracia, 35.

## AVISO

Si desea Vd. suscribirse á PICTORIAL REVIEW por todo el año próximo, hágalo ahora y se ahorrará TRES PESETAS en el importe de la suscripción y además recibirá gratis todos los números que se publiquen hasta final del corriente año y el publicado en Octubre último.

Precio especial para estas suscripciones de quince meses:

**12 pesetas en toda España**  
(menos de una peseta al mes)

Desde primero de Enero, debido á las circunstancias actuales, su precio se elevará á 15 pesetas al año y 1,50 pesetas el número suelto.

**S. A. SMART**

ALCALÁ, 48. — MADRID

APARTADO 684

TELÉFONO 5172

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

S. A. SMART.—ALCALÁ, 48

MADRID

APARTADO 684

TELÉFONO 5172

D. ....  
de .....  
desea suscribirse á PICTORIAL REVIEW durante el año 1918 y recibir gratis los números que se publiquen hasta final del corriente año y el publicado en Octubre, á cuyo fin les envío por ..... pesetas 12.



A todos los niños elegantes de mi colegio les hacen sus mamás los trajes con los patrones que venden en PICTORIAL REVIEW Alcalá, 48. = Madrid

**LA SASTRERIA DE**  
**Juan Inchausti**

se ha trasladado,  
de Alcalá, 12, á  
la Avenida del  
Conde de Peñal-  
ver, 24, donde ha  
inaugurado una  
sección de trajes  
de señora.

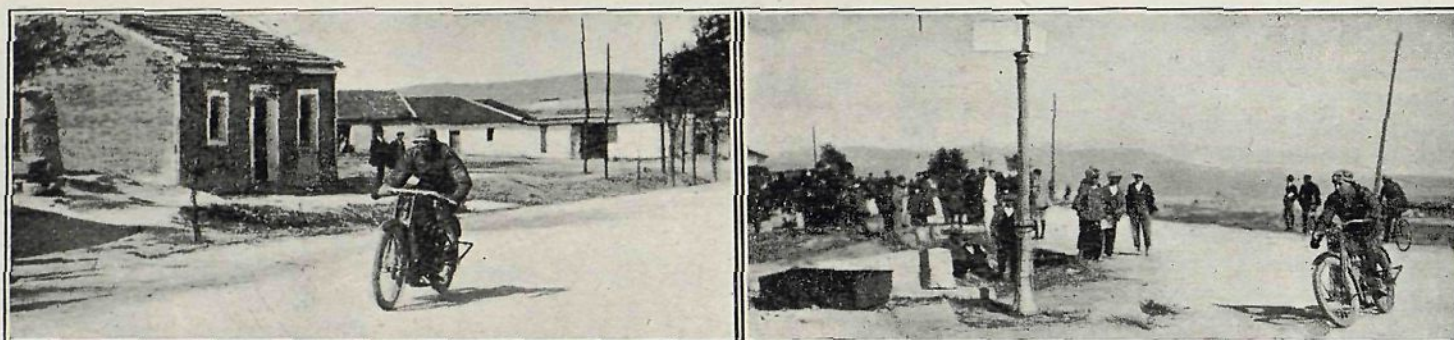
LOS MEJORES MODELOS  
DE PARIS Y LONDRES



# TRIUNFO GRANDIOSO DE LA HARLEY-DAVIDSON

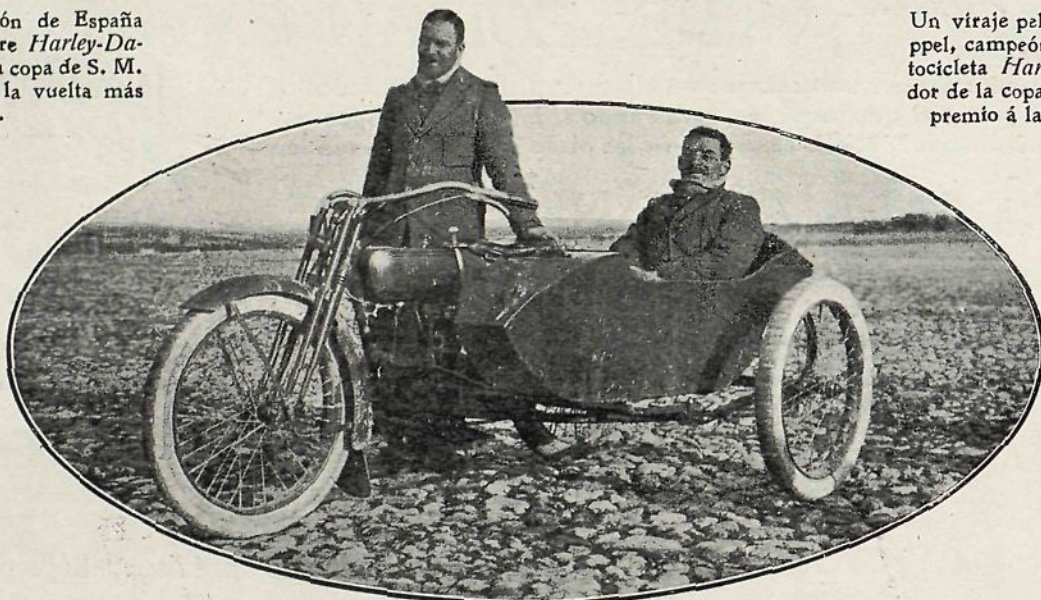
Campeonato Español de motocicletas de 1917, celebrado el 14 de Octubre.

512 kilómetros (10 vueltas al circuito de Galapagar).



Llegada del campeón de España D. Luis Coppel, sobre *Harley-Davidson*, ganador de la copa de S. M. el Rey, y premio á la vuelta más rápida.

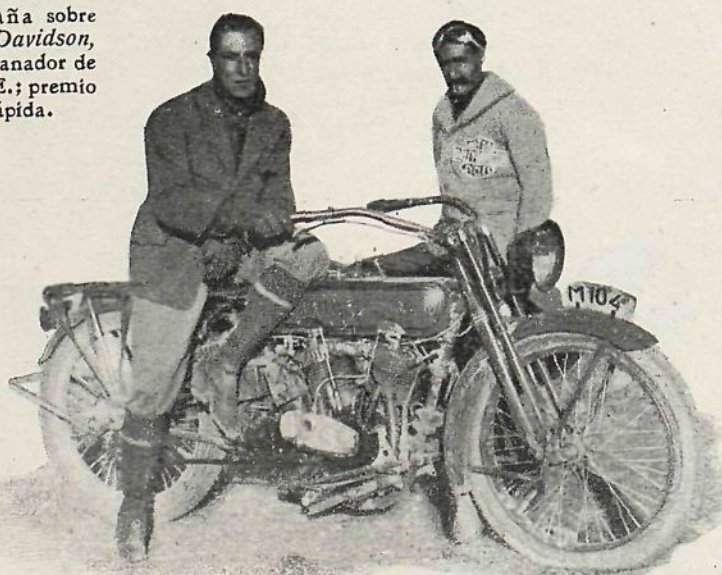
Un viraje peligroso de D. Luis Coppel, campeón de España sobre motocicleta *Harley-Davidson*, ganador de la copa de S. M. el Rey, y premio á la vuelta más rápida.



El campeón de España sobre moto sidecar *Harley-Davidson*, D. Miguel Lliviria, ganador de la copa del R. M. C. E.; premio á la vuelta más rápida.



Segundo en el Campeonato de España, D. Oscar Leblanc, sobre *Harley-Davidson*, ganador de una medalla de oro del R. M. C. E. y objeto de arte de D. Marcelo Beltrán.



D. José Alvarez, tercero en la categoría de sidecar sobre *Harley-Davidson*, gana medalla vermeil, premio Coppel y copa regularidad.

Representante general para España: J. A. DE LANDALUCE  
ALCALÁ, 99. — Teléfono S-887. — MADRID



# Preparación para el Matrimonio y Educación de la Mujer

Por  
Lirio del Valle (cubana)

DE LAS instituciones sociales tal vez no haya otra de tanta trascendencia e importancia como la del matrimonio, base firme de la familia y de las sociedades perfectamente organizadas.

Pero si tal es su importancia, tanto más lo son las condiciones que han de reunir las personas unidas por esa cadena, que se nos antoja de flores o de hierro según los resultados que de ella se deriven, siendo la mujer la que debe aportar mayor caudal de preparación a ese efecto.

El hombre, por regla general, trae al matrimonio un sin número de pequeños defectos, que toca a la mujer corregir con aquel tacto, discreción y dulzura de que Dios la ha dotado en grandes dosis y que constituyen su principal encanto, y si es verdad que, antes de verificarse el matrimonio, tiene la mujer tiempo y libertad para aceptar o no a un hombre como esposo, una vez verificado el enlace debe colocarse en terreno firme, con ánimo resuelto a cumplir todos y cada uno de los sagrados y nobles deberes que ha contraído, apoyándose en el amor, cariño y aprecio que le inspiren las buenas cualidades del esposo, y pasando, como entre ascuas, los defectos que en él hallare.

Para llegar a este punto es necesario que las jóvenes se acostumbren a no esperar por esposos a semidioses ni a príncipes encantados, pues estas ilusiones desvanecidas bien pronto por la realidad de la vida, traerían aparejado un trastorno moral tan importante que tal vez se necesitaría toda una vida para reponerse de él.

Las múltiples necesidades y exigencias de la vida conyugal no deben de ser un secreto para la joven próxima a enlazar su vida a la del hombre escogido por su corazón, y solamente así, aceptado el matrimonio con todas sus consecuencias, sin exageradas ilusiones, podrá dar los resultados que de él esperan y necesitan las sociedades modernas.

El matrimonio, considerado civilmente, es una sociedad en que cada miembro tiene su deber que llenar, y en la que la tolerancia y respeto mutuo constituyen la base más sólida. Conocidas y practicadas por cada cónyuge sus respectivas obligaciones, y tratando cada cual de corresponder al amor, consideración y confianza del otro, no hay temor de que esta sociedad naufrague cuando soplen los vendavales de la vida.

Toca a las madres de familia formar en las imaginaciones juveniles de sus hijas, la verdadera idea de lo que debe ser el matrimonio para ellas, y no han de perdonar medio alguno para que, prácticamente, aprendan con el ejemplo de los matrimonios modelos que puedan hallar entre sus amistades, lo que ellas han de ser el día de mañana.

Existe en muchas madres cierto escepticismo, o por lo menos, indiferencia, en aclarar a sus hijas estos asuntos importantísimos de su vida, y es aquí precisamente en donde están el error y el peligro de que esas imaginaciones se extravíen, en el cambio de ideas, con otras imaginaciones tan inexpertas e ignorantes de la vida como ellas.

La madre debe ser la mejor maestra que para el caso ha de tener la mujer.

Pero como, desgraciadamente, muchas jóvenes carecen de madres que puedan aconsejarlas y dirigirles por el verdadero camino trazado por Dios y la sociedad a la mujer, y en otros muchos casos resulta que las mismas madres necesitan dirección, creo que esta necesidad estaría remediada en lo posible, por el establecimiento oficial de escuelas especiales, donde aprendieran las jóvenes los deberes que habrán de llenar en el hogar como esposas y como madres.

Los estudios y enseñanzas llevados a la práctica, hasta donde sea posible durante concurso en estas escuelas, bastarían para llevar a miles de hogares,

disposiciones que, a más de afianzar la paz y el orden en ellos, arrojarían de los mismos muchas enfermedades y miserias, haciendo de este modo a la mujer, auxiliar poderoso de la Sanidad, ya que muchas veces se burlan los preceptos de ella por pura ignorancia.

Y para concluir diré, que la mejor fórmula que encuentro como preparación de la mujer para el matrimonio es la siguiente: desprendimiento de todo egoísmo y dedicación constante a hacer hermosa y risueña la vida del esposo y de los hijos.

HASTA época bastante reciente la vida de la mujer que carecía de medios de fortuna, dependía directa y estrechamente de las ventajas o inconvenientes que pudiera ofrecerle el matrimonio, al cual procuraban los padres llegarán sus hijas tan pronto como su edad lo permitía. La mujer que no lograba casarse, se veía obligada a ganarse la vida al pie de una máquina de coser, que le robaba prematuramente la juventud y la vida, o tenía que depender de algún miembro de la familia, que no siempre era para ella una verdadera protección.

Sin duda alguna, era esto todo lo que podía esperar la mujer en las circunstancias que atravesaba la sociedad, y a primera vista parece que era razonable que la única preocupación de los padres fuese casar a sus hijas.

Pero llegando al seno de las familias, sondeando en el corazón de aquellas sociedades, pronto nos convenceremos del fatal error que a ellas asistía y del concepto humillante a que sometían a la mujer.

¿Pues qué? ... no es la mujer apta para el trabajo? ¿No está la mujer

dotada, al igual del hombre, de inteligencia y de actividad suficiente para proporcionarse por sí misma los medios de subsistencia? ¿No existe en la mujer el pudor y el sentimiento de dignidad que la defiendan si es necesario contra desalmadas pretensiones? ¿Por qué, entonces, colocarla al nivel de un hermoso adorno del hogar, o de una ama de cría, o de un bello caballo que se cuida en la cuadra para que sirva mejor a su amo, o a un ser, en fin, privado de toda capacidad moral e intelectual?

El avance de la sociedad moderna ha barrido en las naciones más civilizadas las preocupaciones y costumbres de antaño, y hoy vemos a la mujer en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etc., compartir el trabajo con el hombre, aliviando, de esta manera, las mil necesidades del hogar y sin servir de carga ni de esclava como en épocas anteriores.

La mujer moderna ha comprendido y se ha dado cuenta de que las facultades de que Dios la ha dotado le permiten hacer frente a la vida, apoyándose en el trabajo, fuente inagotable de infinitos bienes.

De este modo, conserva su libertad de acción tan perfectamente que ya para ella no es el matrimonio una necesidad material sino una exigencia del espíritu, y he aquí como se eleva y dignifica el matrimonio así considerado.

La educación que reciba la mujer será tanto más perfecta cuanto mejor la ponga en condiciones de proveer por ella misma a sus necesidades y auxiliar a los que la rodean; una educación en la que entren conocimientos heterogéneos, una educación, en fin, que sin descuidar la preparación especial que ha de llevar al matrimonio para su actuación en el hogar, pueda ofrecerle en un momento dados amplios y serenos horizontes.

La mujer, así preparada para la lucha de la vida, no será la nave que boga sin rumbo, sin brújula ni timón a merced de las olas, sino la firme roca donde se afianzarán la dignidad de la familia y de la sociedad entera.

Entre las ocupaciones a que puede dedicar la mujer sus actividades se halla la noble y hermosa tarea del magisterio, a la que tan bien se ajustan sus cualidades de dulzura y de paciencia.

A más del magisterio, en el cual brillan miles de miles de inteligencias femeninas, se encuentran otras ocupaciones como la taquigrafía, mecanografía, distintas industrias propias del sexo, oficinas particulares y comerciales, etc., que a menudo proporcionan el bienestar de la mujer y a toda una familia.

Siguiendo un orden eminentemente intelectual, nos encontramos con centenares de mujeres que acuden a las universidades en busca de un título que las faculte para ejercer distintas profesiones, y no está lejano el día en que ocuparán un puesto entre los directores del gobierno de sus respectivos países, contando ya con diputados femeninos en el Parlamento de Noruega, con alcaldesas y gobernadoras en algunos Estados de la Unión Americana, y estando en vías de realizarse la concesión del voto femenino en Inglaterra y en los Estados Unidos de Norte América.

Todo esto es perfectamente compatible con sus facultades, y cumplidamente realizable. Si alguna objeción hubiere sobre ello, sólo diré que creo, que donde no pueda llevarse a cabo esta reforma, será simplemente por defectos atávicos del sexo masculino y por poca preparación de la mujer, defectos que el tiempo, el ejemplo y la sucesión de los hechos harán desaparecer.

El celebrar el advenimiento de esta renovación de las costumbres en favor de la mujer, no expresa el deseo de que se truequen los papeles correspondientes a cada sexo en este mundo, sino que cada cual ocupe el suyo.

## IMPORTANTE

Bajo ninguna circunstancia deben tomarse drogas para adelgazar a menos que las prescriba un médico respetable, pues ocasionan serios males a los órganos digestivos. También deben evitarse los ejercicios violentos para las personas gruesas.

### PARA ADELGAZAR

no hay mejor cosa que nuestras prendas de goma y bandas, por las razones siguientes:

El cuerpo se compone de un 85% de agua y puede reducirse por medio del sudor sin producir efectos perjudiciales como ocurre con las drogas.

Las prendas de goma producen sudor donde se aplican, sin afectar otra parte del cuerpo.

Nuestras prendas de goma son el resultado de años de estudios científicos, y están recomendadas por eminentes médicos y especialistas de belleza.

### Traje para adelgazar

Camisa de goma con mangas cortas . \$12.50  
Calzón corto . \$12.50

Dígame la medida del busto para la camisa y la de la cintura para el calzón.



### Brassiere

La espalda y los tirantes están hechos de coutil fino con adornos de puntilla hamburguesa, y el frente, entre las costuras de debajo del brazo, es de goma roja. Todo lo que se necesita para reducir el busto es usar esta prenda unas cuantas horas todos los días.



Dígame la medida del busto.

Precio \$4.50

### Jubón Eton

Todo hecho de goma roja con excepción de los tirantes. Tiene la misma altura delante y atrás para reducir las carnes desde la cintura hacia arriba.

Dígame la medida del busto.

Precio \$7.50



### Para reducir las caderas

Tenemos esta prenda en almacén en una gran variedad de tamaños. Su largo es de 35 centímetros. Dígame la medida de la cintura y caderas, y si no la tenemos hecha, la haremos especialmente.

Precio \$6.50



### Banda

para reducir la papada. Se usa, como se ve en la ilustración, generalmente de noche. Se hace de goma pura, color rojo.

Precio \$1.00



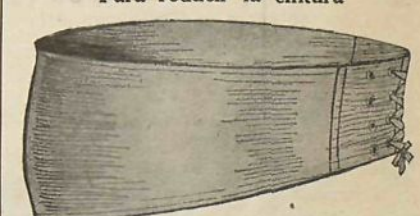
### Banda para la cabeza

Se usa para hacer desaparecer las arrugas de la frente y dejar la piel suave y blanca.

Precio 75 ctvs.



### Para reducir la cintura



Este cinturón se hace de goma pura encarnada, y no solamente sirve para soportar el abdomen sino también para hacer desaparecer el exceso de gordura. Se fabrican en todos los tamaños, para ajustarse delante o atrás. Dese la medida alrededor de la parte más saliente.

Precio \$3.50

Los precios indicados son en oro americano e incluyen gastos de transporte a cualquier país.

Se ruega a los comerciantes nos escriban pidiendo detalles sobre las ventajosas condiciones y precios que ofrecemos para la exportación.

**BAILEY RUBBER CO.**  
22 BOYLSTON ST. BOSTON, MASS., U. S. A.

## Lactancia de los niños

Por A. M. de A.

SOY madre de cuatro hermosos niños y puedo, por mis ideas y experiencia, contestar a esta pregunta de Pictorial Review: ¿Cuál se estima el mejor medio de lactancia para los niños?

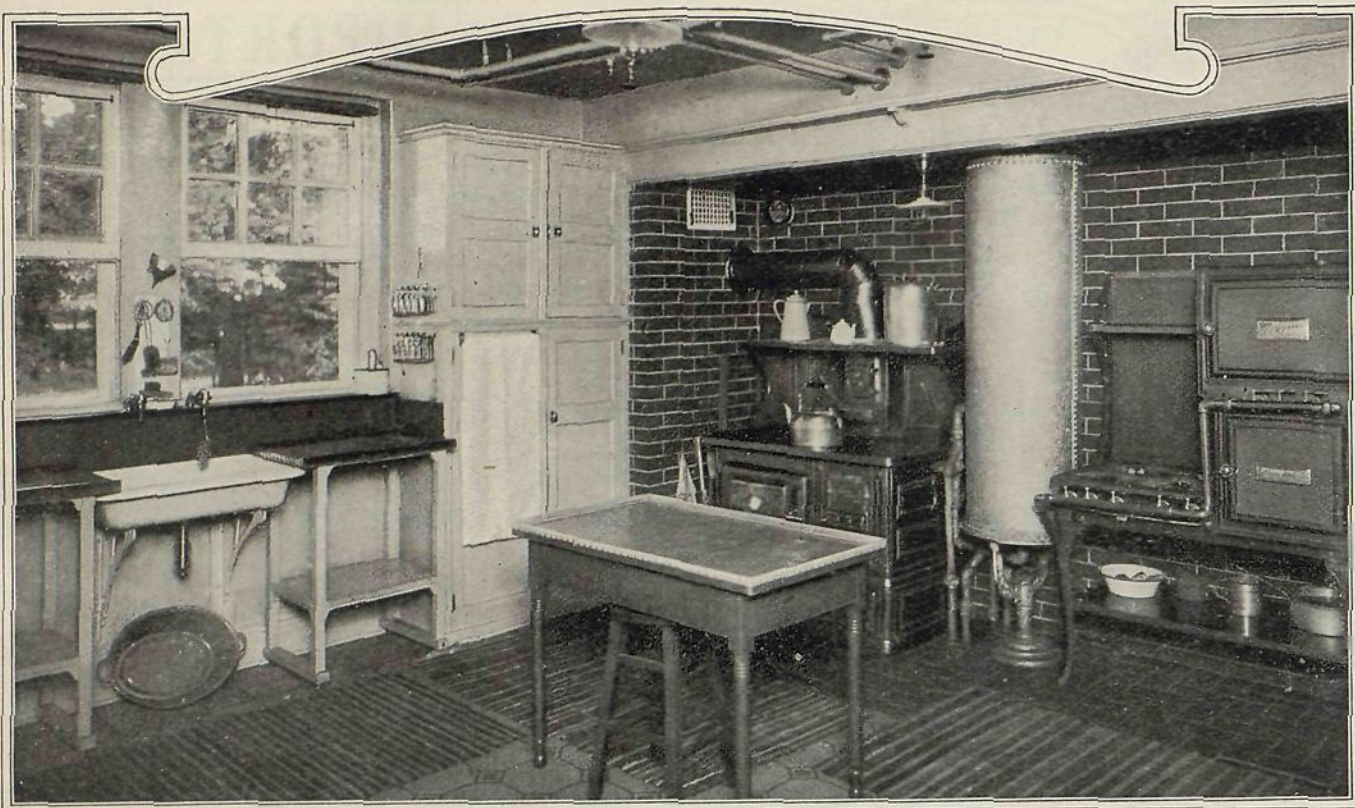
No hay nada mejor como la crianza materna; es lo natural que la madre continúe su obra amamantando a su hijo.

Ninguna madre debería permitir que su hijo se alimentara con otra leche. Sin embargo, conozco casos (y bastantes) que el sentimiento de la maternidad no es bastante para hacerlas desear las caricias y sonrisas de ese angelito, y el dulce balbuceo de sonidos, aun incomprensibles, pareciera menos armonioso que los placeres mundanos. Por supuesto, no me refiero a aquellas madres cuya mala salud las obliga a privarse de esa dicha, y creo que, antes de resolverse a criar a su hijo artificialmente, deberá instruirse leyendo la manera de hacerlo mejor, para que el niño no enferme por falta de las debidas precauciones.

He criado a mis cuatro hijos, y eso, contrariando a mi médico que aseguraba que yo moriría si lo hacía, por ser muy débil; no hice caso a sus predicciones y me dediqué a fortificarme con buenos alimentos y algunos reconstituyentes; crié a mis hijos, que son muy robustos y fuertes, y yo me conservo muy bien.

La naturaleza es sabia en todas sus manifestaciones; todo lo que se haga contrariándola no puede ser bueno, por eso opino que nada iguala a la crianza materna.





## ¿Cómo es la cocina moderna?

La que mejor se ajusta a la eficiencia y comodidad

Por Enriqueta Lacerda

ILUSTRACIONES FOTOGRÁFICAS DE P. R.

**V**ARIAS contestaciones se originan de la pregunta que encabeza este artículo, dependientes todas ellas de las exigencias, condiciones y clase de trabajos que se espera de cada cocina. Lo que no ofrece vacilación alguna es; que una cocina necesita estar acomodada a la mayor eficiencia y a la mayor comodidad para el trabajo que en ella se ejecuta, si ha de conceptuarse como cocina modelo o moderna; pues ambas palabras son sinónimas en este caso concreto.

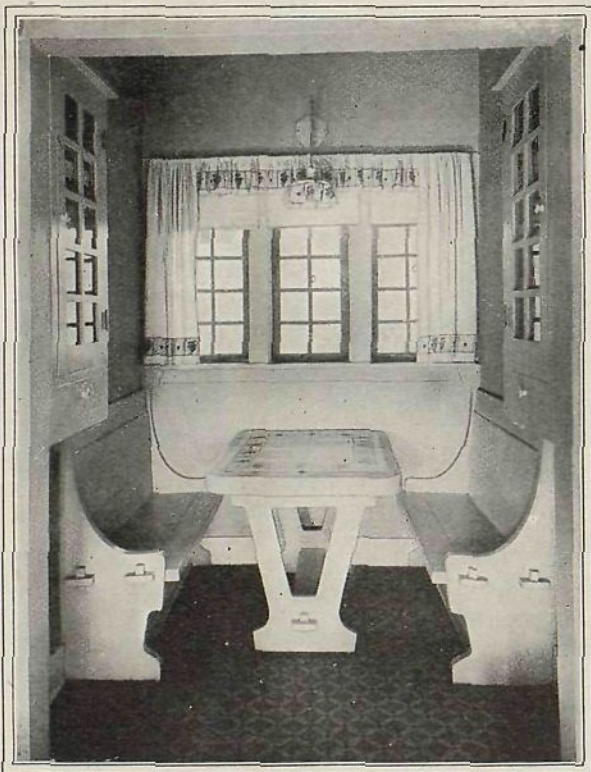
No será cocina modelo cuando deje de acomodarse a todos los gustos y necesidades de la cocinera permanente, o de la señora del hogar que, aun cuando sólo sea ocasionalmente, se preocupe por ofrecer a su familia, o a sus invitados, algún o algunos platos condimentados por ella misma; o bien, que lleve la dirección de ese importante laboratorio casero y, por consecuencia, la obligue a pasarse cierto tiempo en él. En todo caso puede afirmarse que es en la cocina donde debe ponerse un decidido interés hasta convertirla en un lugar higiénico, escurpulosamente aseado, práctico hasta la exageración, y cómodo, muy cómodo, tanto como lo permitan las circunstancias, pues cuanto más a gusto se trabaje en él, más y mejor resultado se obtiene. Además, una cocina alegre inspira alegría y buena voluntad para el esmero en el trabajo, y una cocina limpia contribuye a crear el verdadero apetito que necesita nuestro organismo para digerir y asimilar los alimentos.

Al llegar a los detalles que son precisos para colocar una cocina a la altura de las exigencias que le den el título de modelo, se nos presenta en primer término la materialidad del cocinado con sus tres fundamentales exigencias o distintas operaciones, a saber; la preparación de los alimentos antes de llevarlos al fuego o al horno, los guisos en sí propios, y la presentación o cómo servir cada plato. Con esto tiene que estar enlazada la limpieza de los artículos que vayan a emplearse y el fregado de los cubiertos y vajilla. Así se comprenderá que toda cocina modelo tiene que estar preparada para atender esas operaciones tan variadas con la mayor eficacia y facilidad posibles.

Para atender al primer extremo, empezamos por necesitar un lugar apropiado donde se guarden las provisiones y una mesa donde poderlas preparar. Muchas señoras prefieren un armario, cuya parte inferior o cuerpo bajo esté provisto de una tabla o tablero, sea plegable o acondicionado, para sacarlo hacia fuera del mueble; especie de refrigerador donde se guarden las provisiones al por menor, tales como arroz, garbanzos, especias, azúcar, pastas, conservas, etc. etc. en la parte alta, y el aceite, las patatas, las legumbres y verduras frescas en la parte baja. Dicho tablero ocupa el lugar de la mesa de cocina, economizando espacio y ahorrando muchos pasos inútiles.

Las preferencias están, de todas maneras, en favor de la mesa auxiliar de la cocinera, la cual se coloca entre el fogón y el fregadero. Esta mesa está cubierta de zinc o de hule blanco, teniendo en todo el rededor un borde alto que evite se escurran las grasas o agua hasta el suelo, manchándolo o afeándolo sin necesidad. Sobre esta mesa se realizan todas las preparaciones y limpieza de los alimentos que han de emplearse en las comidas.

Un detalle de comodidad es el asiento, banqueta alta, que permite a la cocinera estar sentada mientras prepara unas salsas o munda unas patatas, sirviéndole, también, para aproximarlo al fregadero o a la cocina de gas, según los casos, considerando que son muchas las horas que tiene que estar de pie y esos pequeños descansos la son



Comedorcito higiénico dentro de la misma cocina

muy necesarios. Ayudan mucho su labor.

Además del fogón corriente o de la cocina económica que tenga la casa, es requisito indispensable otra de gas o eléctrica; y entre ambas, aprovechando el calor de ellas, a más de su debida conexión con la tubería del gas o medio propio de combustión, debe haber un depósito de agua caliente, el cual ahorra a la cocinera mucho tiempo y muchos inconvenientes. —En los edificios modernos ese mismo depósito sirve para surtir de agua caliente a los diferentes baños que se hayan instalados en las inmediaciones de las alcobas. —Esa cocina de gas o eléctrica se emplea durante los meses de calor, pues están provistas de todos los requisitos de una cocina económica, incluso, como es consiguiente, con horno y calienta platos.

La instalación del fregadero es de lo más importante en toda cocina modelo; en ello no debe omitirse detalle alguno, ni en la perfección del estilo, ni en los aditamentos que lo complementan. Los que tienen superficies inclinadas a los lados, con borde alto al frente, a fin de que las aguas escurran para dentro y vayan a caer en el recipiente de los desagües, son los preferibles: sobre esas superficies, especies de mesas de doble tablero, se colocan los platos y cacharros de cocina que se estén fregando, durante los diversos procesos del fregado; el quitarles primero la grasa, el enjabonado, los enjuagues. Hasta sirven para el escurrido del agua que queda adherida después de limpios, haciendo casi innecesario el tenerlos que secar después, o a lo menos, bastante más sencilla y fácil esta operación.

Por supuesto, el fregadero debe instalarse a una altura cómoda que permita a la persona encargada de la limpieza el ejecutar

su trabajo sin esfuerzo mayor, incluso sentada si así lo prefiere.

Otro detalle muy esencial es el del sitio donde tiene que instalarse el fregadero, preferiblemente delante de una ventana, para que recoja toda la mayor cantidad de luz y pueda apreciarse la limpieza, sin miedo a incurrir en faltas imperdonables. Pero no es sólo por la luz, sino que, como el trabajo es de los más desagradables para la mayoría de las criaturas, hay que facilitarles la mayor cantidad de aire puro del exterior, contrarrestando los olores de las grasas; y aun para que las vistas de afuera distraigan los sentidos y proporcionen un aliciente halagador.

Cuanto más cerca esté el fregadero del guardaplatos o estante de la loza y de los colgaderos o perchas de sartenes, cacerolas, rayadores, espumaderas, etc. menos serán los pasos que se tengan que dar en balde. Y si puede arreglarse de forma que esté también inmediato a la despensa y lo más cerca posible del servicio para el comedor, tanto más eficiente será la cocina y tanto más tendrá que agradecerle la cocinera.

Los útiles de la limpieza, como escoba, cepillos, esponjas, jabones, polvos desinfectantes, paños, etc. requieren también un lugar apropiado en la cocina modelo; lugar exento de recoger polvos y suciedades. En ese mismo sitio pueden estar las planchas, tabla del planchado y demás accesorios del caso, si no se dispone de un cuarto especial destinado a este exclusivo objeto.

Ni que decir tiene que la cocina modelo requiere una inteligente instalación de luz eléctrica o de gas, en cuya distribución hay que tener en cuenta que no se prescinda de una luz encima del grifo del agua que surta al fregadero, sin perjuicio de la luz central en la habitación.

Un comedorcito higiénico dentro de la misma cocina es un detalle precioso y utilísimo, sea como servicio para los criados o, en casos de apuros, para familias reducidas que sufren momentáneos contratiempos de falta de criadas.

El cómo tiene que estar arreglada una cocina modelo se desprende de nuestras ilustraciones fotográficas, tomadas de entre las diez mejores que fueron premiadas en un concurso público organizado por la empresa de nuestra revista. Si con estos detalles podemos ayudar también a las señoras de nuestra raza, sirvan de estímulo nuestros mejores deseos.



La cocina debe ser un lugar higiénico, escurpulosamente aseado, práctico hasta la exageración y tan cómodo como lo permitan las circunstancias.



## Salud y Belleza

Por Flora Pemie

**A** MEDIDA que vamos conociendo las costumbres japonesas, especialmente aquellas que guardan relación con las encantadas bellezas de sus mujeres, llenas de encantos y dulzuras, se acrecientan nuestros deseos por arrancarles el secreto de tanta fascinación.

No es fácil analizar la compleja impresión que producen esas morenas bellas, en los blondos viajeros, principalmente. Si les escuchamos con curiosidad, nos hablarán de aquellos ojos negros, dulces, cándidos, inocentes; de aquellos cabellos tan suaves como la seda y tan negros como la noche; de aquel cutis nacarado, casi transparente, como las aguas de un lago en una mañana de junio; de aquellas figuritas, delicadas como niñas, de exquisitos y pequeños pies y manos. Y como complemento, nos dirán que las mujeres japonesas son las mejores educadas del mundo: su máxima constante es sonreír siempre, en aquella isla de las flores.

Esos son los efectos y no puede haber duda de que son muy deseables: vayamos ahora a las causas que los producen. La mujer japonesa no come nunca pan, la carne apenas la prueba; su principal alimento consiste en arroz. Su vida se desarrolla al aire libre la mayor parte del año; y aun cuando metida en su casa, su cuerpo no deja de estar en contacto con el aire más puro.

La mujer japonesa no hace ejercicios violentos; no es aficionada a los dulces; bebe mucho te lo más claro posible; duerme sobre esteras, descansando su cabeza en duros y delgados cojines, o sin cojín alguno: practican mucho el masaje.

Hace que descansen sus manos, dejándolas caer pesadamente sobre su regazo y que permanezcan allí inertes: las tienen después metidas en agua caliente por quince minutos, y en aceite un poco más de templado, tras los cuales se las masajean a pellisquitos para darles formas.

Los artistas que han regresado del Japón nos dicen que la suavidad del cutis de las japonesas puede compararse con las más bellas estatuas de mármol, no dudando se debe esa perfección a la sencillez de sus vidas y de sus gustos, viéndose satisfechas con arroz y pescados, vegetales y frutas: al pan le conceptúan nacido en bárbaras costumbres, alimento inútil y perjudicial para la salud. Con esto me hallo conforme, pues ha llegado a ser axiomático, entre todos los especialistas de belleza, que cuanto menos pan se coma mejor cutis se tiene, ocurriendo lo mismo que con los baños frecuentes.

La mujer japonesa se baña muy frecuentemente en agua templada, huye de los de vapor y agua caliente, y los fríos son desconocidos: los de agua templada, seguidos de fría son los generalizados.

Otro de los mayores cuidados que pone la mujer japonesa para conservar la perfección de su cutis está enlazado con sus prendas de vestir, las cuales las llevan siempre sueltas, no apretadas, porque saben que las prendas ajustadas a una parte del cuerpo impiden o dificultan la buena circulación de la sangre, y de ésta depende grandemente la pureza del cutis.

Podemos, pues decir, que la mujer japonesa vive sujeta al primitivo plan alimenticio, no toma dulces artificiales, mantiene su organismo perfectamente irrigado con la frecuente bebida de líquidos; el te claro sobre todo, pero sin azúcar, limón ni crema: consagra una gran atención al masaje, que consideran una necesidad más que un lujo; y cuida de sus manos inteligentemente, sabiendo que toda mujer debe sacar el mayor partido posible de lo mejor que Dios la haya concedido.

Las mujeres japonesas son famosas por sus bellísimas manos. "Como pálidos lirios oscuros agitándose sobre sedalino regazo," ha dicho un poeta al describirlas. No las ocultan nunca entre encajes, gasas, tules ni sedas, como entre las europeas cuando la moda lo impone, sino que las ofrecen siempre a

plena vista, saliendo de las anchas mangas de sus característicos kimonos. Las introducen en agua caliente dos veces al día y a la inmediata en aceite para suavizar la piel y las uñas. Tras de remojárselas con aceite de cacao, pasan al masaje de pellisquitos, a fin de atraer la sangre a la superficie de la piel, empezándolo desde el codo, para que el brazo se redondee y contribuya a la atracción de las manos.

La serenidad que notamos en todas las facciones de las japonesas se debe al magnífico control que se enseña a todas las niñas, inculcándolas que es brutal el sentir ira y vulgarísimo el demostrarla. La ley dorada del Japón es: "Ocurra lo que quiera, séase agradable," y el peso de una completa obediencia a esta ley recae sobre la mujer. En esto radica la verdadera razón de no haber arrugas en las facciones de las japonesas.

Tras estos apuntes generales, que no son para echarse en saco roto, paso a contestar a una querida amiga, que desea conocer concretamente el remedio de sus males; haciendo pública mis recomendaciones por creer que lo agradecerán otras muchas suscriptoras.

La pregunta se refiere a una crema o loción para el desarrollo del cuello y del pecho, que no sea el aceite de oliva, por el miedo que tiene al amarilleo de la piel, pero que surta el mismo efecto y deje la piel blanca. Mi recomendación es que después del baño, cuando los poros están abiertos y el cuerpo dispuesto a recibir un tratamiento, emplee una de las dos siguientes prescripciones del reputado Dr. M. E. Apíofe:

Lanolina..... 30 gramos  
Aceite de almendras dulces.. 20 gramos  
Tanino..... ½ gramo

Derrítase el aceite y la lanolina al baño-maria, agitando bien la mezcla; échese luego en una vasija de cristal o porcelana y al irse enfriando agréguese el tanino, sin dejar de agitarlo.

100 gramos de pellas  
20 gramos de alcohol  
10 gotas de esencia de romero  
10 gotas de esencia de bergamota  
½ onza de goma de alcanfor en polvo.

Derrítase la pella y agréguese el alcohol. Momento antes de que se endurezca, échese la esencia de romero y de bergamota, agitando todo sin descansar: cuélese antes de usarla.

No es menos apreciable la siguiente fórmula francesa que la emplean bastante las bellas parisinas:

Aceite de almendras dulces. 200 gramos  
Cera virgen..... 100 "  
Tintura de benzoína..... 50 "  
Tanino pulverizado..... 25 "

Esta preparación sirve para masajarla en el pecho antes de acostarse.

No menos interesantes son estas contestaciones de recetas que nos piden. Una Modernista, Buenos Aires.

¿Cómo conseguir la figura ideal de los dedos de las manos?

Contestación: Los dedos cónicos son, por lo general, uno de los preciados dones de la naturaleza, pero se consigue algún resultado con el masaje de presión suave en la parte superior de las uñas, realizado ese masaje con el pulgar y dedo inmediato a éste de la otra mano. El uso constante de dediles especiales, fuertes y de forma cónica, también mejora la figura de los dedos: una hora todos los días es bastante.

Melindrosa, Habana.

Deseo saber de algo bueno y práctico para mis pestañas, que las tengo lacias y pesadas, hasta creerse mis amistades que siempre están hinchadas.

Contestación: Restrieguelas gentilmente, todas las noches con una preparación de

300 granos de manteca fresca de cerdo  
30 granos de bórax  
45 granos de sulfato potásico de aluminio  
15 granos de tanino.

Cúidese mucho de lavárselas bien por la mañana con agua templada.

Es muy bueno también el masaje con los dedos humedecidos en aceite.



## UNA LECCION IMPORTANTE

El cuidado de la dentadura es una de las bases más indispensables para gozar de buena salud. No solamente se hace imperante la necesidad de enseñar al niño a que cuide sus dientes, sino que es importantísima también la selección de un buen dentífrico que los conserve en buen estado, impida las caries y los limpie perfectamente. Por más de 64 años el

## SOZODONT

ha estado a la cabeza de todos los dentífricos, sin haberse presentado otro que lo haya podido ni siquiera igualar. El Sozodont ha obtenido medallas de oro en las Exposiciones de Londres, París y otras ciudades importantes del mundo, siendo altamente recomendado por los Dentistas más famosos.

Comience hoy mismo a usar el Sozodont y haga que su familia lo use también. Nunca es tarde; pero tenga cuidado con las imitaciones, debiendo exigir el verdadero dentífrico. El Sozodont se fabrica en pasta, polvos y líquido.

Escríbase solicitando completa información.

## HALL & RUCKEL

215 Washington Street

Nueva York, E. U. de A.

### PAQUETES DE COMBINACION CONTENIENDO

1 Frasco grande de Líquido  
1 caja de Polvos  
También  
Paquetes individuales con  
Pasta,  
Polvos y Líquido.

Agente directo en  
España

Max Gold  
San Francisco, No. 22  
Santander





## Para lavar platos

Sapolio quita la grasa de los platos fácil y rápidamente—da brillo a los cubiertos, y mantiene los utensilios de cocina limpios y sanitarios.

De venta en las droguerías, almacenes de abarrotes y ferreterías.



**EL JABÓN PARA LIMPIAR**

El genuino está marcado **ENOCH MORGAN'S SONS CO., New York**  
Escribase pidiendo el muy interesante juego "CUBOS SAPOLIO"  
que enviamos GRATIS

## VIVAUDOU'S MAVIS

Paris - Nueva York

LOS EXTRACTOS VIVAUDOU han sido llamados "SINFONIA DE LAS FLORES", porque la Sinfonía de su fragancia floral nunca emite una nota desagradable. Parece muy lejos de toda esperanza que un perfume pudiera sugerir la delicada cadencia del sonido, hasta que el genio maravilloso de Vivaudou creó una fragancia, cuya alma representa una melodía.



**EL TALCO "MAVIS" DE VIVAUDOU**, es de tanta distinción como el envase en el cual va contenido. El polvo es refrescante cuando se usa después del baño, y deja el cuerpo limpio y saludable.

**LOS POLVOS DE CARA "MAVIS" DE VIVAUDOU** son tan refinados como se les podría desear. Van contenidos en envases de color rojo romano, de suma atracción para el mundo femenino.

**EL EXTRACTO "MAVIS" DE VIVAUDOU**, es una deliciosa y exquisita esencia, que ha sido llamada la "SINFONIA DE LAS FLORES". Se encuentra en todos los tocadores de las señoras más distinguidas.

**EL AGUA DE TOCADOR "MAVIS" DE VIVAUDOU** es delicadamente refrescante, siendo muy solicitada por las personas refinadas que saben apreciar las cualidades de una perfumería excelente.

**TIMES BLDG. "VIVAUDOU" NEW YORK**

Por todo el tiempo que dure la guerra europea, las Oficinas Principales de la casa V. Vivaudou han sido trasladadas de París a Nueva York, y con este motivo todas las comunicaciones deberán dirigirse a este último lugar.  
Rogamos encarecidamente a los comerciantes, que se sirvan escribirnos pidiéndonos la detallada información que suministramos con respecto a las condiciones ventajosas de venta de estas preparaciones.

## SU CARA ES HERMOSA

¿Pero su Nariz?



Hoy día es absolutamente necesario que uno se ocupe de su fisonomía si espera ser algo y seguir adelante en esta vida. No solamente debe uno hacer lo posible por ser atractivo para satisfacción propia, que de por sí bien vale los esfuerzos que hagamos, sino que el mundo por regla general juzgará a una persona en gran manera, si no enteramente, por su fisonomía: por tanto, vale la pena "el ser lo mejor parecido posible" en todas ocasiones. NO DEJE QUE LOS DEMAS FORMEN MALA OPINION SUYA POR EL ASPECTO DE SU CARA, pues eso perjudicará su bienestar. De la mala o buena impresión que cause constantemente depende el éxito o el fracaso de su vida. ¿Cuál ha de ser su destino final? Con mi Nuevo Aparato "Trados" (Modelo 22) pueden corregirse ahora las narices defectuosas sin hacer operación quirúrgica, pronto, con seguridad y permanentemente. Es un método agradable y que no interrumpe la ocupación diaria del individuo. Escriba hoy mismo pidiendo un librito gratis, el cual le explicará la manera de corregir

las narices defectuosas sin costarle nada si no da resultados satisfactorios.

### LO QUE ALGUNOS DICEN

La Sta. C. R. dice que, después de haber usado el aparato Trados durante dos semanas ha visto un mejoramiento maravilloso en la conformación de su nariz.  
El Sr. P. R. nos escribe: "Vuestro aparato Trados 22, cumple perfectamente el objeto a que está destinado y estoy muy satisfecho de él y lo recomendaré a mis amigos."  
La Sta. K. W. dice que, está obteniendo buenos resultados y está muy satisfecha del Trados No. 22.  
El Dr. F. D. G. nos escribe que, después de dos semanas de empleo del aparato Trados, lo ha encontrado superior y que lo recomendará a sus clientes.  
El Sr. J. B. Está muy complacido con el Trados, por haber tomado su nariz mejor forma.  
Diríjanse a M. TRILETY, Especialista en defectos de la cara, 295 Ackerman, Binghamton, N. Y., E. U. A.

## Confidencias de amor

(Conclusion)

NOS referíamos en el número anterior a los deberes y atenciones

que corresponden a todo joven en el caso de verse precisado a romper unas relaciones, así como de su comportamiento en la casa de la novia y la devoción que debe guardar a ésta, todo lo cual puede hacerlo, empleando su buen sentido, sin marcada afectación y considerando que la naturalidad es la madre de la verdadera atracción. Con ello, o sea, con la caballerosidad y la galantería se asegura, no sólo el encomio social, sino el estar exento de las censuras que en otro caso destrozarían su reputación.

No es preciso indicar que los jóvenes deben presentarse siempre escrupulosamente vestidos antes sus novias, porque la condición humana parece que lo impone por sí misma; ni aun intentaremos prescribir como deben vestirse, puesto que eso depende de las horas y de los días en que haga sus visitas, tanto como de las circunstancias que concurran, de la estación, de las costumbres y de las exigencias sociales del lugar, la familia y posición social de ambas partes interesadas.

Llegamos al momento de considerar una de las cuestiones más importantes que se presenta a todos los enamorados, la relativa a la duración de las relaciones, que tiene que depender muchísimo del mayor o menor tiempo que ambas partes se hayan conocido, de la familiaridad y frecuencia con que se hayan tratado, de las circunstancias que concurran entre ellos, y de la posición de los padres o independencia de los enamorados.

Si atendiéramos solamente a nuestra manera de ser y pensar, no dudáramos en recomendar que las relaciones amorosas entre personas que se quieren para casarse sean lo más cortas posibles, entre otra infinidad de razones, porque el hombre no está nunca bien asentado en el galápagos o silla de montar de la fortuna, hasta que se casa, necesitando una causa de acción, un designio, una mira y, sobre todo, un hogar como centro de sus esfuerzos.

No se nos oculta que se corren ciertos riesgos en la precipitación por constituir ese nido de afectos tan necesario a la vida, verdadero complemento de ella; pero también ocurre que en la espera demasiado prolongada se pasa lo mejor de la juventud, exponiéndose a que se entibie el calor de los primeros y más puros sentimientos, mientras que un pequeño sacrificio por parte del joven y una pequeña condescendencia por parte de las justas ambiciones paternales y femeninas, pueden asegurar muchos años de amor y felicidad.

Las relaciones largas, relativamente, sólo las aconsejamos cuando las fortunas de ambas partes no recomienden la boda inmediata. El joven, vamos a suponer, tiene que trabajar para labrarse su porvenir y no quiere envolver al objeto de su amor en las naturales privaciones y molestias anexas a esas circunstancias, aunque le conste que ella aceptaría risueña y complacida todas las contrariedades y, por su cariño, se esforzaría en suavizar la situación, compensándole de los desvelos con alientos de esperanza. El amor propio y orgullo de todo hombre pundonoso le prohíbe aceptar ese sacrificio de su adorada. Y no lo reprobamos; por el con-

trario, parécenos muy natural, como también el que los padres, parientes y

amigos de ambas partes no desalienten al joven, sino que procuren y contribuyan con su ayuda directa a facilitar los medios de desenvolvimiento que necesite para seguir tan digno comportamiento. El padre de ella, sobre todo, debe creerle desde entonces como una adición a su familia, y no perdonar esfuerzo alguno en su favor; mientras que la madre debe hacer cuanto está a sus alcances, con esas atenciones que sólo las madres entienden, al objeto de que el aplazamiento de sus aspiraciones amorosas le sea tan llevadero y agradable a su hija como los mandatos divinos.

Avanzando en nuestro camino, tras cortas o largas relaciones, llegamos a la fijación del día venturoso y a las mil exigencias de atender los requisitos preliminares. Cuestión es esta demasiado complicada para fijar reglas generales, si hemos de tener en cuenta la diversidad de criterios, costumbres e imposiciones sociales. Tampoco lo creemos necesario; ni dentro de estas confidencias de amor, máxime cuando ya está ofrecido a todos los lectores contestar las preguntas que quieran hacernos, concernientes al amor y sus derivados, a los usos y costumbres más generalizados por la elegancia, y para el próximo número prometemos una serie de pequeños detalles que nos han pedido varias subscriptoras, y algún que otro curioso lector.

De la primera ojeada se desprende que el hombre es el llamado a fijar el día de la boda, impulsado por su ferviente deseo de allegarse al hogar de sus ilusiones, así como también por ser quien debe atender a la instalación, sufragar infinidad de gastos, prepararse para la pequeña o larga vacación del viaje de boda, y arreglar sus asuntos en forma que no le perjudique a espera de su regreso. Pero, a pesar de todo eso y mucho más que aparece a su favor, en nuestro concepto debe ser la novia la llamada a fijar el día, tomando en consideración que la canastilla de boda requiere más complicada elaboración que todos los problemas masculinos, incluso el de los negocios. Para el hombre, el cambio de estado encierra muy relativa pequeña importancia: para la mujer, es un cambio radical que su espíritu la lleva a entrever envuelto entre gasas, tules, encajes, sedas, lazos y flores: quitarles éstos, y la importancia de su arreglo, fuera tanto como quitarle toda la poesía de su encanto femenino, desgarrar de un tirón los sueños de sus ilusiones y las ilusiones de sus sueños.

Sí, es preferible, es caballeroso, es quizá necesario que la novia fije el día de la boda, el último de su libertad absoluta, de su independencia de carácter, de gustos, de acciones. No se crea por esto que abogo en favor de la tiranía marital; quiero referirme solamente al cambio de estado que exige complacencias y atenciones mutuas para una bien cimentada felicidad. —Yo haría esto o aquello, pero como sé que a mi marido no le agrada, desisto gustosa de ello—. Es el amor quien manda, y el amor no fué nunca demócrata, sino autócrata.

Pero autócrata generoso que solo procura el bien de sus súbditos para su propio bien.

### Interesante

Con el presente artículo da por terminada su misión el querido compañero que se oculta tras Cupido Moderno

Pero, consecuente con la promesa de contestar a todas las subscriptoras que se interesen por uno o varios de los extremos tratados en sus escritos, o deseen aclaraciones y detalles especiales, en los meses de diciembre y enero publicará una recopilación de todas las recibidas, con sus respectivas contestaciones.

La correspondencia debe venir dirigida a

PICTORIAL REVIEW,  
Spanish Edition,  
Para "Cupido Moderno"  
Edificio PICTORIAL REVIEW  
Nueva York, E. U. de A.



## Los frutos del ingenio

Cuento Infantil

EL PRÍNCIPE Bahram de Persia se había distinguido desde pe-

Por A. Roma Portodo

—Coged esa mujer que se niega a reconocer mi grandeza y llevadla y aban-

queño por su impetuosidad, por su bravura y por una extraña habilidad en el manejo del arco y la flecha desde encima del caballo, recreándose la mayor parte de los días en ir tirando a las frutas que hallaba a su paso, entre la admiración y el entusiasmo de los personajes de su acompañamiento.

Uno de los días que paseaba por su grandioso bosque, se le ocurrió salir al valle y descansar sobre el mullido cespéd, a la sombra del más bello grupo de tilos, matizado de flores sonrosadas. Ya, sentado sobre las bordadas mantas de seda que sus servidores extendieron en el suelo, dirigió Bahram la vista a su alrededor y la retuvo en su gran amiga Zaida, la bellísima joven esclava que los padres del príncipe habían colocado a su lado por su clara inteligencia. Bahram la distinguía mucho porque siempre le contaba la verdad, enlazada con curiosas historias y preciosos cuentos, además de admirarla por montar a caballo tan bien como él, manejar el arco con la misma destreza que él, sufrir el frío o el calor sin prorrumpir una queja, y emprender una empresa arriesgada con la misma bravura que un joven. Aquella mañana estaba tan abstraída, tan bella e interesante, fijos los ojos en la distancia y como extraña a la presencia del joven príncipe, que éste la llamó a su lado para preguntarle lo que estaba pensando.

—Miraba aquellas rocas del frente donde el rey Husheng tiró la piedra al dragón y prendió fuego en la yerba con las chispas que brotaron del choque.

—¿Es aquí el lugar?—preguntó el príncipe con interés.

—Sí, señor: y estaba pensando en lo verdaderamente maravilloso que fué no se amedrentara al ver el fuego por primera vez, siendo así que todos sus cortesanos corrieron despavoridos ante tan extraño espectáculo. Mucho debió amar aquel rey a sus súbditos al exponerse cerca del fuego para conocer sus propiedades y aprovecharlas en cosas útiles.

—¿Cómo fué?—preguntó Bahram.

—¿No se acuerda ya que el rey Husheng fué quien enseñó al pueblo a cocer los alimentos? A él se le debe también la forma de tejer y hacerse los vestidos; él fué quien, al acercarse los hombres del otro lado de las montañas, en actitud guerrera, los hizo amigos suyos y les compró libros hechos con la piel de los animales, plumas de aves y tinta del jugo de algunas plantas, con todo lo cual aprendió a leer y a escribir y enseñó al pueblo—.

—No le envidio—, repuso el príncipe sintiéndose altanero.—A quien admiro y pienso seguir es al gran rey Jemshid, el que instruyó al pueblo en el manejo de las armas, ganando con ellas las más ricas sedas para sus vestiduras, construyó el palacio más grande del mundo y llegó a ser el rey más poderoso que registra la historia—.

—Hasta que olvidó su propio origen—replicó Zaida con gesto de desprecio,—y creyéndose un dios pretendía le adorasen sus súbditos, consiguiendo solamente la deportación—.

Bahram no la contestó, pero apretando con rabia los dientes, tomó su arco y dirigió una flecha tan certera que atravesó el delicado tallo de un hermoso penacho de lilas que se destacaba entre sus compañeros a distancia inconcebible. Todos los cortesanos le aclamaron con admiración y asombro, y él, volviéndose hacia Zaida, que permanecía indiferente, la preguntó: —¿podría Husheng haber hecho tan certera puntería?

—La práctica hace maestros—replicó Zaida con calma.

La fría respuesta de la joven sublevó el orgullo del príncipe, para quien las frases elogiadoras de Zaida representaban una necesidad, por ser las únicas que le merecían crédito. Y en un arranque de impetuosidad se levantó, rojo de ira, gritando a sus cortesanos:

donadla en lo más intrincado de la montaña, para que perezca en las garras de las fieras—. Así diciendo, saltó como alocado a su caballo, espoleándole con tal furia que el animal emprendió tan desenfrenado galope que nadie podía seguirle.

Disponíanse los cortesanos a cumplir la orden de su señor, cuando se interpuso el más anciano de ellos ofreciéndose a cumplirla solo, a fin de que los otros pudieran partir en seguimiento del príncipe.

La actitud resignada de la joven, de pie y silenciosa, corréndole las lágrimas por sus nacaradas mejillas pero sin solicitar clemencia, impresionó al cortesano de tal suerte que sólo la condujo al pie de la montaña, donde había una pequeña villa, haciéndola prometer que no saldría de allí para que el príncipe creyera en su desaparición. De regreso a palacio quiso el cortesano hablar con Bahram, pero le vió tan arrepentido de su crueldad que no se atrevió a recordársela, ni a decirle que había faltado a su mandato, porque conociendo su orgullo se exponía a perder la vida y a comprometer la de su protegida.

Zaida no perdió tiempo al verse sola: lo primero que hizo fué buscarse un albergue en planta alta con escalera, de más de veinte peldaños, dando a la calle. Compró luego una becerrita, tan pequeña que podía subirla a hombros hasta su habitación, varias veces al día, llevándola y trayéndola así del establo a la casa y de la casa al establo para que la vaca pudiera mamar. Más tarde continuó aquel ejercicio de llevar la becerria a hombros, escalera arriba y escalera abajo, todos los días muchas veces, invierno y verano, no cesando tan extraño ejercicio durante cuatro consecutivos años.

Sucedio que el príncipe Bahram fué proclamado rey a la muerte de su padre, y siguiendo la costumbre de sus mayores iba visitando todos los lugares de su reino, llegando un día a la apartada villa donde Zaida se ocultaba desde cuatro años atrás, acampando en la bella pradera que se extendía delante del pueblo. Estando allí sentado, atrajo su atención una joven esclava que llevaba en alto la más hermosa vaca que vieran ojos humanos, e iba subiendo una empinada escalera, tan graciosa y fácilmente como si llevara una pluma. Y tanta extrañeza y admiración le causó al rey que envió a uno de sus ayudantes a ofrecerle sus regios plácemes; pero a los pocos instantes volvió el enviado con encargo de rogarle al rey honrara la humilde vivienda de la esclava si quería convencerse por sus propios ojos de lo que creyó un portentoso.

Lleno de curiosidad se adelantó el rey, acompañado del mismo servidor que dejó abandonada allí a Zaida, quedándose al pie de la escalera mientras el rey ascendía por ella y se encontraba en presencia de una joven, velada a la usanza del país, por cuya causa no pudo reconocerla. A las regias palabras de admiración por la destreza con que levantaba en peso tan hermosa vaca, replicó la joven calmamente:—No merezco esos plácemes, señor, la práctica hace maestros—. Y quitándose el velo cayó de rodillas delante de su rey esperando el justo castigo a su insolencia. Pero aquél la había reconocido y daba gracias a Dios, desde el fondo de su alma, por tenerla a su lado para ayudarla a gobernar lo más sabía y justiciariamente posible. Como así sucedió.

Zaida fué llevada a palacio con el boato y la consideración que se acostumbraba a guardar a las futuras reinas, según disposición del soberano, que quiso premiar en ella al talento y a la discreción, matando los arranques dañinos del amor propio y de la soberbia que tanto perjudican a las criaturas, máxime cuando dimanan de altos gobernantes para bajos gobernados.

## Jabón Sulfúrico de Glenn

30% Puro Azufre

Un jabón esencialmente medicinal para el tocador y el baño. Purifica y embellece. Quita las manchas. Es un alivio para el calor. Su uso diario conserva la piel saludable y mejora mucho el cutis. La superior calidad del Jabón Sulfúrico de Glenn hace que se trate de imitarlo. Tenga cuidado con las falsificaciones. Pídale a su comerciante el genuino Jabón Sulfúrico de Glenn, y así obtendrá usted lo mejor.

De venta en todas las farmacias.

C. N. Crittenton Co., Fabricantes, 115 Calle Fulton, Nueva York, E. U. de A.

Tintura de Hill para el cabello y la barba. Negro o Castaño. 50 centavos cro.

(El Libro de la Moda)

## THE FASHION BOOK

En él se encuentra una inmensa variedad de estilos que garantizan una perfecta elegancia, y los cuales se pueden reproducir exactamente usando los afamados Patrones Pictorial Review, a más de ahorrar de medio a un metro de tela en cada vestido. Todos los modelos son exclusivos, originales, asegurando la individualidad y refinamiento que toda mujer desea.

ABRIGOS  
y  
CAPAS  
militares  
VESTIDOS  
combinados  
FALDAS  
drapeadas



LA CUBIERTA DEL NUEVO FASHION BOOK



Últimas  
NOVEDADES  
en  
MANGAS  
Bolsillos  
CUELLOS  
y  
PUÑOS

ACABA DE PUBLICARSE

y está a la venta  
en todas las oficinas y agencias de

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

Creadora de los

Afamados patrones a la medida con guía de corte y confección

45 centavos oro  
EN TODO EL MUNDO  
3 pesetas en España

SE REGALA  
UN PATRÓN A LA MEDIDA  
con cada ejemplar



# Selección de bordados de última novedad

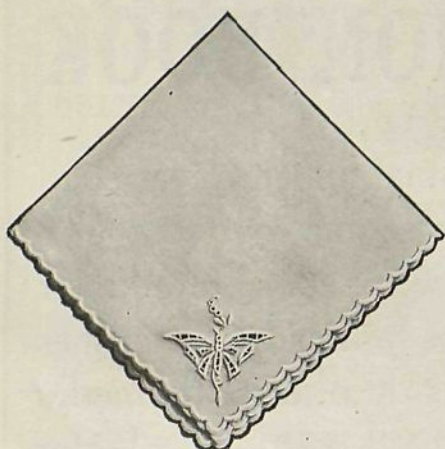


No. 12244

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12244, conteniendo el diseño para el bordado de la cubierta de "Hot Muffins" (Panecillos calientes) y "Hot Toasts" (Tostadas calientes), vale 20 ctvs. oro.

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12344, conteniendo el diseño de la mariposa para servilletas de 37 cm. vale 25 ctvs. oro.

No. 12344—Las seis servilletas estampadas en tela blanca de hilo valen \$2.25, y con algodón para la labor, \$2.65.



No. 12344

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12354, conteniendo el diseño para dos fundas de almohada de día, de 91 cm. por 1.15 m., vale 25 ctvs. oro. Una inicial de 11 cm. puede bordarse en el interior de la guirnalda. El diseño no es complicado y se borda con facilidad.

No. 12354—Este mismo diseño estampado en tela blanca de hilo, para dos fundas de almohada de 91 cm. por 1.15 m. vale \$4.70 oro. El algodón para la labor del bordado vale 35 ctvs. más.

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12353, conteniendo el diseño de una par de cubiertas para almohada de 91 cm. por 1.15 m., con extremos abiertos, vale 25 ctvs. oro.

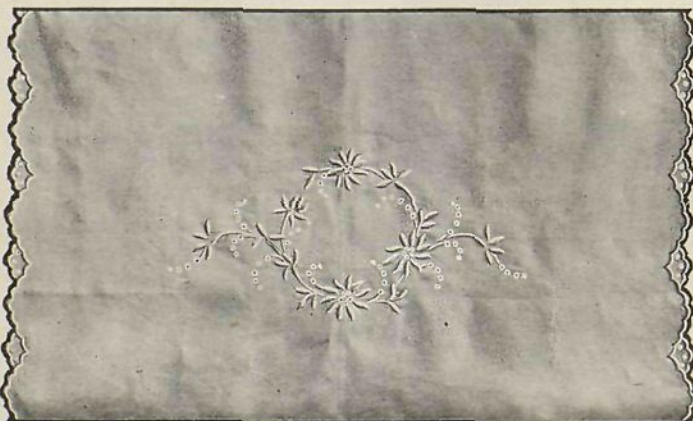
No. 12353—Este mismo diseño estampado en tela blanca de hilo, para un par de cubiertas de 91 cm. por 1.15 m. vale \$4.70 oro. El algodón para la labor del bordado vale 35 ctvs. más.



No. 12373  
—Diseño del bordado para arriba y abajo de la cortina.

No. 12374  
—Medallón para la cortina.

No. 12354—Elegante bordado para cubiertas de almohadas con extremos festoneados. Para aumentar la atracción de esta cubierta se puede bordar un monograma o inicial en la guirnalda. No hay nada que realce la elegancia de la ropa de cama como adornarla con bordados a mano, y un diseño como éste no toma mucho tiempo ni trabajo para su ejecución.



No. 12353—Los extremos festoneados de esta cubierta de almohada están abiertos. Se puede bordar una inicial en la guirnalda.

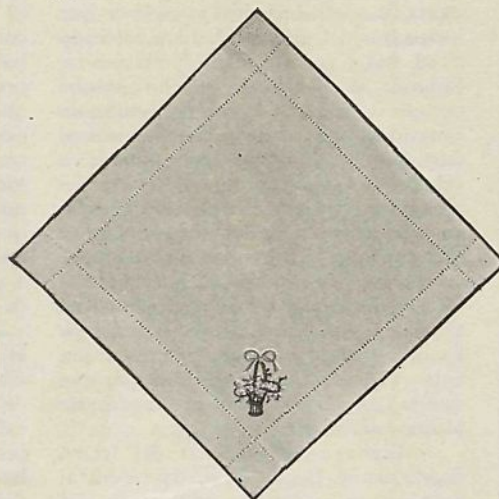


No. 12245

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12245, conteniendo el diseño para las cubiertas de "Hot Rolls" (Bollos calientes) y "Hot Biscuits" (Galletas calientes), vale 20 ctvs. oro.

No. 12245—Cualquier cubierta estampada en tela de hilo con algodón para la labor, vale 55 ctvs.

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12326, conteniendo el diseño de 7 canastillas diferentes, con 6 duplicados de cada una, vale 20 ctvs. oro.



No. 12326

No. 12326—El dibujo de la canastilla estampada en 6 servilletas de paño blanco de 15 cm., con algodón para el bordado, vale 80 ctvs. oro.

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12373, ilustrado arriba y abajo de la cortina, vale 30 ctvs. oro.

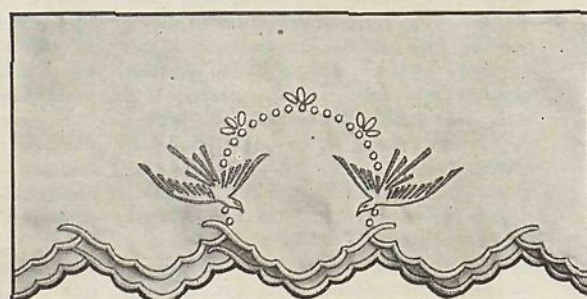
Patrón Transferible Pictorial Review No. 12374, para hacer el medallón calado de la cortina, de 40 x 60 cm., vale 25 ctvs. oro.

Monograma Pictorial Review No. 686, ilustrado en el juego de piezas para el baño, que consiste de dos toallas pequeñas, dos grandes y un piso para el suelo.

EL PATRÓN PERFORADO DE TRES LETRAS DIFERENTES PARA FORMAR UN MONOGRAMA DEL ESTILO ILUSTRADO SE FACILITA A LOS SIGUIENTES PRECIOS:

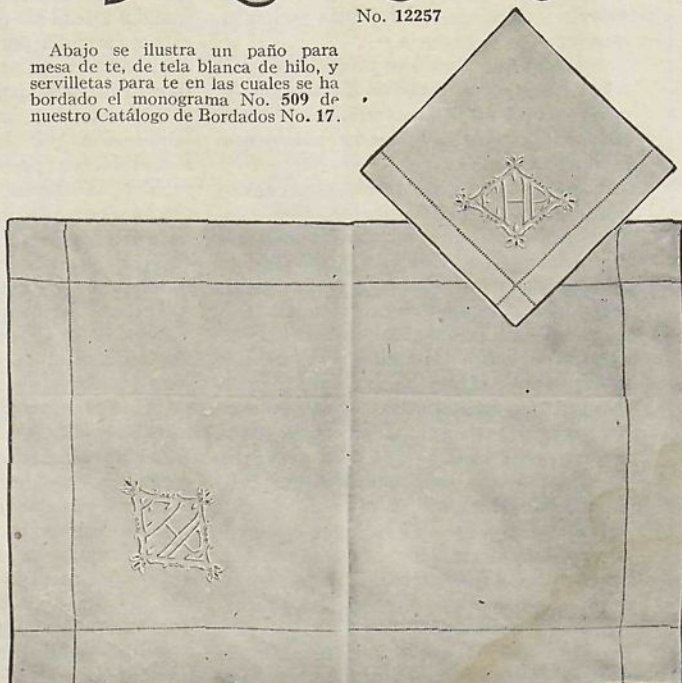
1 1/4, 1 3/4, 2 1/2, 3, 3 3/4, 4 1/4 o 5 cm.	40 ctvs. oro.
5 1/2, 6 1/4, 6 3/4, o 7 1/2 cm.	45 " "
8, 8 3/4, 9 1/4 o 10 cm.	55 " "
10 1/2, 11 1/4, 11 3/4 o 12 1/2 cm.	65 " "
13, 13 3/4, 14 1/4 o 15 cm.	75 " "

No. 12257—Diseño para dos toallas con festones para los bordes, vale 20 ctvs. oro. Estampado en una toalla de hilo de 56 x 96 cm. con algodón blanco, vale \$1.60 oro.



No. 12257

Abajo se ilustra un paño para mesa de te, de tela blanca de hilo, y servilletas para te en las cuales se ha bordado el monograma No. 509 de nuestro Catálogo de Bordados No. 17.



Este es un bonito juego de piezas de baño, con monograma. El tamaño pequeño se usa, naturalmente, en toallas pequeñas; el que le sigue, en más grandes; y el más grande, en el piso para el suelo.

Monogramas bordados aumentan la elegancia de los paños para la mesa de comedor y para la de te y se hacen fácilmente.



# SECCION DE MODAS

Señorita Marjorie Rambeau, estrella de uno de los principales teatros neoyorkinos, luciendo las nuevas creaciones de la moda



ESTE elegante vestido se confeccionó de chifón aterciopelado azul, con mangas de chifón del mismo color.



MUY elegante es este abrigo de paño fino blanco en combinación con piel de foca en el paño delantero, bandas de las mangas y cuello.



EL LÍMITE de la elegancia alcanza aquí la señorita Rambeau con la salida de teatro drapeada alrededor de la figura.



EL CUELLO de raso blanco anima la severidad de este vestido estilo sastre a listas cruzadas anchas, formando cuadros grandes. La blusa es bastante sencilla y va unida a la túnica con punta ancha en el costado.



ENTRE las nuevas modas la combinación de blanco y negro es una de las más atrayentes. En este modelo el charmeuse negro se combina con el chifón blanco.



EN ESTE precioso vestido de tarde de chifón color topo, la Señorita Rambeau luce el bordado con profusión en la blusa y en la falda, el cual se hace en mostacillas de acero y doradas.



ABRIGO de calle, de pana de terciopelo color topo, con paño delantero, cuello ancho y puños de piel de foca. Los bolsillos son también de piel de foca, en cuyos extremos llevan tiras de pana de terciopelo.

OTRA combinación de moda se encuentra en este sencillo vestido: sarga azul con raso negro. Los costados de la falda llevan bandas de raso intercaladas con sarga.



# Primorosos estilos de última novedad para señoras

7443—Blusa cruzada para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.40 m. de tafetán gris de 91 cm.; 45 cm. de tafetán a listas cruzadas de 91 cm. para el cuello y las solapas; 55 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas. No. 7216—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.20 m. de tafetán gris de 91 cm. Tiene un vuelo de 1.70 m. El patrón del diseño de trencilla, No. 12321, vale 20 ctvs. oro. El cuello y las solapas de tafetán a listas cruzadas realzan la elegancia de este bonito vestido. La blusa va sobre un corpiño de cierre delantero, al cual se cosen las mangas fruncidas.

7460—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.40 m. de paño fino azul de 1.37 m.; 55 cm. de blanco para el cuello y carteras de los bolsillos; y 35 cm. de raso blanco para la vista del chaleco. La falda tiene un vuelo de 1.70 m.

Blusa 7443  
Falda drapeada  
7216

Vestido 7460

7472—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.10 m. de crepé Georgette de 1.00 m. y 90 cm. de raso de 91 cm. para el cuello, chaleco y puños. La falda tiene un vuelo de 1.95 m. El rasgo característico de este elegante vestido de crepé Georgette color lana es el cierre en la parte de atrás, con los delanteros cruzados delante. Bolsillos salientes se aplican en los costados, formando el efecto drapeado de moda.

Vestido 7472

Blusa de etiqueta 7490    Blusa 7493    Chaqué 7489  
Falda con túnica 7382    Falda drapeada 7230    Falda Circular 7242

7480—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 102 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7382—Falda con túnica drapeada para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.60 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 2.75 m. de raso de 91 cm. con 5.00 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la blusa, mangas y túnica. El patrón del diseño de trencilla en la blusa, No. 12313, vale 20 ctvs. oro. El escote oval de la blusa de este elegante modelo es muy de moda. La blusa va sobre un corpiño con escote oval o cuadrado. La falda está fruncida.

(Continúa en la página 34)



Blusa kimono 7465  
Falda alforzada 7468

7493—Blusa para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7230—Falda drapeada.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 6.65 m. de terciopelo negro de 91 cm.; 70 cm. de raso gris de 91 cm. para las solapas y la vista del cuello; y 35 cm. de crepé Georgette blanco de 1.00 m. para la vista del chaleco y cuello acampanado. La falda tiene un vuelo de 1.37 m. El terciopelo es una de las telas más elegantes para la confección de los vestidos de tarde, estando atrayentemente combinado en este modelo con raso gris suave. La sobreblusa tiene sisas anchas; la blusa es en estilo kimono. La falda es drapeada en los costados.



# Vestidos de tarde y etiqueta de elegancia suma



Blusa de etiqueta  
7490  
Falda drapeada  
7488



Blusa de etiqueta 7465  
Falda con túnica  
drapeada 7382

7490—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7488—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 6.05 m. de tafetán rosa de 91 cm.; 1.95 m. de encaje de plata; y 80 cm. de forro de 91 cm. La blusa cruzada y la falda drapeada se encuentran admirablemente combinadas en este elegante vestido de etiqueta. La blusa va sobre un corpiño que puede hacerse con escote oval o cuadrado, y la falda lleva pliegues suaves delante y drapeado en los costados. En lugar de las mangas cortas ilustradas, pueden usarse otras largas.

7439—Vestido de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 5.00 m. de brocado de tafetán de 91 cm.; 70 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas y chaleco; y 90 cm. de cinta de terciopelo angosta. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. La blusa es muy sencilla; lleva alforzas sobre los hombros y se abrocha en el costado delantero izquierdo. Se cruza en forma de sobrepelliz en la espalda y va sobre un corpiño de cierre delantero que lleva escote alto o bajo. La falda está drapeada en los costados, con pliegues suaves arriba.



Blusa 7461  
Falda 7216

Blusa 7375  
Falda 7470

Blusa 7399  
Falda 6655

7461—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.65 m. de raso negro de 91 cm.; 45 cm. de blanco para el cuello y solapas cruzadas; 35 cm. de encaje de 46 cm. para el chaleco; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. No. 7216—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.20 m. de raso de 91 cm. Tiene un vuelo de 1.70 m. Una de las combinaciones más elegantes para la próxima temporada es la de raso blanco y negro, la cual se ha empleado para la confección de este bonito y sencillo modelo.

(Continúa en la página 34)



Vestido de  
etiqueta 7439



Blusa de etiqueta 7393  
Falda con túnica  
drapeada 7488

7375—Blusa de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7470—Falda fruncida para señoras.—Siete tamaños: 61 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 1.25 m. de tafetán de 91 cm. para la blusa; 25 cm. de encaje para el chaleco; 2.05 m. de encaje de 96 cm. para la falda; y 80 cm. de tul de 91 cm. para el corpiño. El encaje y el tafetán es la acertada combinación para este vestido.



## Modelos apropiados para las señoras gruesas

7442—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.00 m. de sarga de 1.12 m.; 45 cm. de raso negro de 91 cm. para el cuello y los adornos; 45 cm. de encaje blanco de 68 cm. para el chaleco cruzado; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. Este vestido se adapta perfectamente a la figura de las señoras gruesas, con el cierre diagonal de la blusa sumamente atrayente. Sobre un corpiño sin mangas va el chaleco cruzado. El cuello diagonal de la blusa se confecciona de raso negro. En el patrón se facilitan dos estilos de mangas, de tal manera que las fruncidas con puños anchos, que se ilustran, puedan reemplazarse por otras sencillas, si así se prefiriese. El cuello en punta puede también reemplazarse por otro chal, grande. La falda es sencilla delante, plegada en los costados y fruncida atrás y va unida a la blusa un poco más arriba de la cintura. Se abrocha en el costado izquierdo.

7471—Vestido de una prenda para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.10 m. de sarga de 1.12 m. La falda tiene un vuelo de 1.95 m. Para uso en las tardes no hay como un modelo de esta clase, confeccionado de sarga blanca, dándole una nota de contraste mediante los pespuntos a máquina, en colores púrpura, borgoña, verde u oro. El vestido se abrocha adelante en todo su largo, desde el cuello hasta la base de la falda, usando para ello botones forrados con la misma sarga, o de fantasía. Puede llevar, sea un cuello en punta o uno redondo, y también cualquiera de dos estilos de mangas. Bajo el cinturón se insertan bolsillos grandes, dándole el efecto saliente de boga.

Página 28

Ayuntamiento de Madrid



# Atrayentes vestidos y abrigos de estilo sastre



Chaqué 7489  
Falda 7297

Abrigo 7453  
Falda 7339

7489—Chaqué para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.40 m. de paño fino de 1.37 m. con 35 cm. de terciopelo de 68 cm. para el cuello. No. 7297—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.40 m. de paño fino de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.50 m. El paño fino es una de las telas que se están usando mucho durante la temporada, y los diseñadores de PICTORIAL REVIEW han creado modelos muy atrayentes para que se confeccionen con él, uno de los cuales es el que se ilustra bajo estos dos números. El estilo del chaqué es enteramente original, con las secciones del costado traídas hacia el frente en contorno puntiagudo, y de cuyas extremidades nacen secciones de faja, cruzadas delante. El chaqué puede hacerse con escote abierto y cuello chal, o con un cuello grande que se usa alto y drapeado, como se ilustra, o con los extremos cruzados en el frente y abrochados en el chaqué. Completa el vestido la falda plegada, de talle alto y que se cierra en el centro delantero bajo un pliegue. Puede hacerse con los paños del costado sencillos y bolsillos en punta, o con los primeros en dos secciones llevando bolsillos insertos. Tiene un largo de 1.00 m.

7453—Abrigo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.00 m. de cheviot de 1.37 m. de ancho con 35 cm. de felpilla de 91 cm. para el forro del cuello. Tiene un largo de 1.25 m. en el centro de atrás. No. 7339—Falda plegada para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.65 m. de tela a listas cruzadas de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.50 m. La parte delantera de este elegante abrigo es en estilo de paño tableado. De gran atracción es el nuevo cuello esclavinado, que puede usarse alto en forma de cuello drapeado. Los puños grandes pueden prescindirse si se desea. Las filas de pespuntos a máquina del cuello hacen resaltar su elegancia. Bajo el abrigo se usa la falda plegada, confeccionada de tela a listas cruzadas que se disponen al sesgo, y se cierra en el centro de atrás. Los bolsillos son insertos bajo los pliegues del costado, y dispuestos de tal manera que le den la forma saliente tan de moda en la actualidad. El cinturón se abrocha en el costado.

7462—Chaqué para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7191—Falda para señoras.—Siete tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.65 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.10 m. de terciopelo de 91 cm. para el chaqué y 2.50 m. de estambre a cuadros de 1.12 m. para la falda y cuello. Entre las más elegantes combinaciones de telas en las nuevas modas se encuentra la del terciopelo para el chaqué y una apropiada, a cuadros, para la falda, con el color del terciopelo haciendo juego con el dominante de los cuadros. Por ejemplo, un chaqué de terciopelo negro puede combinarse con una falda a cuadros blancos y negros, o terciopelo castaño con cuadros castaños y canelas. Un cuello cambiante de la misma tela que la de la falda es otra bonita idea. Las mangas sastre que se ilustran pueden reemplazarse por otras acampanadas en las muñecas. El pepló del chaqué se une a la parte superior bajo un cinturón, también de terciopelo. El paño de atrás de la falda está fruncido.

Nuevo cuello  
drapeado



Chaqué 7462  
Falda 7191

7409—Abrigo cruzado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.55 m. de tela de 1.37 m. Tiene un largo de 1.25 m. en el centro de atrás. No. 7470—Falda fruncida.—Siete tamaños: 61 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere para la falda sin la alforza, 2.75 m. de tela listas cruzadas de 1.12 m. Tiene un vuelo de 2.05 m. El nuevo cuello drapeado es un nuevo rasgo de este elegante abrigo, que puede usarse tal como se ilustra o volverse hacia abajo en forma de cuello esclavinado, con los delanteros del abrigo en forma de solapas. La falda está fruncida arriba, pudiendo hacerse sencilla o con una alforza en el medio.

Chaqué 7448  
Falda 7200

7448—Chaqué para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7200—Falda para señoras.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.65 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 3.20 m. de sarga lisa de 1.12 m. para el chaqué y 3.55 m. de sarga a listas cruzadas del mismo ancho para la falda, cuello y carteras de los bolsillos.

7408—Abrigo cruzado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.65 m. de tela a listas cruzadas de 1.37 m. con 90 cm. de banda de pieles. Tiene un largo de 1.22 m. en el centro de atrás. No. 7458—Falda de paños tableados.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.40 m. de sarga o gabardina de 1.12 m. Tiene un vuelo de 2.85 m.

Abrigo 7408  
Falda 7458

Abrigo 7409  
Falda 7470

Innumerables y preciosos modelos pueden hacerse comprando los patrones PICTORIAL REVIEW, que se venden en todas las agencias que tenemos instaladas en todo el mundo. Todos estos patrones van acompañados con una Guía de Corte y Confección en castellano.



## GUANTES DE GOMA DAVOL PARA TRABAJO DOMESTICO

La mujer que siente repulsión por maltratarse con los quehaceres domésticos las manos, y las que se complacen en cultivar su jardín por sí mismas, encontrarán cumplidos sus deseos con los excelentes

### Guantes de goma "DAVOL"

para el cuidado de las manos, prefiriéndolos sobre todos los otros que se ofrecen en el mercado por la comodidad y calidades duraderas que poseen.

El surtido de guantes DAVOL incluye varias calidades especialmente fabricadas para ese objeto.

Nuestros catálogos en Español, Portugués o Inglés están a disposición de los comerciantes que se sirvan escribirnos pidiéndolos.

**DAVOL RUBBER COMPANY**

Providence, R. I., E. U. A.

Fundada en 1874



## EL TORMENTO DE LOS CALLOS

EXISTE un sencillo y poderoso método para quitar los callos y las callosidades. Si al cortarse Vd. los callos se ha causado dolores, irritaciones y molestias ¿por qué no recurre a un modo fácil y sin dolor usando unas pocas gotas de "Gets-It", el maravilloso tratamiento que millones de personas han seguido con éxito completo?

## "GETS-IT"

Hace que los callos se desprendan

Es un líquido que se aplica con una varilla de cristal. Se seca inmediatamente, permaneciendo en el callo. No se extiende a otro lugar ni causa inconvenientes. Hace desaparecer el dolor de callos sin irritar la piel que lo rodea. En vez de sufrir con estos dolores, cuyas punzadas llegan al corazón, de estar cojeando a menudo, y pensar en la manera de poder eliminar los callos y callosidades, ensaye ahora el método "Gets-It" y se sorprenderá de sus excelentes resultados.

"GETS-IT" está manufacturado por E. Lawrence & Co., Chicago, Illinois, E. U. A.

En venta en todas partes del mundo por las farmacias y droguerías.

Depositarlos Generales:

Mendel y Cia., Buenos Aires; Glossop & Co., Río de Janeiro; Daube & Co., Valparaíso; Geo W. Cock, Lima; Bankier & Linn, Montevideo; Mendel y Cia., Asunción; Enrique Aponte, Oruro; H. Caldera, Managua, Nicaragua.

## Nuevos avances de la moda para señoritas



Vestido 7492

Vestido 7459

7492—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 1.35 m. de tafetán de 91 cm.: 6.15 m. de encaje moteado de 1.00 m.; y 35 cm. de banda de encaje de 25 cm.

7459—Vestido.—Tres tamaños: 16 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere: 4.35 m. de tafetán a cuadros de 91 cm. con 91 cm. de blanco.

7454—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 4.10 m. de tafetán rosado de 91 cm. y 70 cm. de blanco.

7467—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 5.95 m. de crepé de la China de 91 cm.

7167—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 5.95 m. de crepé Georgette de 1.00 m.

7446—Vestido.—Tres tamaños: 16 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere: 4.55 m. de gabardina de 1.12 m.; 45 cm. de paño blanco para los ribetes; y 70 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. Tiene un vuelo de 2.05 m.

7452—Vestido.—Tres tamaños: 16 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 3.55 m. de tela a listas cruzadas de 1.12 m. y 55 cm. de paño fino blanco para el cuello chal, cuello, puños anchos y ribetes. La falda tiene un vuelo de 1.95 m.



Vestido 7454

Vestido 7467

Vestido 7167



Vestido 7446

Vestido 7452



Corpiños 6135  
Sobreblusa 7473  
Chorrera 7360

6135—Corpiños para señoras y señoritas.—Cuatro tamaños para señoritas: 14 a 20 años. (20 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 2.65 m. de tafetán de 91 cm. No. 7473—Sobreblusa sin mangas para señoras. Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. (20 ctvs. oro). El tamaño mediano requiere 1.70 m. de tela listas cruzadas de 1.12 m. con 35 cm. de tafetán de 68 cm. para la faja. No. 7360—Chorrera para señoras.—Dos tamaños: mediano y grande. (20 ctvs. oro).



Todos estos modelos son fáciles de confeccionar comprando los patrones que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.



## Elegantes vestidos de tarde, calle y paseo

7441—Vestido semi-princesa para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.10 m. de sarga de 1.37 m. con 25 cm. de paño fino de 1.37 m. para el cuello. Tiene un vuelo de 2.05 m.

7154—Vestido de una prenda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 2.95 m. de paño fino de 1.37 m. con 2.15 m. de banda de pieles.

7459—Vestido.—Tres tamaños: 16 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 4.55 m. de terciopelo de 91 cm., 80 cm. de tafetán a listas cruzadas de 91 cm., 25 cm. de blanco, y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño.

7464—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 3.65 m. de estambre a cuadros de 1.12 m., 80 cm. de paño fino de 1.37 m. y 4.10 m. trencilla.

7444—Vestido.—Tres tamaños: 16 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 4.70 m. de gabardina de 1.12 m. y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño.

7455—Chaqué.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere



Vestido 7464

Vestido 7444

Vestido 7459

Vestido 7154

Vestido 7441

2.15 m. de pana de terciopelo de 1.37 m. con 35 cm. de terciopelo de 91 cm. No. 7400—Falda con sobreblusa.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 2.05 m. de pana de terciopelo de 1.37 m.

7450—Abrigo cruzado.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 3.55 m. de paño Bolivia de 1.37 m. y 4.10 m. de raso de 91 cm. para el forro.

6229—Blusa.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años (20 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 1.95 m. de crepé de la china de 91 cm. No. 7473—Sobreblusa.—Tamaños pequeño, mediano y grande. (20 ctvs. oro). El tamaño mediano requiere 2.30 m. de terciopelo de 91 cm. No. 7145—Falda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 2.40 m.

Blusa 6229  
Sobreblusa 7473  
Falda 7145

Chaqué 7455  
Falda 7400

Abrigo 7450



No. 667—\$3.00

Si usa usted un  
"Model" Brassiere  
todos exclamarán  
al verla:

¡Cuán joven parece!

Si la figura es delgada, el "Model" Brassiere la conserva de apariencia juvenil; si es gruesa, el "Model" Brassiere reduce las anchuras, soportando el busto y la espalda, y distribuyendo el exceso de carnes que vendrá con el avance del tiempo.

No hay cosa más desagradable para una señora que cuando las "protuberancias del corsé" se muestran en el exterior del vestido. El "Model" Brassiere elimina estas protuberancias, haciendo que el brassiere y el vestido formen al mismo tiempo un perfil suave de moda.

El "Model" Brassiere que se ilustra aquí, es una de las últimas creaciones y de más estilo para toda clase de figuras. Los fabricamos para cada cuerpo y cada ocasión, de varias clases y manera de abrocharlos.

Escribese hoy mismo pidiendo nuestro catálogo ilustrado en español o inglés; se puede decir que es el texto para la enseñanza de la moda; contiene preciosas ilustraciones tomadas de la vida real.

A los comerciantes les rogamos nos escriban pidiendo descuentos y detalles sobre las ventajosas condiciones que ofrecemos para la exportación al por mayor.

Primer Premio en la Exposición Panamá - Pacífico. La más alta distinción otorgada en país alguno a un Brassiere.

**Model Brassiere Co.**

Departamento P. R.

200 Fifth Avenue, Nueva York, E. U. A.

En THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA), se hallan ininidad de preciosos modelos de fácil confección en el hogar. Se vende a 45 ctvs. oro, en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



# Linda variedad de blusas y faldas separadas

7429—Blusa para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 121 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 1.70 m. de crepé Georgette de 91 cm. con 70 cm. de color rosa para los adornos. No. 7466—Falda.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 2.50 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m.

7456—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere, sin la chorrera, 2.50 m. de raso de 91 cm. El cuello que se ilustra puede reemplazarse por otro más pequeño con grandes solapas cruzadas.

Blusa 7430  
Falda 7463



Corpiño 7420  
Sobreblusa 7473

Blusa de marinera 7487

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones.

7358—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere 2.65 m. de voile de 91 cm. de ancho.

7430—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere 2.15 m. de tela de hilo de 91 cm. con 35 cm. de blanca. No. 7463—Falda.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 3.10 m. de sarga de 1.12 m. con 25 cm. de tela de contraste.

7447—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere 2.15 m. de voile de 91 cm.

7361—Blusa.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere 3.55 m. de crepé de la China de 68 cm. con 3.65 m. de encaje.

7487—Blusa.—Siete tamaños: 81 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El 91 requiere 2.40 m. de tela de 1.37 m. con 45 cm. de listas cruzadas de 1.12 m.

7420—Corpiño para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (20 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere 2.05 m. de crepé de la China de 91 cm. No. 7473—Sobreblusa sin mangas.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. (20 ctvs. oro). El tamaño mediano requiere 1.70 m. de sarga a cuadros de 1.12 m.

7468—Falda alforzada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 4.80 m. de terciopelo de 91 cm.

7457—Falda.—Siete tamaños: 61 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 3.75 m. de gabardina de 1.12 m. de ancho.

7458—Falda.—Cinco tamaños: 61 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 3.40 m. de tela a listas cruzadas de 1.12 m. de ancho.

7339—Falda.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 3.75 m. de raso negro de 1.12 m. de ancho.

7470—Falda.—Siete tamaños: 61 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 3.30 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m. de ancho. Tiene un vuelo de 2.05 m. Esta falda está fruncida alrededor de toda la parte superior, y tiene el borde inferior liso para poder usarse telas bordadas. En la ilustración aparece con una alforza, pero se puede hacer sin ella, si así se prefiriese, y con bolsillos. En lugar del cinturón puede usarse una faja de la misma tela o de cinta ancha.

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) encontrarán las señoras infinidad de modelos de fácil confección en la casa. Pídanse en cualquiera de las agencias de PICTORIAL REVIEW, que tenemos instaladas en todo el mundo.



## Bonita selección de modelos para niños y niñas



7469—Vestido de una prenda para niñas.—Nueve tamaños 6 a 17 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 14 requiere 4.45 m. de gabardina de 1.12 m. con 70 cm. de paño fino.

7476—Vestido con corpiño para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs. oro). El tamaño 4 requiere 1.25 m. de tela a listas cruzadas de 1.12 m. con 90 cm. de crepé de la china.

7475—Vestido para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs. oro). El 6 requiere 2.40 m. de terciopelo negro de 91 cm., 80 cm. de raso blanco de 68 cm. y 1.85 m. de banda de pieles.

Vestido 7478

Vestido 7475

Vestido 7476

Vestido 7481

Abrigo 7491

7491

7482

7480

7481

Vestido 7469

7484

7469

Vestido 7481

Abrigo 7482

Vestido 7484

Vestido 7480

7478—Vestido.—Tres tamaños: 13, 15 y 17 años. (20 ctvs. oro). El tamaño 15 requiere 3.40 m. de sarga de 1.12 m., 55 cm. de sarga blanca para el cuello y 3.65 m. de trencilla para los adornos.

7481—Vestido.—Seis tamaños: 6 a 16 años. (20 ctvs. oro). El tamaño 8 re-

quiere 3.30 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m. con 70 cm. de la misma tela, de contraste.

7491—Abrigo para niños.—Cinco tamaños: 4 a 12 años. (20 ctvs. oro). El 8 requiere 2.50 m. de cheviot de 1.37 m.

7469—Vestido.—Nueve tamaños: 6 a 17 años. (20 ctvs. oro). El tamaño 10 re-

quiere: 3.20 m. de sarga a cuadros de 1.12 m.; 45 cm. de franela blanca de 68 cm.; y 4.10 m. de trencilla.

7482—Abrigo.—Ocho tamaños: 8 a 17 años. (20 ctvs. oro). El tamaño 14 requiere: 4.35 m. de felpilla de seda negra de 91 cm.; 2.75 m. de banda de pieles.

Innumerables y bonitos modelos de trajes infantiles se muestran en las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) que se vende al precio de 45 ctvs. oro en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



## TÓNICO "CACTICO" PARA EL CABELLO

*Nunca falta a dar resultados satisfactorios*

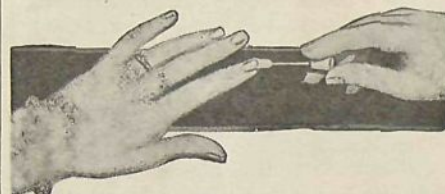
Otros productos de la Sra. Graham, que han conquistado fama mundial, son los POLVOS "KOSMEO," la crema "KOSMEO," y el jabón "KOSMEO," inmejorables para conservar la tez en perfectas condiciones y protegerla contra los efectos del sol y del viento.

Permítanos le enviemos gratis nuestro folleto "Confidencias del Espejo" en el cual se describen todas nuestras preparaciones para la cultura de la belleza y el modo de emplearlas con éxito seguro.

ULTIMA NOVEDAD  
ESMALTE GRAHAM

## PARA LAS UÑAS

Instantáneo A Prueba de Agua



Instrucciones para el uso:—Simplemente aplique el Esmalte con el pincel, a la superficie de las uñas y deje secarlo durante uno o dos minutos. Esto es todo lo que se requiere para obtener el resultado deseado. No es necesario el pulimento. El lustre no será afectado por el agua o jabón.

Todas las preparaciones "Graham" se venden en las droguerías más acreditadas, o pueden ser enviadas por correo con porte pagado.

### Agencias Principales:

Argentina:  
S. B. Lederer, Calle Piedras, Buenos Aires  
Chile:  
Daube & Co., Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta  
Ecuador:  
J. José Solá, Guayaquil  
Porto Rico:  
Porto Rico Drug Co., San Juan-Ponce  
Colombia:  
Acosta Madiedo, Barranquilla  
Bolivia:  
Enrique Aponte C., Oruro  
Guatemala:  
Renato Tixe, 6 A. S. No. 19, Guatemala  
República Dominicana:  
F. Mises Carbonel, Sto. Domingo  
Perú:  
Geo. W. Cock, Lima

**Cia. Sra. Gervaise Graham**

25 W. Illinois Street

CHICAGO

E. U. A.

Se solicitan agentes en todos los países que aun no están representados.



## DESOLACION

(Continuación de la página 17)

Matilde, conmovida por la copla sollozante, no quiso ser menos que la nieve, y dió, al fin, la respuesta apetecida a su adorador, que envalentonado por las libaciones, se mostraba más insistente que de ordinario.

Al año de matrimonio, vinieron a alegrar el hogar modesto, los gorjeos de un chiquitín, a quien el padre llamó Humberto en homenaje a su rey lejano.

Desgraciadamente, el buen hombre murió dejando muy contados ahorros a su mujer y a su hijo que apenas contaba trece años.

La viuda, poco entendida en negocios, resolvió vender la pulpería, pero jurándose a sí misma conservar la casita, regalo de bodas de su pobre marido, mientras tuviera vida. Las ilusiones de una carrera universitaria para Humberto se desvanecieron, y el muchacho se dió por muy bien servido, consiguiendo un puestecito en una oficina comercial. En esa rutinaria faena pasaban monótonos los días del mozo, sin otra alteración que la causada por su salud intercadente, que le hacía pagar muy caro cualquier devaneo juvenil.

Proponíase la madre, para no acibarar las esperanzas que su hijo cifraba en el viaje, ocultarle el desgarramiento que para ella significaba el destierro, y en su abnegación halló fuerzas aun para sonreír en el momento de la partida, viendo a su hijo en la estación muy atareado, de aquí para allá, vigilando el embarque de equipajes, con la cabeza erguida y el aire resuelto, orgulloso de sentir sobre su pecho, en el bolsillo interior de la americana, la cartera hinchada por el fajo de billetes, producto de la venta.

Era todo lo que tenía la anciana en el mundo: aquel hijo, endeble de cuerpo y alma, y aquellos papeles, que, de no ser esperanza de salud para el vástago adorado, le hubieran parecido, por obtenidas a trueque del rincón familiar, malditos como los treinta dineros de Judas.

A las cinco horas de viaje, el tren se detuvo, bruscamente, en plena marcha. Los pasajeros se miraron inquietos. Humberto, con miras de turista experto, explicó a su madre:—Esta es la época de la creciente de los ríos y de las lluvias torrenciales, que suelen arrastrar grandes trozos de los cerros; uno, enorme, ha caído sobre el puente que debíamos atravesar y le ha hundido en parte; para reemplazarlo, se han colocado sobre el río sólidos tabloncillos que pasaremos a pie, para trasladarnos al tren que nos espera al otro lado; no hay peligro, pero es un fastidio. . . .

Renegando contra tamaña contrariedad, descendieron del vagón los viajeros y contemplaron, de mal talante, el improvisado puente; las aguas, cenagosas, bañaban las tablas y seguían su curso veloz, atronando los oídos con el chocar de las piedras. Ante el imponente espectáculo, lloriqueaban los niños, negándose a seguir; las mujeres lanzaban gritos nerviosos, y los hombres, avezados a la travesía casi todos, se reían de los cobardes y les brindaban ayuda. Doña Matilde aceptó la ofrecida por un joven ingeniero, acostumbrado a esos trotes, y murmurando: ¡Madre mía y Señora del Carmen! apretó los párpados y pasó sostenida por la mano vigorosa de su guía. Cuando estuvo en salvo, suspiró casi tranquilizada, pensando que dentro de breves momentos tendría a Humberto a su lado; y como si sus miradas pudieran acelerar la llegada del ansiado momento, no las apartaba del mozo que avanzaba rápidamente, fijas las pupilas en las turbias aguas que lamían el recio maderamen.

¡Pobres ojos de anciana, hechos al llorar resignada! ¿Por qué el destino piadoso no os cegó antes de que la tragedia os desorbitara, antes de que la fatalidad os hiciera ver al hijo adorado, presa de repentino vértigo, vacilar, caer, desaparecer para siempre en la vorágine de la corriente tormentosa?

Muda, inmóvil, petrificada de dolor, el terror en el corazón y el caos en el cerebro, la infeliz sabía únicamente que estaba sola bajo la bóveda impasible del cielo, sin casa, sin pan, sin hijo; sola en el horror dantesco de su ancianidad desamparada.

(Continuación de la página 26)

7465—Blusa kimono para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7468—Falda alforzada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). Tiene un vuelo de 2.05 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 5.95 m. de raso negro de 91 cm. para la falda, faja, cuello y puños; 1.85 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la blusa; 80 cm. de raso blanco de 91 cm. para el corpiño; y 1.15 m. de encaje de plata para los adornos.

7489—Chaqué para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere 6.85 m. de pana de algodón de 68 cm. con 70 cm. de terciopelo de 68 cm. para el cuello. No. 7242—Falda circular para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura.

## Nuestros Patrones de los modelos ilustrados

(25 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 3.10 m. de paño de algodón de 68 cm.

(Continuación de la página 27)

7393—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. No. 7488—Falda drapeada.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El vestido completo en tamaño mediano requiere: 3.75 m. de charmeuse de 91 cm.; 1.70 m. de encaje de 1.00 m. para la túnica; 1.15 m. de banda de encaje para la blusa; 1.05 m. de banda ancha, 1.05 m. de mediana y 1.15 m. de angosta para la túnica.

7399—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro). El tamaño 91 requiere: 2.30 m. de raso negro de 91 cm.; 80 cm. de tafetán a listas cruzadas de 91 cm.; y 45 cm. de raso

blanco de 68 cm. para el chaleco. No. 6655—Falda drapeada.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. (20 ctvs. oro). El tamaño 66 requiere 4.70 m. de raso negro de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.95 m. Los adornos de tafetán a listas cruzadas le dan un atrayente toque de elegancia a este vestido de raso negro. La blusa es del estilo kimono, cortada en una pieza con las mangas, que en vez de llevar los puños de fantasía que se ilustran, pueden recogerse a otros anchos. La blusa va sobre un corpiño de cierre delantero, que puede tener escote cuadrado o de pico. La falda está fruncida delante.

## CONTINUACION DEL BREVIARIO SENTIMENTAL

X

¿QUÉ hubieras tú hecho, al verme, de improviso, penetrar en tu estancia, al sentirme abrazada a tu cuello, besándote, en los ojos, en la frente, en esa frente que yo ansío coronar con mis besos, con estos besos tenues, largos, de ensueño, que guardan mis labios avaramente para ello solo?

Estos besos que salen de mi alma y ascienden por mis labios, despacio, muy despacio, adormeciéndome el cuerpo, besos de reposo y de paz, tan callados como una muerte.

¿No sueñas tú también con unas horas tranquilas de silencio, en que yo dé a tu frente un beso de vaguedad y de misterio, un beso de hermanos, y tú me des también lentamente, en los ojos, y que luego, sin hablar y sin besarnos, se digan nuestras almas unas cosas muy extrañas y muy hondas, lo que jamás se dijeron porque las palabras son pobres y las miradas inexpresivas?

Yo sueño siempre en mi soledad, con esa sorpresa y con esos besos. Y a veces, suspendo mi labor o interrumpo un estudio en el piano, y quedo extática, con los ojos muy abiertos, y sin ver nada, inmóvil, soñando estos bellos sueños de felicidad y de encanto.

Junio.

XI

¿QUÉ crueldad, amor mío, la del Destino contra nosotros! Tú no sabes como me han puesto el alma. . . . Pero no quiero atormentarte con mis lamentaciones. . . . Sólo, sí, muerta de dolor, agotada de fuerzas, rendida ya de sufrir, mi alma te grita, a pesar de todo, que es tuya, únicamente tuya, que te ama, que te amará siempre, por cima de todos los obstáculos y de todas las vicisitudes.

Tuya, tuya, en alma y en cuerpo; ser tuya, en tu alma y en tus brazos. . . .

Tú también ¿por qué tú también has sido cruel conmigo?

¡Qué horrible lo que oí de tus labios! Tus palabras se han ceñido a mi corazón y lo están ahogando. Parece que tienen dientes y me trituran vorazmente las entrañas.

"Tú no eres; tú no eres. . . . Me he equivocado. . . . Creí hallar en tí a la mujer superior, a la Única y sólo he encontrado un poco de ternura. . . . y nada más."

Tengo que decírtelo para que sufras, para que te estremezcas de remordimiento, al pensar en tu crueldad.

Mas perdóname, perdóname. Es verdad, es verdad. Yo no he sido para tí la que soy, la que seré. Estaba espantada, acosada constantemente.

Tras de mis sonrisas, tras de mis silencios, te he ocultado muchas, muchísimas lágrimas. . . .

Perdóname. . . .

Yo soy, yo quiero creer que soy la que tú has soñado, la que tú amas, la que tú ansías, la que sonreírás feliz, un día, entre tus brazos.

Quiero ahuyentar estas sombras negras, que me envuelven, y pensar en la

Esperanza. Quiero sonreírte siempre, desde lejos, ya que no puedo hacerlo a tu lado.

Respiro ahora algo tuyo, algo que tú has dejado, guardándome a mi alrededor. En estos muebles, en estos cuadros, en el aire, en todo, respiro, como tu perfume, y todo me parece más bello, más alegre, porque tú lo has visto, porque tú lo has tocado.

¡Cuánto debo haberte hecho sufrir con mis esquivances! Ahora, al recordarlo, me da una pena inmensa. . . . Mas no me guardes rencor, que yo te lo pagaré, te lo pagaré espléndidamente, en una cuenta de felicidad, que no se acabará nunca. Estoy sola. Ya van a dar las doce, la hora en que yo te esperaba, contando los segundos. . . .

¡Qué angustia y que vacío sin tí!

Desde que te dieron su último adiós, mis labios están cerrados. No he vuelto a hablar a nadie. ¡Si vieras anoche qué horas más terribles, más desoladas!

Estábamos a oscuras, con el balcón abierto, sin que ninguno nos atreviésemos a hablar. El silencio hacía daño.

De pronto resonaron unas músicas en la calle, y todos se agolparon al balcón.

Yo, ahogada de pena, dejé caer la cabeza en la falda de mi madre, que estaba junto a mí. Y la pobre, sin decirme nada, me acarició despacio, lentamente, comprendiendo acaso algo de lo que pasaba por mi alma. . . .

Y las músicas seguían a lo largo de la calle, en la tristeza primaveral de la noche, perfumando el silencio de una infinita y dulce melancolía. . . .

"Amor non torna più. . . ."

Septiembre.

XII

¿POR QUÉ tú estás enfermo y yo lejos de tí?

¿Cómo habrás pasado esta noche que ha sido la más larga y más angustiosa de mi vida?

¡Qué pena verte marchar tan enfermo y tan solo, a donde no hallarás más que manos mercenarias que te cuiden de mala gana!

¡Qué noche de inquietud y de desesperación, sin poder llegar a tí, y darte la salud y la alegría, con mis besos, con mi alma, con mi sangre toda!

¡Cómo te hubiera yo cuidado, cómo te hubiese tornado entre mis brazos, como a un pobre niño enfermo, apretándote entre ellos muy dulcemente, muy suavemente, para no molestarte, para no hacerte daño. . . . Y muchos besos, muy chiquitos, en tus ojos, en tus labios, en tu frente. Y pasaría, despacio, muy despacio por tus mejillas, las mías. . . .

Yo pienso siempre acariciarte así. . . . Ya ves, me acaricio la cara creyendo que eres tú quien me la acaricia, y entorno los ojos, y mis manos me parecen las tuyas, y me hablo, me digo muchas ternezas, y mi voz semeja tu voz. . . .

¡Oh, cómo desearía estar realmente entre tus brazos, y sentir en mis labios tus besos! . . .

¡Oh, mi alma, cerrar los ojos y morir sintiéndolas! . . . ¡Cómo deseo tus ca-

ricias! Tus caricias suaves, muy dulces y muy tenues.

¡Ya verás, ya verás cómo sé amarte!

¡Tú no sabes el martirio mío de todas las noches, sin llegar a decirte tanta cosa como sube a mis labios, tanta cosa como muere ahogada, sin darte la felicidad suprema de escucharla! Yo no sé qué me pasa. . . . Me molesta oír mi voz. Yo te lo diría al oído, o en tus brazos, apretándome mucho a tus labios, a todo tu ser; y a veces también a tus ojos solo, solo a tus ojos.

¡Qué tristeza, aun no me he visto en ellos!

No hagas tú caso cuando me enfade. . . . Son bobadas, mimoserías. . . . Tú me contentas, ¿sabes? A mí me gustará enfadarme mucho, para que tú me digas cosas y me contentes. Y cuando estemos juntos, para que me cojas en brazos y me des muchos besos como a una niña consentida. Yo te castigaré a tí; también a besitos. . . . ¡Verás que buena soy contigo y como disipo todas las penas de tu vida!

Yo sonreiré siempre, siempre, para que tú sufras nunca.

Confía en mi cariño, en mi corazón, que sabrá encerrarte en un sueño eterno de felicidad. El tendrá para tí todos los amores que no hallaste en la vida. Yo seré tu madre, tu hermana, tu amante, todo.

Tolérame tú a mí un poco. Ve quitándome con tu dulzura, con tu amor, todas mis rarezas. Yo seré dócil y buena, si mi docilidad y mi bondad te agradan.

Soy la masa de cera entre tus manos. . . . Tú puedes moldearme como desees. . . .

Octubre.

COMENTARIO

AL AZAR he copiado esos fragmentos de los diarios, tan íntimos, que dudo se hayan escrito alguna vez en la realidad.

Notas incoherentes. . . . ¿Acaso la incoherencia no es la forma más sincera de la sinceridad?

¿Quién lo inspiró? ¿Una mujer o varias mujeres?

Una y todas: la mujer.

Todas las mujeres no son más que el camino que el amor recorre en busca de la Única.

A través de la carne perseguimos siempre un alma; y al besar una boca, aun la más bella, aspiramos respirar en sus besos el perfume lejano que nos impregna interiormente. . . . Recuerdo, acaso, de algo que fué nuestro, o presentimiento de algo que deberá serlo. . . .

El amor no es más que las nostalgias de una felicidad que perdimos, y que anhelamos encontrar en todo, aun en la misma naturaleza.

Esta historia no fué escrita para nadie, y lo es para todos.

Sus protagonistas no tienen nombres. ¡Qué cada enamorado les dé el suyo, y que cada uno ponga algo de su propia vida, en estas páginas, para poder entender el oculto sentido de esta historia. . . . que es la eterna, verdadera y única historia del amor!

Fin



# Franklin Simon & Co.

Almacén de Tiendas Individuales  
Fifth Avenue, 37th and 38th Streets, Nueva York



## Ropa interior de crepé de la china y seda de guantes Para señoras y señoritas

15.—Combinación, de crepé de la china, de color blanco o carne, con encaje Calais y adornada con cintas y flores..... **\$2.95**

17.—Combinación, de crepé de la china, de color blanco o carne, con cinta entrelazada, abalorio y alforzas..... **\$3.95**

19.—Combinación "Parfait", de seda de guantes, de color rosa o blanco, encaje ancho y cinta sobre los hombros, y borde de encaje en la parte inferior..... **\$1.95**

21.—Almilla "Parfait", de seda de guantes, de color blanco o rosa, de resistente calidad de seda y con parte superior elástica..... **\$1.95**

23.—Calzón "Parfait", de seda de guantes, de color blanco, negro o rosa, reforzado, de buena calidad de seda..... **\$1.95**

23A.—El mismo modelo en mejor calidad de seda..... **\$2.45**

25.—Camisa de dormir, de crepé de la china, de color blanco o carne, dobles con dobladillo a vainica, fruncida en la cintura y con cinta a través de ojallitos bordados..... **\$4.95**

27.—Camisa de dormir, de crepé de la china, de color blanco o carne, modelo Imperio, adornada delante y atrás con encaje Valenciennes crema y alforzas angostas..... **\$5.95**

## Elegantes medias de seda Para señoras y señoritas

29.—Medias de seda, bordadas a mano en los costados, de puro hilo de seda, de colores negro o blanco con blanco, o blanco con bordado de fantasía; también en los matices del zapato, con bordado blanco o negro.. **\$1.55**

31.—Medias de hilo puro de seda, bordadas en el mismo color o blanco; también blancas, bordadas del mismo color o negro; azul claro, rosa o bronce, bordadas en sus respectivos colores..... **\$1.05**

33.—Medias de hilo puro de seda, de color negro, con pájaros bordados en el mismo color, o blanco, azul del rey u oro; también blancas, con pájaros bordados del mismo color, negro, verde esmeralda, Copenhague, azul del rey u oro..... **\$1.65**

35.—Medias de seda garantizada, de color blanco o negro, fabricadas expresamente para Franklin Simon & Co..... **.95**

Todas las comunicaciones dirigidas a Franklin Simon & Co., a cargo de la Sra. Rosa Rodríguez, recibirán su personal y pronta atención. La Sra. Rodríguez conoce a fondo las necesidades de las personas de habla castellana, y toda la correspondencia será contestada en español.

